

FRIGYES KARINTHY
VIAJE ALREDEDOR
DE MI CRÁNEO

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

Viaje alrededor de mi cráneo

Frigyes Karinthy
Viaje alrededor de mi cráneo

Adaptación de Juan Forn de la traducción del húngaro por F. Oliver
Brachfeld

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Prólogo, por *Juan Forn*
Viaje alrededor de mi cráneo
Los trenes invisibles
Un cortometraje
Breves semanas y un instante larguísimo
El avestruz se defiende
Encuentro con un moribundo
Gotas de sangre en el fondo de los ojos
Entre acromegálicos y microcéfalos
Reflejos en el vidrio de la ventana
En Monte Sváb
El consejo de los Gyulas
Y de nuevo Viena
Los buenos samaritanos
La tentación de la muerte
Eventualmente, operación
Hacia el Norte, hacia el Norte
«*Le mie prigioni*»
Olivecrona
Una estrella que se encoge y se expande
El pabellón número 13
El diario habla de mí
Dos crisantemos blancos
Del tiempo y el espacio
La mitad de un perro negro
«Quitadle las ataduras»
La isla de Robinson

Karinthy, Frigyes

Viaje alrededor de mi cráneo / Frigyes Karinthy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-670-499-1

1. Narrativa Húngara. 2. Crónicas. I. Título.

CDD 894.511

Adaptación de Juan Forn de la traducción del húngaro por F. Oliver Brachfeld

Todos los derechos reservados

© 2017, Tusquets Editores S.A.
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2017
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-499-1

Prólogo

En 1948, mientras esperaba con las valijas hechas el permiso para irse de Hungría para siempre, Sándor Marai se pasaba las horas en un sótano de la Biblioteca Pública de Budapest, leyendo diarios viejos que aguardaban la hora de ir al fuego. «Como buscan el agua subterránea los animales y las plantas en épocas de sequía, así buscaba yo, en las crónicas de poetas perdidos en las tabernas y redacciones, aquello que me quería llevar de mi país». Siempre quise saber quiénes eran esos autores de los cuales Marai se nutría y despedía en secreto en aquel subsuelo. Descubrí a uno de ellos gracias a la generosidad de un librero que me regaló un viejo y desvencijado ejemplar de *Viaje alrededor de mi cráneo*, de Frigyes Karinthy.

Frigyes es la manera húngara de decir Federico, pero a Karinthy todo el mundo lo conocía por Fritzi o Frik. No había autor más popular en Budapest en los años 20 y 30: escribía tres columnas semanales, divertía y se divertía por igual, de todo sabía y de todo opinaba: pregonaba el esperanto aunque se negaba a aprender una sola palabra en ese idioma; era capaz de escribir un gran poema y convertirlo después en copla publicitaria para un aviso de pasta de dientes; fue el inventor de la famosa teoría de los seis grados de separación con su cuento «Cadenas» (en el que sostenía que no había persona en el mundo a más de seis amistades de distancia de él) e igualmente famosa era su perpetua precariedad económica. Un día, en el Café Central, Karinthy estaba haciendo un crucigrama y delineando mentalmente una de sus parodias teatrales cuando oyó ruido de locomotoras. «En Budapest ya no hay tranvías y la estación de tren está lejos, ¿qué es esto?».

Como la trepidación ferroviaria cesó a los pocos minutos, Karinthy siguió con su vida cotidiana. Pero la tarde siguiente, a su paso por el Café Central, notó que las figuras ondulaban en el gran espejo de la sala, y cuando llevó a su hijo a la escuela este le dijo: «¿Por qué te desvías a la derecha todo el tiempo?». Y por la noche recibió una carta de su esposa Aranka que decía: «¿Y a ti qué te pasa? Has cambiado tu caligrafía, no puedo descifrar tu letra».

Lo que le pasaba a Karinthy era que tenía un tumor cerebral, en una época en que el ochenta por ciento de los tumores en el cerebro eran mortales. Eso que inicialmente sólo parecía una molestia en el oído o una vulgar presbicia en los ojos («Es sólo una intoxicación de nicotina y vida de café, no debes confundir enfermedad con malas costumbres»), va mutando en algo inconfesable para los médicos amigos de Karinthy, hasta que el eminente neurólogo Otto Pörtl le confirma en Viena lo que nadie se atreve a decirle en Budapest: que si no se opera en forma urgente va a quedar ciego, y que ese será sólo el primero de los terribles síntomas que le esperan.

La única persona en toda Europa capacitada para salvarlo es un cirujano sueco, el profesor Herbert Olivecrona, quien lo espera con el quirófano listo en su clínica de Estocolmo. Por haber estudiado en su juventud un año de Medicina, Karinthy cree que Olivecrona debe tratarlo como un igual. A la vez, no puede con su genio y se ofende cuando nadie a su alrededor valora sus chistes, su necesidad de inyectar humor al pánico que lo carcome. Todo esto es relatado en tiempo real porque Karinthy ha comenzado a contar en su columna semanal lo que le sucede

desde que oyó por primera vez los trenes fantasmas. Sus amigos inician una colecta para pagar viaje y operación: sobres anónimos con billetes arrugados llegan desde todos los rincones de Hungría. Los lectores siguen paso a paso el trayecto del coche cama que parte rumbo a Viena y cruza luego Alemania rumbo a Escandinavia. Aranka, la esposa médica de Karinthy, es la encargada de tomar al dictado el folletín de su marido y repetirlo después por teléfono al diario de Budapest. «No van a dormirte durante la operación porque eso aumenta los riesgos. Pero no temas, el cerebro no siente dolor», le dice. «Ojalá doliera», nos dice él, acostado boca abajo en el quirófano mientras oye sordos ruidos en la parte trasera de su cráneo. «Porque si doliera significaría que estoy vivo. Esto no es natural, no es normal, es casi de mala educación».

Karinthy narra los hechos de manera extraordinaria: es testigo, víctima y narrador de lo que le va sucediendo. Utiliza primero todas las argucias posibles para negar la gravedad de su caso y luego se abisma en él para que su testimonio llegue lo más hondo posible. Meticuloso y alucinatorio, burlón y emocionante, egocéntrico y universal, su libro es simultáneamente una novela de intriga y un caso clínico, un viaje al fondo del miedo y una bitácora de la resistencia, el chisporroteo de un espíritu brillante y el anticipo del derrumbe del humanismo que Europa padecería poco después.

Luego del éxito de la operación, cuando el paciente se reponía, una comitiva de amigos de Karinthy que había ido a Estocolmo entró en la habitación, rodeó a Olivecrona y comenzó a hacerle reverencias: «En nombre de Hungría, gracias». El cirujano se volvió hacia su paciente y le preguntó: «¿Quién diablos es usted en su tierra?». Sándor Marai podría habérselo explicado. No es casualidad que *Viaje alrededor de mi cráneo* fuera admirado por dos escritores tan disímiles como Marai y Oliver Sacks. En el prólogo a la más reciente edición en inglés (de la prestigiosa *New York Review of Books*), el gran neurólogo-escritor cuenta que descubrió *Viaje alrededor de mi cráneo* cuando era estudiante secundario en el Londres de posguerra, en una ajada edición popular de divulgación comprada a precio de saldo, y que por ese libro decidió a los quince años que dedicaría su vida al estudio del cerebro, y cuando se puso a escribir lo tomó de modelo porque, a ochenta años de su publicación original, sigue siendo el mejor relato autobiográfico que existe de un viaje al interior del cerebro humano.

Frigyes Karinthy volvió a Budapest luego de la operación, publicó su libro, retomó su gozosa rutina y, dos años más tarde, de vacaciones, cayó muerto de golpe mientras se ataba los cordones de sus zapatos, a pocos meses de que Hitler invadiera Polonia y empezara la Segunda Guerra Mundial.

JUAN FORN

VIAJE ALREDEDOR DE MI CRÁNEO

*Por encima de todos los mitos y leyendas,
dedico este libro a la ciencia auténtica y noble,
que jamás ha sido tan intolerante con la superstición
como la superstición ha sido con ella.*

LOS TRENES INVISIBLES

En el mes de marzo de este año —el día 10, para más precisión—, estaba una tarde en el Café Central de Budapest, ocupando mi mesa habitual cerca de una ventana desde la que se ve de un lado la Biblioteca de la Universidad y del otro un Banco sólo identificable por una placa que dice CASA MATRIZ. Siempre que veo esa placa pienso en el transeúnte que interprete mal la inscripción y confunda la entidad bancaria con una institución benéfica que prepara muchachas para el sagrado deber de la maternidad. No es mi caso: desde que perdí a mi madre a los seis años, la vida, esa áspera madrastra, me enseñó a diferenciar los asuntos de dinero de la educación pública.

Si bien esta debería ser la preocupación número uno de todo escritor que se precie, mi cabeza estaba más ocupada en esos momentos por asuntos pecuniarios de orden privado. Como es bien sabido, en un escritor pueden coincidir enfoques opuestos simultáneamente. Lo diré más claro: aquella tarde estaba tratando de decidir qué debía escribir antes, si un fundamental ensayo sobre el papel del hombre moderno en la sociedad, o mi largamente proyectada comedia en tres actos. Al final ganó la comedia, pues me permitiría vivir el tiempo necesario para escribir el ensayo, o por lo menos el que necesitaría si quería escribirlo con más cuidado que el que se aplica a las comedias teatrales.

Una vez tomada esta decisión, dejé escapar un suspiro de alivio. Por supuesto, también una comedia requiere preparativos: conversaciones con el director, ir a ver alguna que otra obra que se esté representando con éxito, ponerse al tanto de los proyectos ya existentes para la temporada en curso, y tal vez hasta consultar actores. Ya era hora, además, de que retomara mi carrera teatral; en cualquier momento sería demasiado tarde. Estuve a punto de telefonar a D, cuando me acordé de que Pirandello no había empezado a escribir sus mejores obras hasta los cincuenta y seis años. Anulé inmediatamente la comunicación telefónica que acababa de encargar al camarero. Hasta los cincuenta y seis me quedaba tiempo de sobra para resolver el crucigrama que había empezado entretanto.

Debo confesar que, desde hace años, descifro cada semana el crucigrama que aparece en la última página de mi periódico. Es mi manera favorita de pensar. Tengo la obsesión de que, si una vez me olvido por casualidad de hacerlo, no tendré suerte en toda la semana. El asunto me suele causar no pocas contrariedades, porque el artífice de esos engendros (a quien no tengo el gusto de conocer) suele intercalar en sus crucigramas un aforismo en vertical y otro en horizontal, bajo el título «Conocido Refrán Húngaro». Sin duda se debe tratar de refranes no sólo excelentes sino incluso muy magiares, pero padecen de un defecto, a saber: que no existen ni han existido. Me parece que el redactor en cuestión los inventa él mismo y los atribuye luego al vulgo por pura modestia, o por una especie de coquetería. Imaginen la tarea de reconstruir en un crucigrama refranes inexistentes con las mitad de las letras faltantes. Muchas veces he pensado escribir al

periódico pidiendo explicaciones o directamente insultar al fulano en público.

Es probable que estuviera pensando precisamente en eso aquella tarde, porque recuerdo que estaba muy excitado. No quiero culpar de mi mal a ese distinguido colega de la prensa (más adelante se verá que era de fecha más remota), pero lo cierto es que estaba furioso por el esfuerzo mental que me estaba costando reconstruir el supuesto refrán. En ese mismísimo momento empezaron a partir los trenes. Con una exactitud ferroviaria, a las siete y diez minutos.

Levanté la cabeza extrañado. ¿Qué había sido eso?

Era el inconfundible gruñido de esfuerzo cuando las ruedas de una locomotora se ponen en movimiento de a poco, y empiezan a chirriar, y los vagones van pasando lentos a nuestro lado, con una trepidación que va disminuyendo a medida que el tren adquiere velocidad y se aleja.

Tal vez habría sido el motor de un camión. Volví al misterioso refrán del crucigrama. Pero un minuto después, salió el segundo tren, con la misma trepidación y estridencia. Giré nerviosamente la cabeza hacia la calle. ¿Desde cuándo pasaban trenes por ahí? ¿O era que estaban probando algún vehículo nuevo? El último tren que vi por las calles de Budapest fue cuando tenía siete años: era un tren de vapor que pasaba por la calle Baross, donde vivíamos en aquella época. Desde entonces, sólo existían tranvías eléctricos, y el más próximo pasaba bastante lejos, por la calle Egyetem. Miré por la ventana: tan sólo circulaban unos cuantos automóviles y los peatones habituales. Volví al crucigrama pero levanté bruscamente la cabeza tres veces más: recién con el sexto tren, me di cuenta de que estaba alucinando.

Nunca en mi vida había tenido alucinaciones, pero me había ocurrido a menudo desde mi infancia que, al estar tranquilamente en casa, o al ir caminando por las calles, oía a veces pronunciar mi nombre, en una voz muy débil, casi imperceptible, como una advertencia, o como si me dirigiese la palabra algún pariente muy tímido y muy pobre que no se atrevía a levantar la voz. En ciertos momentos estaba punto de reconocer esa voz, de identificarla, pero nunca llegaba a hacerlo: debía ser alguna voz olvidada de la infancia, de alguien que ya había muerto, o quizá fuera la de un pariente lejano que se había escondido de la familia y ahora quería comunicarme algo, sin más aplazamiento y sin éxito.

Al principio solía mirar atrás y a los costados, y al darme cuenta de que mi oído me engañaba, dejaba de preocuparme y continuaba mi camino. Incluso experimentaba cierto agrado al escuchar aquella misteriosa voz. Pero esta vez se trataba de algo muy distinto. El ruido era imperioso, encarnizado, una trepidación tan sonora que opacaba los pequeños ruidos de la vida real: el camarero me estaba diciendo algo que yo no lograba escuchar, mientras buscaba en vano la fuente del ruido.

«Deben venir de afuera. Si no vienen de afuera...», me dije a mí mismo. Puesto que no experimentaba ningún otro síntoma, no me asusté en lo más mínimo; sólo encontré el fenómeno de lo más extraño. Y me dije que no había perdido la cabeza, no estaba alucinando, porque en ese caso sería incapaz de pensar que se trataba de alucinaciones. El problema era otro.

UN CORTOMETRAJE

Cenamos en casa mi hijo Cini y yo. Estamos haciendo vida de solteros, pues mi mujer está estudiando freudismo y neurología en Viena, en la clínica Wagner von Jaureg. Charlamos de geometría y de física; de máquinas, en particular del organismo humano. Cini, que está en cuarto año de bachillerato, no se da cuenta de que a menudo me valgo de él como conejillo de Indias: en medio de conversaciones sobre sus estudios introduzco de contrabando teorías personales que aún nadie conoce, experimentando su efecto en él. Ahora él quiso saber algo acerca del mecanismo de pensar y los reflejos condicionados, y yo empecé a ofrecerle ejemplos de estímulos eléctricos en la central del cerebro para pasar rápidamente a mi manía favorita: el lenguaje autónomo de los órganos.

Nuestros órganos poseen cada cual su propio medio expresivo: saben «hablar»; sólo hace falta comprender lo que dicen. Citándome a mí mismo como ejemplo, le explico que, al pensar, soy capaz de determinar tranquilamente de qué parte de mi cerebro surge el pensamiento actual. Cuando quiero calcular, inventar un juego de palabras, analizar los pros y los contras de una situación, todo eso ocurre en la parte superior del cráneo, bajo mi frente. La conciencia de los sentimientos, la apreciación de la música, el fluir de las emociones (*el amor*, pienso durante mi explicación, pero no lo digo en voz alta) se producen, en cambio, en la parte posterior.

Mientras hablo con mi hijo decido en mi fuero interno que esta noche, en la cama, continuaré mis experimentos: desde hace años me ilusiona la idea de que, mediante prácticas apropiadas, sea posible dirigir los pensamientos como si fuesen ganglios, desde adentro, tal como el atleta sabe mover sus músculos o el pianista sus dedos. Debo decir que inventé este juego años atrás, contra el insomnio: podríamos conciliar el sueño sin tomar ningún somnífero si pudiéramos hallar esa palanca en el bulbo de la imaginación desde la cual fuera posible adormecer la central entera (como Arquímedes con su palanca se proponía mover la Tierra) y paralizar el engranaje. Cini, que evidentemente se aburre, se pone a hablar de waterpolo y de que ha ganado una prueba de salto en alto. Modestamente, pero no sin cierta exageración (en realidad es una impertinencia ser modesto), le recuerdo mis propias proezas deportivas juveniles. Menciono también que, desde que tuve escarlatina y me operaron de apendicitis a los nueve años, no he vuelto a estar enfermo. En secreto, espero impresionar a Cini con esto.

Al pasar, cruzan por mi mente los trenes de esta tarde, pero los olvido enseguida.

A la mañana siguiente, a las ocho, vienen a buscar unas pruebas de imprenta. Luego comparece mi secretario, a decirme que el archivero que compré ayer tan barato necesita ser barnizado, y que valdría la pena que hablara yo mismo con el ebanista pues, además de evitar el posible engaño, quizá me hagan precio. Recibo al ebanista y le hablo con cierta superioridad condescendiente, empleando giros populares, como suelo hacer cuando trato con la gente sencilla. Me gusta que me llame señor escritor. Terminada la charla me siento a escribir una

columna al correr de la pluma y, a las once, ya estoy en la editorial para decidir el orden de los cuentos de mi nuevo libro y el título. Primero pienso ponerle *Mi madre*, pero luego, no sé por qué, elijo *Enfermos sonrientes*, aunque no me satisface en absoluto como título para todo el libro. Me hace pensar en el viejo libro de Kosztolányi, *Enfermos*. Un escritor progresista y potente debe emplear palabras enérgicas, no es época para complacerse en morbosidades, a la manera de los cándidos y blandos impresionistas de antes de 1914. El arte no es un estado relativamente enfermizo: al contrario, es más bien una salud especial y superior.

De la editorial voy al periódico; pido tema para un reportaje; en la antesala encuentro a B. Hablando con él, convenimos en la necesidad de hacer nuestra revista lo antes posible, puesto que, si aparece en primavera, para Navidad tendremos asegurado el triunfo. Me entregan una carta de una sociedad literaria que me invita a dar una conferencia. Ahuyento lejos el remordimiento de la cantidad de cartas que he dejado sin contestar. Es que no tengo tiempo material: debo hablar con el director de mi obra y luego subir al Ministerio a conseguir una «cuña» para el marido de mi ama de llaves, ya es hora de que se coloque en algún lado.

No llego a casa antes de las dos; Cini me tortura durante todo el almuerzo hablándome de una invitación a un té, pero no logra su cometido. Esas no son cosas para ti, le digo. Después de comer ayudo al hijo de Rozsi, alumno de primer grado, un niño estupendo, a practicar un poco el abecedario. Adoro su sabrosa pronunciación provinciana. Lo oigo deletrear distraídamente hasta que ciertas palabras extrañas me llevan a pedirle que me tienda el libro. ¿Mis ojos me engañan o es posible que de repente la instrucción pública en nuestro país se haya vuelto filosemita de la noche a la mañana? El libro es bonito, tiene muchos grabados, en uno se ve a la familia en torno a una mesa, todos con la cabeza cubierta a la manera israelita. Al pie de página dice: «Banquete de Seder». Pero ¿qué libro le han dado para estudiar a este niño? Miro la portada y descubro que se trata de un manual de lectura de una escuela confesional.

Llamo a Rozsi. Ella se muestra muy sorprendida, se encoge de hombros, no comprende: a principio de año matriculó al niño en la escuela más cercana, una muy bonita y limpia; la maestra es muy bondadosa, el niño aprende bien y fácil, siempre tiene las mejores notas; pero es verdad que la clase de religión es rara. Cini se cae al piso de tanto reír mientras el hijo de Rozsi se pone a llorar desesperadamente y grita que «no quiere ser un niño judío». Después se tranquiliza, vuelve a jugar en el sofá y, cuando le hago cosquillas, exclama pícaramente mientras se ríe a carcajadas: «¡Eh! No está permitido tocar al niño judío».

Duermo un rato; a las cuatro espero a un joven escritor que quiere saber de mi boca si tiene talento. Le diré que, en efecto, tiene talento, y que precisamente por eso debe dejar de escribir, ya que los tiempos no están para literatura. A las cinco, decido aplazar otro asunto hasta mañana y pasar por la tienda de animales donde hace meses estoy regateando el precio de un acuario. Me cruzo en la calle con Fodor, el excelente comediógrafo, que me habla de espiritismo, y yo le pregunto por una de sus obras llevada últimamente a la pantalla. Esto me hace pensar que prometí asistir a las seis al Club de Cineastas Amateurs, a una proyección de estupendos cortometrajes realizados por colegas nacionales y extranjeros.

Los Amateurs me reciben con gran simpatía; ponen inmediatamente en marcha el proyector y en la pantalla se suceden varias películas verdaderamente magníficas y al parecer premiadas: una aventura sin pretensiones en las costas de España; el paseo matutino de un niño por el bosque; luego una rapsodia preñada de simbolismo, y ¡caramba, qué interesante, una película médica!

Pertenece a un aficionado yanqui: en la sala de operaciones de un tal profesor Cushing, de Boston, el distinguido especialista está por abrir el cráneo de un enfermo que padece epilepsia. En mi juventud estudié medicina y asistí a unas cuantas operaciones, pero confieso que jamás había visto una como esta: sólo se ve la cabeza del enfermo; el profesor la ataca con el escalpelo y, con una serie de elegantes cortes, quita el cuero cabelludo y pliega la piel de la cabeza; luego con un trépano perfora el cráneo en forma circular y quita la tapa como si fuera una boina. Con rapidez y limpieza hace una incisión en las meninges (que son como esas redes que sujetan los rulos de las mujeres); inmediatamente se ve la masa gelatinosa del encéfalo estremeciéndose y palpitando dentro de la taza del cráneo. Amablemente y sonriendo al objetivo, el profesor se coloca a un lado para que el cineasta pueda trabajar mejor.

Me dirijo a mi vecino de la derecha para vanagloriarme de mis conocimientos médicos, pero en la mitad de la frase me doy cuenta de que hablo con el aire; mi vecino se dirige silenciosamente y en puntillas hacia la salida. En efecto, las imágenes son bastante horribles; en la sala no quedan más que cinco espectadores; todos los demás no han podido resistirlo. Sonríe con suficiencia: yo estoy curado de espanto.

Debo confesar, sin embargo, que desde el principio venía fastidiándome la sospecha de que nos estuviesen engañando; era imposible que el operado fuese un hombre vivo: nadie yace tan inerte. No cabía duda de que estaban operando un cadáver, con propósito pedagógico, lo cual parecía bastante razonable: así no corría mucha sangre. A pesar de todo, el espectáculo era bastante horroroso, por lo cual felicité a mi estómago y a mis nervios (permítanme decir que cierta vez presencié cómo ahorcaban a doce hombres, uno tras otro). Uno de los escasos espectadores que quedaban, admirador mío y además psicoanalista, me dijo al oído que lo que estábamos viendo le hacía pensar en una vieja teoría enunciada por mí alguna vez. Según él, estábamos asistiendo a una ligera contradicción, pues para que uno se decida a una cirugía como esa es preciso que previamente nos extirpen el centro cerebral del miedo.

Aprecié el chiste pero no pude reírme, pues la operación me estaba haciendo pensar en mi amigo Havas, que murió miserablemente a causa de un tumor cerebral a los veintidós años (así fue como me enteré de la existencia de dicha dolencia). Me acuerdo hasta hoy de sus últimos días, del rictus de su cara, de sus lamentables convulsiones cuando intentaba reír. Siento frío en la espina dorsal, como aquel día. ¡Qué muchacho más brillante, entusiasta y magnífico era Havas! ¡Qué extraño pensar que se hubiese llevado consigo, en su cerebro dañado, no sólo su propia vida, sino incluso la imagen que aquel cerebro se había hecho de mí! Hasta cierto punto, yo también fallecí con él. ¿Vale la pena creer en nosotros mismos y en los demás cuando estamos muriendo de a pedazos todo el tiempo?

Pero enseguida me tranquilicé, pensando en cierta tesis que atesoro desde mi infancia y que ya se ha convertido en dogma: esas cosas sólo le pasan a los demás, nunca a mí.

Sin embargo, cuando a las siete de la tarde ocupé mi mesa en el Café Central, con la misma exactitud del día anterior, a las siete y diez minutos precisamente se pusieron en marcha los trenes. Esta vez no volví la cabeza hacia la ventana, pues sabía que lo que trepidaba estaba adentro, en mi tímpano.

Al evocar ahora en mi memoria aquella tarde, me pregunto maravillado cómo fue posible que no asociara ese síntoma, esa trepidación ferroviaria, a mi arteria carótida. Ni siquiera se me ocurrió la idea de admitir un posible paralelismo; sólo me molestó un poco la cosa y decreté inmediatamente que mi oído sufría algún desperfecto, tal vez debido a la grasa que se me había

acumulado en las trompas.

Eso me disgustó; adoro la limpieza y me jacto de mi cuerpo como un actor de cine o una joven guapa, por muy poco bello que sea. Soy un fervoroso creyente en la idea de que el cuerpo vivo, en todos los escalones de la Naturaleza, posee un carácter doble: una función interna y otra de conversación llamémosla sensual. Todos nuestros órganos están preparados para cumplir tareas y finalidades absolutamente distintas: el ojo no es tan sólo el órgano de la vista sino también una joya atractiva, una eterna luz que hechiza a los seres de sexo opuesto; la oreja no sólo sirve para oír sino también para que la acariciemos y mordamos cariñosamente, y la boca no representa para el joven enamorado ni el orificio superior del tubo del esófago ni la máquina de deglutir, sino el mismo beso hecho carne. Toda mi vida había tenido conciencia de este carácter doble; por eso no toleraba que existiera en ninguno de mis órganos suciedad o desidia de ninguna especie: además de mi vanidad psicológica, mi instinto de conservación se apoyaba en mi vanidad corporal, ese lastre tan delicado, tan fácil de herir y causa de tantos sufrimientos.

Después de mucho aplazar para el día siguiente lo que debiera haber hecho ahí mismo, me presenté en la clínica de un conocido especialista en oído. Modesto y simpático, el facultativo me recibió cordialmente y me invitó a pasar a su gabinete, donde conversamos sobre temas científicos y me obsequió con un capítulo de la interesantísima obra que está escribiendo sobre su especialidad. Ante el interés que despertaba en mí el asunto, y sin interrumpir nuestra amena charla, colocó en mi nariz un largo hilo metálico provisto de un algodoncito que se deslizó a través de mi trompa de Eustaquio hasta lo más recóndito de mi oído. Para impedirme a mí mismo la posibilidad de protestar, yo apretaba los dientes y simulaba no darme cuenta; de hecho, continué la frase empezada tan pronto como sacó el hilo.

El facultativo diagnosticó como al pasar que yo padecía una inflamación del conducto auditivo, lo que explicaba suficientemente el traqueteo alucinatorio. Como humorista que soy, le conté el caso del médico tartamudo que había enviado a una paciente al otólogo; ella entendió odontólogo, descuidó su dolencia y murió a consecuencia de aquella sílaba de más. El doctor festejó de buena gana mi improvisada anécdota y me despidió.

BREVES SEMANAS Y UN INSTANTE LARGUÍSIMO

«Los días del hombre laborioso son cortos, su vida es larga». Este refrán me gustaba ya desde mi banco en la escuela, aunque siempre sospeché que era falso y, lo que es peor, que ni siquiera podía aplicarse invirtiéndolo (como ocurre con muchos otros proverbios). Lo cierto es que, durante aquellas tres semanas hasta principios de abril, había trabajado como una fiera, corriendo de un lado a otro, y sin embargo no por eso mis días me resultaban cortos. Reflexionaba bastante, charlaba todavía más y padecía una especie de vivacidad inquieta que me fatigaba mucho. No me dejaban tranquilo las cosas pendientes. Durante toda mi vida he sentido la confusa sensación de tener siempre «algo que solucionar», de haber olvidado algo esencial, algo que es la base de todo: ese imperativo me espolea y no me deja tranquilo con gran frecuencia, incluso en momentos de calma, pero nunca con un carácter tan nítido y tenaz como ahora.

Pensaba irónicamente en mi amigo Imre, quien me confesó un día que, en los momentos decisivos de su existencia tempestuosa y llena de aventuras, oía en su interior esta frase: «Más te hubiera valido doctorarte en su momento, como deseaban tus padres». Pero ¿qué tenía pendiente yo? En la confusa madeja buscaba un extremo del hilo que me permitiera desenredar el ovillo. Siempre me he tranquilizado diciéndome que, si la cadena existía en mí, fuese cual fuere el eslabón que eligiera toda la cadena se pondría en movimiento. Quizá por eso era que escribía tantos artículos en vez de escribir una sola novela de mil páginas, tal como me había propuesto en mi juventud. Un poeta amigo interpretaba esto en un sentido algo amplio, diciendo que yo «seguía buscándome a mí mismo». Pero, entonces, ¿quién era ese yo mismo y cómo encontrarlo entre todos esos yos que descubría aquí y allá, a mi paso?

Al salir del diario entro en el mercado sin motivo alguno, me paseo sin rumbo fijo entre los puestos. Miro los atados de legumbres, las pirámides de frutas, los barriles de pepinos que se ofrecen con ostentación, las tripas que cuelgan como cortinas en la carnicería, las montañas de queso que me excitan a atravesarlas abriendo un túnel como un gusano, los lomos de los enormes pescados que se hinchan palpitantes sobre la mesa húmeda del pescadero. A menudo me he imaginado que en realidad soy una larga y digna sucesora de mi antepasada la ameba unicelular, que engulle todo cuanto se cruza en su camino. Curiosamente, sin embargo, hoy no tengo apetito alguno, ni siquiera procedo a practicar mi amada costumbre de palpar y gustar al paso.

A continuación visito el matadero, para escribir el reportaje que me ordenaron. Van a matar un buey. El animal avanza de mala gana, mugiendo, arrojándose a la pared pero sin ofrecer resistencia. Cuando el matarife se planta delante de él con las piernas abiertas y levanta el mazo, el buey baja la cabeza como avergonzado de lo que sucede, pero accediendo a respetar ese pacto con el hombre en virtud del cual renuncia a los últimos años de su vida por haber podido pasar los primeros sin preocupaciones de ninguna clase, al aire libre, vagando en el prado. Al recibir el mazazo, se derrumba como un traje al que se le quita la percha. La caída es pesada y sorda. Salgo

malhumorado; no escribiré el reportaje, no tengo apetito.

Durante el resto del día me sorprende in fraganti visitando a viejos amigos, volviendo a sitios donde ya la última vez que estuve no me encontraba a gusto. Había encargado un traje, me presento en la sastrería y pido probármelo y me peleo más que de costumbre con el sastre; por fin, dejo que se pierda el anticipo y acabo por cancelar el pedido.

Me dirijo al cementerio a encarar mi siguiente asignación periodística. Explico al director que soy enemigo acérrimo de la cremación pues encuentro que es un procedimiento demasiado violento: el cadáver no es algo tan muerto como suponemos por lo general. No estoy pensando en la economía de la Naturaleza, en el nitrógeno que las plantas necesitan, sino que me pregunto si un buen día no se descubrirá que es muy importante para nosotros mismos, para nuestra alma (ese enigma que llamamos alma) que el cadáver se descomponga poco a poco, ya que tal vez el cuerpo astral toma su finísima materia de esos residuos. Al volver a casa me siento avergonzado: ese hombre me habrá tomado por un místico o un ocultista, cuando sólo intentaba hacerle comprender que todas las cosas tienen su ritmo, su horario, y que es preciso no precipitar nada.

Así van pasando los días. De tanto en tanto voy a hacerme limpiar el oído, pues los trenes no dejan de ponerse en marcha en mi cabeza desde aquel famoso día, todas las tardes, a las siete y diez en punto. Ya me he acostumbrado y me importa poco; a veces casi me divierte y me tiene sin cuidado que no cese el asunto. A alguna parte irán esos trenes, algún día acabarán por llegar a su destino.

Cenamos en casa de H, con mi viejo amigo el noble poeta y un curioso médico neuropsiquiatra que acaban de presentarme. Mi amigo, un burgués serio y cincuentón, se ha enamorado; está vibrante y misterioso, se comporta como si tuviera veinte años, incluso su cara ha rejuvenecido. Después de cenar, ya en la calle, me quedo solo con el neuropsiquiatra. Hablamos de nuestro amigo, llenos de envidia por esa vitalidad que le ha brindado su amorío, y me entero atónito de que sufre un padecimiento orgánico grave. Esta vez no acude en mi ayuda la idea habitual en estas ocasiones de que a mí no podría pasarme algo semejante.

El neuropsiquiatra y yo nos sentamos en un bar; estamos los dos solos en el salón. Bebemos vino tinto. Mi acompañante es un individuo exaltado, pletórico de ideas y ocurrencias: alto, con una cabeza enorme y redonda cara de niño. Me hace pensar en los personajes de *La montaña mágica*. Dice que en un tiempo se ocupó de lo que yo escribía; le interesaba desde el punto de vista psicoanalítico, interpretaba a su manera mi psiquismo. Le cuento de qué temas me he ocupado durante estos últimos días, como si ofreciera un inventario cuando, en realidad, carezco de carácter retrospectivo, creo firmemente en las posibilidades ilimitadas, me repugna el fatalismo. Mi nuevo amigo sonríe y asiente con la cabeza.

Me quejo entonces de los «trenes de las siete» y confieso que, desde hace algún tiempo, padezco frecuentes jaquecas. Esto le interesa mucho, me formula misteriosas preguntas y luego, de modo inesperado, me ofrece un atrevido diagnóstico psicoanalítico, en el que aparecen orgánicamente relacionados el zumbido de mis oídos, la jaqueca, mis anhelos, mis decepciones, mis recuerdos infantiles y hasta cierto cuento mío escrito veinte años atrás, en el cual hablaba de una pala para juntar basura. Regreso a casa de buen humor. «El psicoanálisis sirve para algo», me digo, no sin cierto remordimiento por haberme burlado tanto de sus fanáticos.

En el fondo, esas saltarinas asociaciones de ideas que parecen tan grotescas a los profanos constituyen la descripción exacta de ciertas enfermedades, a diferencia de la ciencia natural conservadora, que no observa sino el cuerpo y, sin embargo, procede con el enfermo

exactamente igual que las gitanas y las curanderas: formulando profecías enmascaradas en «pronósticos» cada vez que uno padece alguna dolencia. El psicoanálisis nunca cae en este error: sólo se interesa por el pasado y no por el porvenir, pues este último depende únicamente de las intenciones desconocidas de la psiquis. El cuerpo, para todo hombre serio, es un fenómeno de interés, por supuesto, pero es un mero rudimento, un traje usado del alma.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, en el café, me encuentro todavía bajo la influencia de aquella conversación. Mi nuevo amigo tiene toda la razón sobre aquellas historias de mi niñez, e incluso en lo de la pala para juntar basura hay algo... Por cierto, me encuentro mucho mejor sólo por haber conversado un rato a gusto. La jaqueca desaparecerá pues los desarreglos del cuerpo, provocados siempre por nuestro estado de ánimo, se desvanecen tan pronto adquirimos conciencia de su causa. Mi lesión es anímica; primero hay que curar el alma y lo demás se arreglará automáticamente. No estaría mal que me hiciera psicoanalizar. Hasta mi humor profesional renace: soy otra vez el mismo de antes.

Pero, de repente, ocurre algo extraño. Es como si el espejo que se alza detrás del mostrador se hubiera movido. No mucho, apenas algunos centímetros, y luego se queda así. Podría ser un espejismo, semejante a las alucinaciones auditivas. Lo raro es que... No sé, es como si existiera algo que nunca había registrado desde que tengo conciencia, algo que nunca me ha preocupado. Lo cierto es que no tengo jaqueca ni salen los trenes. No me duele nada ni se me acelera mi corazón. Y, sin embargo...

Sin embargo, todas las cosas han perdido la seguridad de su existencia. Las mesas están en su sitio; dos señores entran en el salón; delante de mí hay una jarra con agua y un fosforero de mesa. Pero todo es espectralmente accidental y aleatorio, como si se hallara ahí por mera casualidad. Y lo que es aún más increíble, ni siquiera estoy seguro de que yo esté aquí, o de que quien está aquí sea yo: es posible que la jarra de agua esté sentada en la silla y yo me encuentre en su lugar sobre la bandeja. Todo el universo empieza a ondular, como si me hubiesen quitado el suelo bajo los pies. Tengo la necesidad de aferrarme a algo. ¿Pero a qué? Ni a la mesa ni a la silla, puesto que también ondulan; no hay un punto fijo en ninguna parte, tan solo aquí dentro, en mi cabeza. Si encontrase allí una imagen, un recuerdo, algo en lo que me reconociera a mí mismo, al menos una palabra...

«Hay un error», balbuceo espasmódicamente, «un grave error». En el espejo descubro mi rostro, pálido como la cera. *Apoplejía*, pienso con la rapidez del relámpago: una arteria se ha roto. Toda mi vida había oído decir que es más bello y más sencillo morir así que de una enfermedad larga y penosa: todo se acaba en un instante, como si lo fusilaran a uno. Pues bien, era un error gravísimo. Es cierto que sólo dura un instante, pero ese instante es más largo que toda nuestra existencia anterior. Y yo me encuentro aún en la mitad de ese instante; me resulta mucho más horrible esperar su segunda mitad que estar en un calabozo esperando ser ahorcado al día siguiente. Los hombres medimos muy mal el tiempo. Sólo existe un patrón: la rapidez de la experiencia, el tiempo *vivido*, como en el acelerador del tiempo de H. G. Wells, en el que medio año no es más que medio minuto.

No hay peor tortura, a pesar de que no sienta dolor alguno. Afuera brilla el sol, veo la luz, pero aquí dentro en mi cabeza todo se oscurece de repente. Si no consigo mantenerme a flote en la segunda mitad del instante presente, entonces dejaré de mandar en mi interior, ya no dominaré los millones de partículas y células de los cuales soy rey desde que vine al mundo. Toda esa gentuza sublevada se transformará en un objeto indiferente, liberado de la violencia de mi tiranía

autocrática, del campo de gravitación universal. Dicho en lenguaje sencillo: me desplomaré de la silla. Mi cuerpo, ese miserable harapo, podrá ser reparado en su condición de materia, ¿pero qué me pasará a mí, príncipe que ha perdido su reino? Es terrible. Es peor que todas las torturas de la Inquisición.

Esto me lo estoy diciendo entre escalofríos, cuando comienzo a reponerme. No hay apoplejía por ahora; sólo he perdido una ilusión: de ahora en adelante, no idealizaré más esa forma de morir.

Ha sido repugnante. ¿O eso me pareció porque en el fondo no tengo fe? Sensación tremenda, vertiginosa: la de no ser capaz de hacer pie de este lado, en esta orilla, cuando los ojos no ven nada de la otra. Este mal es distinto a todo. El mal reside en que no existe pasado ni futuro, tal como ilusamente imaginaba hasta ahora. La realidad es puro presente, un instante único, eterno, que no es largo ni corto: es la única modalidad de la existencia. Y de ese círculo mágico que es la cárcel del instante no hay salida, no hay salvación posible. Porque el instante de mi muerte será tan presente como este instante actual. También se realizará en presente, y no en futuro, tal como creía hasta ahora para tranquilizarme a mí mismo. No hay futuro; no es más que una manera de hablar.

El médico al que voy a consultar media hora más tarde ni siquiera me ausculta. No alcanzo a explicarle ni la mitad de los síntomas cuando me interrumpe con ademanes de suficiencia: «Querido amigo, no tiene usted ni inflamación del oído ni apoplejía. Y dejemos por el momento a aquel buen señor psicoanalista. Lo que usted padece es una intoxicación de nicotina. Alcanza con que deje inmediatamente de fumar esos cigarrillos egipcios que tanto le gustan».

EL AVESTRUZ SE DEFIENDE

Reflexionando sobre aquellos días con mi mentalidad de hoy, juzgo mi conducta tan incomprensible como la de mis veinte años, cuando me enamoré por primera vez. Como en aquel entonces, también ahora daba vueltas bajo el efecto de una energía gravitatoria más poderosa que yo. Bajo la forma del Gran Instinto, el centro de la vida quería arrastrarme hacia sí (hoy lo sé) para lanzarme lejos de sí, en dirección a las tinieblas. Atracción y repulsión están regidas por la misma ley, pero yo me creía una especie de meteoro que obedecía únicamente a su imperativo interior, en completa independencia de todos los sistemas cósmicos. Y tal como aquella vez quise precipitarme con los ojos desorbitados en el cráter de los cielos, para medirme con él, esta vez me convencí de que el sol negro no me encontraría si ocultaba mi cabeza en la arena.

A los trece años, una vez atravesé a nado el Danubio, cerca de Szentendre. Era el fin de la tarde, nadie pasaba por la orilla. En medio del río me cansé; la corriente empezó a arrastrarme con una fuerza superior a la de mis brazos, y vi que me alejaba y alejaba del punto de la isla en que pensaba tocar tierra. Como un relámpago, se apoderó de mí el miedo. Pataleaba y braceaba desesperado, sin ningún resultado, con el corazón latiendo enloquecido contra mis sienes, cuando oí un ladrido detrás de mí. Un minúsculo perro, que aun hoy ignoro por qué me había seguido nadando, se debatía como yo contra la corriente. Sus ladridos desesperados me hicieron volver en mí. Con unas cuantas brazadas enérgicas llegué a la isla. Mi ejemplo estimuló al perro que, nadando con dificultad pero en línea más recta que yo, alcanzó tierra firme y corrió a mi encuentro meneando alegremente la cola.

Ya estaba anocheciendo, así que me apuré para alcanzar la última balsa hacia la ciudad. El perrito me siguió hasta el muelle. Se comportaba como si no hubiera sucedido nada, y yo también: iba silbando, pero aún sentía escalofríos en la espalda cuando recordaba con qué indiferencia me envolvía la corriente del río cuando creí que iba a ahogarme.

En otra ocasión, volando en un avión nocturno (que era más bien una miserable cafetera), en pleno descenso empezaron a salir chispas y llamaradas debajo de un ala. El piloto me gritó algo que no oí; creí que debíamos saltar en paracaídas y empecé a desatarme el cinturón de seguridad. Recuerdo con toda nitidez aquel momento: no sentí el menor pánico, estaba convencido de que podríamos saltar tranquilamente sin más eventualidad que dislocarnos un tobillo. Aterrizamos sin inconvenientes, y una vez en tierra supe que las llamaradas eran en realidad una bengala de magnesio que había encendido el piloto para iluminar la pista.

Aunque en esta segunda aventura no sentí en ningún momento miedo a la muerte, se ve que dejó en mí una huella no menos honda, pues en estos días he soñado con ambos sucesos. Estoy nadando en las frías e indiferentes aguas del Danubio, oscurece, no veo la orilla, tampoco veo al perro pero su aullido resuena en mis oídos cuando la corriente empieza a hacernos girar. Tengo un miedo atroz, todo es más intenso que en la realidad. Giro en círculos, las aguas me van a

tragar pero no, ahora estamos en el aire, en la noche oscura, en un ridículo y primitivo aparato volador cuyas alas están ardiendo; la pista de aterrizaje apenas se adivina allí abajo, a una profundidad insondable. Sé que estamos en peligro mortal. El rostro del piloto, cadavérico, macilento, me dedica una irónica mueca y su garganta deja oír el mismo aullido que hacía el perro en el río. Me despierto con ese sonido resonando en mis oídos.

Durante el día hice mi trabajo como de costumbre mientras iba tomando apuntes para una novela en que vengo pensando hace tiempo, sobre la tragedia constante del dinero. Por lo demás, seguía aplazando mis quehaceres más importantes, fantaseando con el futuro como el niño que se imagina todo lo que hará cuando sea mayor y cree que vivirá no sesenta sino seis mil años. He olvidado la dolencia que me aquejaba, tranquilizado por la idea de que se debía sin duda a una intoxicación de nicotina. He dejado de fumar. Compruebo sorprendido que renunciar al cigarrillo no me cuesta tanto esfuerzo; hasta puedo trabajar sin fumar.

Se ve que mi miedo era evidentemente mayor que la dolencia en sí: me asusté de mi susto. Si se produce de nuevo, lo recibiré como a un buen amigo y me producirá una impresión infinitamente menos dramática: ahora sé que durará sólo unos instantes y luego no dejará rastro. En algún lugar leí que la intoxicación de nicotina es difícil de curar, sobre todo al principio, cuando los síntomas se manifiestan con mayor intensidad. Pero no es mi caso: la abstinencia ya forma parte de mi rutina diaria, junto con el traqueteo de los trenes y el vértigo. Por la tarde, a las siete, todo se pone a ondular en mi interior, pero ya estoy acostumbrado. Luego, a las siete y diez, llega la hora de los trenes, y poco después la amenaza de desmayo, que se evapora sola.

Los amigos que frecuento en el Café Central me miraban al principio con asombro, pero al ver que sigo conversando, discutiendo e improvisando chistes se tranquilizan, piensan que la enfermedad es en mí como una mala costumbre cualquiera, como un vicio. La cosa ha llegado a tal punto que, al sentir que se acerca el desvanecimiento, hago una discreta seña a Tibor, el camarero, que ya sabe de qué se trata. Se coloca discretamente detrás de mí, yo me levanto ligero como un globo, él me toma por la cintura y por la nuca y me conduce fuera del establecimiento. Una vez en la calle, me apoyo contra la pared y espero. Si pasa algún conocido y vuelve la cabeza hacia mí, le sonrío plácidamente y a veces incluso digo algunas palabras, como quien habla en sueños. Hasta reparto autógrafos, si algún niño me reconoce y me saluda. Luego, con muchas precauciones, llego hasta una calle lateral en la que hay un banco, me dejo caer en él y, pasada la debilidad, entro de nuevo al café. Los tertulianos están todavía en sus puestos; por un instante se callan. Soy yo quien debe reanudar la conversación. Siempre recuerdo perfectamente el punto en que quedó interrumpida.

Así pasan los días. Entretanto aparecen dos nuevos síntomas. El primero lo añado fácilmente a los otros: antes del vértigo, una jaqueca espasmódica y brutal me atenaza el occipucio. Es un dolor tan agudo que corta la respiración, pero cede tan vertiginosamente como aparece. Los vómitos, en cambio, aparecen a principios de abril y son una cosa rara. Una mañana, pese a que estoy con el estómago vacío, siento náuseas como después de comer excesivamente. Es imposible, me digo, no tengo nada en la barriga. Intento reprimirlas como hago con el insomnio, mediante «representaciones agradables», pero el movimiento peristáltico de mi estómago, esa pulsación al revés, me hace saltar de la cama e inclinarme sobre el lavabo dando arcadas. El cuarto de baño se pone a dar vueltas, como en una borrachera, pero no estoy ebrio; estoy

observándolo todo con penosa minuciosidad. El dolor es cada vez nítido, mi esófago arde, el duodeno se contrae convulsivamente, el contenido del estómago está en caótico movimiento, pero no suelto ni bilis ni saliva en cada regurgitación. Me entretengo imaginando mis órganos para matar el tiempo. Ojalá hubiera pasado todo ya, pienso, pero lo más repugnante es que me sorprendo in fraganti «haciendo comedia».

Es algo que he observado en mí desde hace mucho tiempo. Hasta he desarrollado una teoría: poco a poco se ha ido formando en mí una concepción histriónica del mundo, en la cual no existe nada «como tal», todo desempeña un mero papel, como el manzano da manzanas. Descubro a menudo que mis movimientos no son auténticamente míos; suelo sostener el cigarrillo como lo sostenía mi padre; los movimientos de rotación de mi cabeza me recuerdan los de un presidente del Consejo de Ministros al volverse maravillado hacia nosotros, los periodistas, cuando un día nos pusimos a gritar en la tribuna del Parlamento, en plena sesión.

Únicamente cuando estoy solo, sin testigos, llego a ser plenamente consciente de ese amaneramiento tan antipático. Me acuerdo de cuando subí por primera vez a un avión: el piloto estaba sentado delante de mí, nadie podía verme pero yo no sabía qué hacer con mis manos, no lograba dejarlas quietas sobre las rodillas, me puse a tamborilear con los dedos tal como lo había visto hacer al actor Hegedüs en el escenario. También ahora, esperando el vómito, me puse a tamborilear contra la superficie de loza del lavabo como si estuviera frente a un inexistente público. Con triste gesto me llevé la mano a la frente y me observé en el espejo. Inmediatamente después, furioso conmigo mismo, expulsé de mi estómago un líquido amarillento, como si quisiera librarme de mis entrañas de una vez y para siempre.

Al día siguiente, al despertarme, no quise aplazar más la visita al médico. Con todas las debidas reservas (seguía pensando que en realidad no estaba enfermo, tan sólo era víctima de alguna inquietud indefinible), me presenté dispuesto al combate en el consultorio de un profesor con el cual había varias veces discutido con gusto sobre problemas teológico-morales: una mente brillante, con una cultura polifacética y un espíritu llameante e inquieto. Pero al verme se puso al instante solemne y lacónico. Después de los consabidos golpecitos en mi pecho y espalda, medición del pulso y la presión arterial, me envió a otro especialista para pedir su dictamen; no quiso decirme nada más.

Ese sigilo insensato me molestó. Por la tarde fui al segundo especialista, pero no volví con el resultado a ver al profesor. Este segundo especialista —persona interesante, con bello perfil de actor cinematográfico— hizo un ademán despectivo al enterarse de la opinión de sus colegas: ni intoxicación de nicotina ni inflamación del oído; los afinadores de pianos podían envidiarme la sutileza del mío. A propósito —me preguntó—, ¿cómo no había asistido ayer a la exquisita función que brindó el actor P?

Me di cuenta entonces de que desde hacía tiempo me encontraba practicando esa extraña estrategia que los locos ejercen a veces cuando, en vez de quejarse, prefieren negar la existencia de los síntomas de su mal, sobre todo a sí mismos. Tuve que reconocer que evitaba a los médicos serios, dignos de confianza, porque me molestaba que no quisieran aceptar mis hipótesis más bien fantásticas. Buscaba, en cambio, el contacto de quienes se prestaban a charlar de temas «trascendentes» adaptándose a mi lógica: halagaba mi vanidad que lograra interesarles más que un paciente vulgar. A unos y a otros les iba sugiriendo lo que debían decirme, y salía contentísimo de la consulta, orgulloso de poseer un instinto médico tan bueno. De esta manera, se fue formando en mi fuero interno la convicción absoluta de que la intoxicación de nicotina se

había complicado con un nerviosismo del estómago, y que bastaría una escapada a las termas de Karlsbad, en cuanto tuviera tiempo y dinero. Pero unos días después, cuando acompañaba a mi hijo Cini a la escuela, él me dijo:

—¿Por qué te desvías continuamente hacia la derecha?

—¿Cómo hacia la derecha?

—Sí, caminas inclinado hacia la derecha y me arrastras. Acabaremos por darnos contra la pared.

Por esos días estaba yo leyendo *José y sus hermanos*, la saga bíblica de Thomas Mann, y solía contarle a Cini episodios de la novela. Estaba tan compenetrado en mi papel que no hice mucho caso de su advertencia. Pero por la noche, al abrir el libro con un suspiro de satisfacción (iba por la página 273 del segundo tomo), tuve que rendirme a la evidencia. Tras mucho frotarme los ojos y limpiar los cristales de los anteojos comprobé que ya no veía bien ni siquiera las letras mayúsculas. «Necesito otros lentes», me dije meneando la cabeza, y decidí hacer una visita al oculista a la mañana siguiente.

Pero no pude ir; debí correr en cambio a la oficina de ferrocarriles para comprar dos boletos a Viena. Había recibido carta de mi mujer en la que me manifestaba una imperiosa necesidad de ver a Cini: si no se lo llevaba el domingo, ella abandonaría sus estudios para venir a verlo. En la posdata me reprochaba: «Y a ti, ¿qué te pasa? No puedo descifrar tu letra, es un verdadero garabato, ¿desde cuándo decidiste cambiar tu caligrafía?».

ENCUENTRO CON UN MORIBUNDO

Hacia las once de una mañana de lluvia húmeda y antipática, Cini y yo llegamos a la sucia estación de Viena. Todas las primaveras tenemos unos cuantos días así: la naturaleza parece malhumorada y, como si se propusiera no acatar por una vez el orden habitual, salta por encima del verano aparatosamente y, sin regatear recursos, pinta el mundo de colores opacos y nos mezquina esa admirable calefacción central que es el sol. Un otoño preinvernal tiritita en la calle, un fango otoñal chapotea entre los adoquines, un viento no menos otoñal silba entre las casas, tosiendo como un anciano.

El taxi vienés, que con su capota elevada parece venir de tiempos pretéritos, nos lleva entre sacudidas a una casa de la Josefstadt. Bajamos mojados y tosiendo. Mi esposísima es huésped de los H. La señora H es una mujer nerviosa, inteligente, que vive rodeada de emigrados políticos; tiene el tipo peculiar de principios de siglo, de refinado intelecto, aficionada a la literatura de un mundo ya desaparecido. Su marido, que era un excelente médico en la mejor clínica de neurología de esa meca de la medicina que es Viena, hace un mes fue presa de una perturbación mental que lo llevó a atarse al cuello un nudo corredizo, subirse a una silla y ahorcarse. Aunque no llegué a conocerlo, tanto él como su viuda me dan lástima: era un matrimonio por amor.

Almorzamos en una pintoresca taberna, cerca de nuestro alojamiento. Estoy de buen humor: mañana daré una charla por Radio Viena que será grabada en disco, de modo que el sábado podré escuchar, en Budapest, mi propia conferencia. Menciono al pasar a mi esposa que, en los últimos tiempos, he sufrido frecuentes jaquecas, y me alegra que no me preste atención. Mis palabras caen en medio de una disputa animadísima respecto de ciertas habladurías sobre dos conocidos.

Después de almorzar, Cini y yo nos paseamos sin rumbo fijo por el Graben. Cini, que visita Viena por primera vez y que nunca ha salido de las fronteras de Hungría, vibra de expectativa, aunque trata de ocultarla con elegancia. Como buen alumno de cuarto año, intenta calcular trigonométricamente la altura de la torre de la Catedral. Se orienta con soltura por las calles, ya conoce mejor que yo el plano de la ciudad, hasta encuentra edificios de los que yo nunca había oído hablar. Le molesta visiblemente tener que detenerse de repente en medio de nuestro paseo de descubrimientos, que para él es toda una aventura:

—Papá, ¿qué te ocurre?

—Nada, hijo, sólo necesito descansar un poco. No le digas nada a tu madre; se me pasará en un minuto, ya verás.

Jadeante, me apoyo en una pared y procuro respirar profunda y regularmente; debo evitar a toda costa el desmayo, me repugna llamar la atención, y aun más ser protagonista de una escena callejera. Afortunadamente, el episodio pasa pronto. Me pongo en marcha nuevamente y empiezo a hablar de otra cosa. Cini está contento de que podamos continuar nuestra exploración vienesa.

Por la noche vamos a un local muy curioso: es un cabaret idish. Bajo el título *Sonia en el*

sofá de terciopelo, se exhibe un espectáculo protagonizado por una muchacha hebrea de mucho talento, expulsada de la Alemania nazi, que explota tenaz y astutamente aquella cosa tan extraordinaria que es a la vez su vida y su arte. Todo lo que la rodea atenta contra el espectáculo: el sótano sin ventilación que le sirve de sala, los bastidores malolientes, las mesas incómodas, las bebidas baratas y el café imbebible. Todo le sirve para poner de relieve lo que quiere transmitirnos. Su partenaire es un hombre alto y bigotudo, una especie de mercachifle turco que parece vivir no del teatro sino de otra cosa. Valiéndose de una linterna mágica, proyecta dibujos primitivos que ilustran la letra de las canciones, poniendo cómicamente el acento en su sentido literal: le quita un gran peso de encima a la actriz pero nada de protagonismo.

Las cosas que hace esta Sonia son de gran talento e inteligencia pero, al mismo tiempo, de una vulgaridad indefinible. Ella misma es exactamente así: pequeña, frágil, delgada, enfermiza, de tez casi translúcida; sus grandes ojos negros llamean como los de los lemures. Sus labios son como rojas serpentinatas, tienen un rictus extraño cuando canta sobre la *mámele* y su *drámele* de virgen seducida y violada. Pone toda su alma en el sketch y trabaja maravillosamente. Su cuerpo de rana se burla de toda femineidad, y precisamente por ello resulta increíblemente femenina. Su papel de víctima flota por encima de toda cultura y civilización, como a quien le importan un bledo esas cosas porque es de una raza vieja, de milenios, que conoció las «grandes épocas» cuando aún era pequeña.

A la mañana siguiente acompaño a Aranka, mi mujer, a la clínica Wagner de Jauregg. Nunca me ha dado rechazo visitar manicomios pero confieso que me impresiona que posea la llave de la sección reservada. Cerramos la puerta detrás de nosotros. Adentro sólo hay dos médicos, ambos muy corteses; me encanta que mi nombre no les sea desconocido. Son quizás excesivamente ceremoniosos; mi mirada experta reconoce en sus movimientos que pasan la mayor parte de su tiempo entre locos.

Entramos en la primera sala. Los enfermeros sujetan a una silla a un hombre desnudo, inclinado hacia adelante. Uno de los doctores clava una aguja en la espalda del enfermo, quien dobla un poco el cuello pero no profiere ninguna queja. Soy testigo de un curioso experimento que se practica desde hace sólo unos pocos meses: curar, por el llamado choque insulínico, a los esquizofrénicos que sufren de una escisión de la conciencia.

En la sala sólo quedamos mi mujer y yo. Reina un gran silencio; los habitantes de esta sección, los «quietos», permanecen tranquilos, acostados o sentados en camas de hierro. La impresión de extrañeza que ya he recibido en las otras salas, de que todo es como un gabinete de figuras de cera, va fortaleciéndose en mí. Ni siquiera parecen vivos. La ilusión se confirma al contemplar sus gestos de autómatas. Cuán diferente es todo esto del famoso cuadro de Kaulbach, *El manicomio*, que tantos escalofríos me causó en mi infancia. Aquí, quien no duerme hace incesante y monótonamente lo mismo todo el tiempo y, por muy complejos que sean sus movimientos, son tan previsibles como el traqueteo del telar mecánico. He aquí por qué no causan miedo ni el que grita ni el que ladra: porque producen la errónea sensación de que están cumpliendo con su deber. Representan su papel muy aplicadamente, como el empleado que ve entrar a su superior jerárquico. Cuando nos vayamos y cerremos la puerta, dejarán inmediatamente de hacerlo.

En la primera cama hay un muchacho extraordinariamente guapo (moreno, de ojos centelleantes, casi un beduino) que resulta pertenecer a una excelente familia vienesa y que se doctoró en medicina con sobresaliente, ocho días atrás; hace tan sólo tres se declaró en él la

esquizofrenia. A nuestra pregunta de por qué está allí se encoge de hombros; no tiene ni la menor idea de lo que se pretende de él, ni por qué se lo ha encerrado en una jaula como a un perro rabioso, en lugar de dejarlo inaugurar su consultorio. ¿O no le creemos? Que mire aquí, le dice mi mujer. Como un leopardo que se dispone a saltar, él se incorpora en la cama, abre su bata orgullosamente y descubre a nuestros ojos un cuerpo desnudo de varonil perfección. Yo doy un paso atrás instintivamente, pero mi mujer no se mueve; asiente con comprensión médica. Al alejarnos hacia la siguiente cama, miro de reojo hacia la primera; el joven doctor recién recibido está tranquilamente sentado; intenta tomarse el dedo pulgar como si no fuera suyo, exactamente igual que como uno se figura que hacen los locos.

En la segunda cama hay un anciano risueño, con su cara encarnada y su barba canosa que lo asemeja a una ilustración viviente del cuento de Tolstoi sobre las tres vírgenes tontas en la isla. El anciano mira a su alrededor con ojos azules y serenos. Escucha con una sonrisa en los labios su diagnóstico: *dementia senilis*. Cree que Dios Padre le habla. Ahora mismo se pone de pie con el brazo extendido, casi en actitud de firmes, dirige la mirada hacia el cielo, se queda atento y luego se pone a murmurar, hace una pausa para oír y vuelve a murmurar. Por momentos se nota el esfuerzo que hace para comprender, aguzando el oído y asintiendo con la cabeza. Con voz temblorosa pero afable responde a nuestras preguntas, asegurando que está perfectamente bien; únicamente se lamenta de su oído, pues a veces no entiende claramente las palabras del Señor, pero el Señor es bondadoso y en esos casos le habla un poco más fuerte.

El siguiente es un asesino; está en observación. Desde hace dos semanas no come, lo alimentan artificialmente. Él aparta la cara desconfiado. Todo su cuerpo tiembla. Evidentemente está loco; en el terrible caos que devasta su alma palpita una sola decisión: no comer, no comer, morir de hambre. Con este castigo que se impone a sí mismo tal vez llegue a sustraerse de la justicia de los hombres.

A continuación, un niño proletario de seis años: la enfermera no sabe por qué está aquí; parece ser que en su sección ya no quedaba ninguna cama libre, pero por la tarde vendrán a buscarlo. Es tímido pero parece de buen humor; no le inquieta en lo más mínimo estar aquí, juega absorto con un trapo anudado. Cabizbajo, pero con decisión, afirma que el trapo es un caballo mecánico y que en su casa hay muchos como este, dispersos por todas partes. Su casa es mágica, nos informa: él y sus familiares beben ininterrumpidamente jarabe de frambuesa; los muebles son de chocolate y deben reponerlos cada día porque se los comen. Uno se da cuenta de que ni por casualidad dirá una verdad; habla hasta cuando duerme, e incluso entonces miente. Es preciso vigilarlo porque comete pequeños hurtos cuando nadie lo ve.

De repente siento una poderosa necesidad de que la visita termine. Como dije, he visitado muchos manicomios en mi vida, pero por primera vez tengo miedo. En un esfuerzo de autoanálisis descubro la causa de mi inquietud: una idea fija se ha colado en mis pensamientos. Temo que, cuando esté distraído, mi mujer haga que uno de los locos se abalance sobre mí para asustarme y demostrar que no debo estar aquí. El loco obedecerá, no llegarán a dominarlo y la broma de dudoso gusto acabará mal. Naturalmente, no hay motivo para temer nada de esto; sin embargo respiro aliviado cuando salimos de la sala.

El pasillo huele espantosamente a éter y desinfectante, nuestros pasos resuenan contra las paredes desnudas. Pasamos a la sección neurología, donde veo durante un instante al profesor Pötlz; es un gigante exageradamente amable, habla con torpe zalamería, tiene los labios un poco hinchados. Todos los enfermos de la sala yacen apáticamente, nadie manifiesta el menor deseo.

Las tabletas fijadas a los barrotes de cada cama explican muy detalladamente el caso; con su jerga latina hacen pensar en esas placas colocadas en las jaulas de los zoológicos, que designan la especie animal a la cual pertenecen los animales cautivos. *Actinomicosis*, leo en una de ellas. Es una enfermedad muy rara: un hongo o bacteria ingresa de modo desconocido en el organismo; cuando llega a la garganta ya no es posible escupirla; se pega a la mucosa, se desliza incesantemente hacia abajo, se aglomera en absesos y provoca purulencias sulfurosas. El enfermo que tenemos delante está ya en una fase muy avanzada. La pierna izquierda cuelga paralizada y adelgazada hasta el hueso. Apenas se oye la voz del enfermo, que habla de dolores insoportables y suplica que le den morfina.

Hay otro caso igual de terrible: *Cisti cercus*, un gusano cerebral, variante de los gusanos intestinales, que penetra en el sistema nervioso, donde anida y se reproduce. La cabeza del enfermo parece una manzana agusanada, arrugada y deforme. Tiene en su frente una compresa fría, los ojos cerrados, los labios resecos, sólo el temblor de las aletas de su nariz da a entender que no duerme: sufre.

El siguiente es un fenómeno más inquietante: *Acromegalia*. Una hipertrofia del crecimiento que ataca la parte inferior del cerebro, el cerebelo. La enfermedad produce una desenfrenada actividad de las células que hace crecer los miembros más de la cuenta, con el mismo ritmo al que crecen los bebés. Este enfermo tiene la barbilla del tamaño de una calabaza; una de sus piernas es dos veces mayor que la otra. El paciente nos observa en silencio, con atenta modestia, en flagrante contradicción con el delirio de grandeza que aqueja a su cuerpo.

Mi mujer me está llamando con impaciencia desde la puerta, pero yo sigo delante de una cama como si hubiera echado raíces. ¿Qué me pasa? Llegaremos tarde.

—Y este, ¿qué tiene? —pregunto por tercera vez.

—Déjalo, no tengo tiempo para explicártelo. Es un caso grave, ¿no lo ves?

—No veo gran cosa. Tiene una expresión muy rara.

—Está en fase terminal. Le quedan pocos días de vida. Tumor cerebral, inoperable.

—¡Como mi amigo Havas! Él murió de un tumor así. ¿Por eso tiene la cara...?

—¡Por Dios! —murmura mi mujer—. ¿Cuántas veces debo rogarte que no demuestres tus sentimientos delante de los enfermos? Está terminantemente prohibido; puedes provocarles trastornos anímicos.

—Pero si no nos comprende, estamos hablando en húngaro —contesto en susurros.

—Es igual. Comprende la mímica, sólo que simula que no ha comprendido. Hay que tener más tacto. Vámonos ya.

Aranka me precede por la amplia escalera. Yo la sigo lentamente. Afuera nos cruzamos con un médico amigo de ambos, hablamos de cosas de Budapest, nos reímos. Seguimos nuestro camino. De repente me interrumpo. ¿En qué pensaba un momento antes? ¿Qué era lo que no debía olvidar? ¡Ah, ya sé! La expresión de aquel enfermo, el de la cama número 3, a la derecha. ¿A quién me recordaba?

—Vamos, apresúrate; ¿por qué caminas arrastrando los pies?

No sólo arrastro los pies, sino que me he detenido por completo, como el buey que se resiste a entrar en el matadero. Porque en ese mismísimo instante, como un relámpago, brota la idea: la expresión de aquel enfermo me hizo pensar en mi propia cara, pálida y distraída, tal como se me aparece cada mañana en el espejo, al afeitarme.

Doy dos pasos, me detengo otra vez y le digo a mi mujer, simulando ligereza:

—Aranka, creo que yo también tengo un tumor cerebral.

—No digas sandeces, ¿no te da vergüenza? Eres tan tonto como uno de esos estudiantes de

medicina de primer año.

GOTAS DE SANGRE EN EL FONDO DE LOS OJOS

—¿Qué quisiste decir con eso de «estudiante de medicina de primer año»?

—Es una experiencia clásica. El alumno de medicina cree padecer inevitablemente todas las enfermedades que estudia durante la carrera. Se descubre síntomas de viruela, de cólera, de tuberculosis y de cáncer, en el mismo orden en que va estudiando esas enfermedades en los libros de texto y en sus horas de clínica. Se trata de una «hipocondría profesional» muy frecuente, es una fase que forma parte de la carrera casi, nadie la toma en serio. Tú también podrías ser víctima de ella, no olvides que estudiaste un semestre de medicina.

—¿Te crees que se trata de eso? Pues escúchame: no estoy neurasténico ni tengo veinte años. He visto bastantes enfermedades y muertos en mi vida, jamás caí en fantasmagorías y no voy a hacerlo ahora. Quizá te parezca una idea un poco descabellada, pero me resultó tan familiar el aspecto de...

—Ante todo, aprende esto: el tumor cerebral se manifiesta por cuatro síntomas clásicos en los que se funda el diagnóstico: jaqueca, vómitos, vértigo y papilitis.

—En cuanto a la jaqueca y los vómitos, prefiero no hablar de ellos. Y en lo que se refiere a esa papi... ¿cómo has dicho?

—Papilas edematosas. El tumor ejerce presión sobre el cerebro hacia el punto en que encuentre menor resistencia. A través del minúsculo orificio que se abre en el fondo de los ojos, la sangre afluye a la membrana, lo cual se comprueba con el espejo ocular. Es un síntoma infalible, casi podríamos llamarlo la condición *sine qua non* del tumor cerebral. No todo caso de papilitis se debe a un tumor cerebral, pero aparece regularmente cuando este existe y, de los cuatro síntomas, es el más decisivo, como pasa en la sífilis con las cuatro cruces de la Reacción Wassermann. Pero date prisa, que los Gaspar almuerzan a la una y media.

—Déjame decirte que las jaquecas, el vértigo y los vómitos...

—¡Basta, por Dios! Primero, recuerda que debes hablar con Gaspar sobre la traducción, luego telefonar a Jozka, en tercer lugar tenemos que comprar un suéter a Cini, y en cuarto...

—Está bien, está bien.

Es curioso, pero durante toda aquella tarde no volví a pensar ni una sola vez en ello. Ocupaban mi cabeza trámites urgentes que tenía que hacer en Budapest y la necesidad de estar de vuelta aquella misma noche. Efectivamente, así lo hicimos. Desde luego, Cini hubiera querido quedarse unos días más en Viena. Por la noche dormí muy bien, aunque me molestara no poder continuar la lectura de Thomas Mann. Entre vigilia y sueño, tuve pensamientos lascivos hacia una mujer que no había visto en mi vida. Al despertarme por la mañana, ya no me acordaba de aquel extraño escalofrío que había sentido el día anterior en el hospital de Viena.

A las diez me halló en la puerta de la clínica de oftalmología. Sólo entonces me doy cuenta de que no he venido solamente a que me receten nuevos anteojos. «Ya ves», me digo a mí

mismo, «eres un perfecto hipocondríaco que pierde el tiempo visitando médicos de un consultorio a otro, igual que tu amigo F y tu hijo mayor Gabor. Esto acabará mal, ya verás». Igual sonrío porque se me ha ocurrido el argumento de una comedia en la que me burlaré, en veinte escenas, del calvario y ascensión al cielo de un paciente que va de clínica en clínica con su terrible mal: una picazón en la nariz.

Mientras subía la escalera hasta el primer piso, mi mente se permitió pensar que aquella escalera era quizá la última estación de mi primera vida, la que de niño había concebido para mí (seis mil años por lo menos), el ocaso de la época de la arrogancia y del amor propio.

Encontré en el pasillo al simpático ayudante del profesor.

—¡Ah, querido señor K, cuánto tiempo que no teníamos el gusto de verlo! Supongo que necesitamos nuevos anteojos, ¿eh? Todos envejecemos, mal que nos pese.

—Creo que tengo media dioptría más. Como decía el corto de vista: «El problema no son los ojos. Sólo necesitaría que mi brazo fuera más largo».

Mientras el muchacho manipula el espejo ocular le digo, haciéndome el entendido y como al pasar:

—Ya que estamos, podría también hacerme un fondo de ojos, mi querido doctor.

—Con mucho gusto —dice él. Veo destellar delante de su frente el largo monóculo metálico de forma oval que proyecta un agudo rayo de luz eléctrica en mi iris. Se inclina tanto en mi dirección que el endiablado aparatito me hace cosquillas en la nariz. Siento su respiración y su concentración. Espero que me diga las mismas palabras a las que me ha acostumbrado: «Mi querido señor, la diferencia es mínima. Le recetaré sus nuevas gafas. Por lo demás, está usted tan fresco como una lechuga».

Pero el facultativo suelta un silbido corto y agudo.

—¡Caramba, qué hace eso ahí!

No es una exclamación de inquietud o preocupación; más bien hay cierta alegría en su voz, semejante a la que siente el coleccionista al encontrar un rarísimo ejemplar. Recuerdo que una vez vi a Dollinger, el célebre cirujano, exhibiendo en una bandeja de papel a sus alumnos un cáncer que acababa de extirpar: «Miren, señores, qué ejemplar más hermoso», les decía.

—¿Pasa algo? —pregunto.

El facultativo coloca el aparato en la mesa, lo mira serio, luego me enfrenta como si de repente me hubiera vuelto otro. El juez de instrucción debe de mirar de esa manera cuando conducen a su presencia a un amigo suyo, acusado de un delito extraordinariamente grave.

—El fondo del ojo está ensangrentado, y la papila está inflamada.

Me quedo sentado en silencio. Si no pronuncio ni una palabra, como el asesino ante el detective, seguiré siendo inocente. ¡Pero el fondo del ojo está ensangrentado, caballero! Existen huellas, no diga nada, se quedará aquí sin moverse hasta que llegue el juez de guardia.

Efectivamente, el médico salta de su asiento y se precipita hacia la puerta. Con vertiginosa rapidez, el gabinete se llena de gente: otros médicos, practicantes y estudiantes me rodean. Se arrebatan uno al otro el espejo ocular. De repente, el grupo abre paso y llega el anciano y simpático profesor en persona, solemne y rígido, atraído por la noticia.

Examina largamente mis ojos. Luego se vuelve hacia su ayudante y dice con solemnidad:

—Lo felicito. Excelente diagnóstico. Caso clásico.

—¡Profesor! Lo poco que sé lo aprendí aquí, bajo su tutela.

La satisfacción es colectiva, hasta que yo digo en voz baja:

—Señores...

Todos se vuelven hacia mí, como si tomaran súbita conciencia de que hay una persona detrás

de mis pupilas y el resto de mis ojos. El ayudante cambia completamente de actitud: me dirige una mirada de viejo camarada.

—Pues bien, mi querido K, no hay que precipitarse. Lo que tenemos aquí puede tratarse de un sinnúmero de cosas. Si está usted de acuerdo, nos trasladaremos al consultorio vecino a examinar el campo visual, comprobar la visión de los colores, verificar si estamos ante un escotoma, o un nistagmo. Venga usted.

Ya no estamos hablando de lentes. En el gabinete contiguo manipulan extraños aparatos delante de mis ojos durante un rato largo. Primero son dos barras cruzadas que tienen un punto blanco en cada extremo; las mueven lentamente y yo debo indicar cuándo los puntos blancos entran en mi campo de visión. Me esfuerzo por no hacer trampa, sé perfectamente lo que importa ser honesto ahora. Luego es un disco giratorio con un punto rojo y otro azul. Debo decir cuándo veo rojo y cuándo blanco. El examen se prolonga; me hacen mediciones, toman apuntes. El ayudante de voz tan suave alza su dedo índice y lo hace pasar varias veces delante de mis ojos. Le pregunto si está examinando mi pupila, si sospecha sífilis. Y descubro atónito que me haría feliz si se sospechara que «tan sólo» padezco esa enfermedad. Pero no, lo que está examinando es la vibración del globo ocular. Luego me hacen salir y esperar en el pasillo. Media hora más tarde llega el ayudante con un sobre cerrado en la mano.

—Mi querido amigo, aquí tiene usted los resultados. Vaya con ellos a la clínica del profesor Korányi. Allí le dirán el resto. Van a someterlo a unos cuantos exámenes más. Tal vez lo manden a otra clínica. Por una vez, cuídese. Lo mejor sería que fuese mañana mismo y, desde luego, que nos haga saber luego el resultado. Ya sabe cuánto lo valoramos todos aquí.

—Mil gracias, son ustedes muy amables... Lo que le quería decir, ejem... Usted... Esos coágulos de sangre... ¿pueden ser signo, tal vez, de un tumor cerebral?

—Déjese de tonterías. Ya le he dicho que puede ser síntoma de cosas muy distintas. En ningún caso debe dejarse llevar por suposiciones gratuitas. Además, hace tiempo que no lo veía con tan buena cara. Bueno, no se olvide de ir a la clínica. Ahora perdóneme, tengo otros pacientes. Muy buenos días.

Apenas bajo la escalera abro el sobre. Contiene algunos datos que no entiendo. Al final, con mayúsculas, el veredicto: «PAPILA EDEMATOSA. Ojo izquierdo, 1.5 dioptrías. Ojo derecho, 2.5 dioptrías». Vuelvo a colocar el dictamen en el sobre y me pongo lentamente en marcha. El mundo, la calle, todo parece cambiado. ¿En qué debo de pensar ahora? Noto que uno de los puños de mi abrigo está deshilachado. Tendría que comprar otro abrigo, ya lo había pensado el otro día. ¿Comprar ropa? No, no, no es en eso en lo que tengo que pensar, no, señor.

Un cuarto de hora más tarde, estoy sentado en la biblioteca. He pedido cuatro obras, dos locales y dos extranjeras: *Tumores*, *El cerebro humano*, *De las jaquecas* y *Deformaciones somáticas del sistema nervioso central*. Me molesta que no tengan publicaciones más recientes sobre la cuestión. La más nueva tiene tres años.

Hacia la una y media estoy más o menos enterado de lo que me interesaba. Al ponerme el abrigo intento resumir lo leído. Resuenan en mi mente frases entremezcladas, sobre todo una: «La intervención quirúrgica y extirpación de estos tumores están absolutamente indicadas, aun cuando la estadística actual sea poco favorable, sobre todo cuando las radiografías no dejan lugar a dudas acerca de la localización del tumor». Y otra que dice: «En caso de intervención quirúrgica, la mortalidad sigue siendo de un setenta y cinco a un ochenta y cinco por ciento, aproximadamente».

Al llegar al bulevar freno la marcha y me pregunto adónde ir. Estoy cerca de mi periódico, subiré un momento a la redacción para corregir unas pruebas. Además debo firmarle unos vales al cajero. Pero ¿por qué camino tan despacio? En realidad, debería correr; el tiempo urge. No se trata de la clínica (allí iré mañana) sino de otro asunto, que debo arreglar conmigo mismo urgentemente, y no tengo ni la más mínima gana de hacerlo: alguien está llamando en alguna puerta de mi interior, irónica y violentamente.

Es él, lo reconozco: es mi Yoíto. Impertinente homúnculo que goza de total independencia dentro de mí, se pasea por mi interior Dios sabe cómo, a veces está en mi corazón, otras en mis dedos, y a veces se acuesta en las circunvoluciones de mi cerebro, desde que lo descubrí cuando era niño y lo bauticé con ese nombre y empezó a alborotar impertinentemente, en cada trance decisivo de mi vida.

«¿Y ahora qué?», está diciéndome ahora. «¿Entrarás en razones de una vez? ¿Terminarás con tus exageraciones?».

Ah, Yoíto, tú que te sentarás en la punta de mi nariz para contemplar mis últimos instantes de vida, que ni siquiera en ese momento dejarás de burlarte y denigrarme...

«Sí, ¿y qué? ¿Seguirás aplazando la confesión? ¿Ya estás pensando en una frase elegante, unas últimas palabras? ¿Quieres decir algo? Creí que ibas a decir algo: ¡habla, miserable! Di algo, con tal de que sea sincero. Grita de una vez que tienes miedo hasta del miedo mismo».

Pero no doy ningún grito sino que continúo mi camino sin prisa. Me detengo ante la vidriera de una óptica: ¡caramba, una clepsidra! Siempre quise tener un reloj de arena. Este es hermoso, esbelto, graduado de cinco en cinco minutos. Ni siquiera es caro. Sin embargo, no lo compro. ¿Qué me pasa? ¿Por qué lo encuentro todo tan accidental, tan inverosímil? Casas y tiendas que he visto miles de veces, ¡qué digo miles: millones! ¿Les ha pasado alguna vez que una ciudad les produce un efecto extraño, no sólo al verla por primera vez, sino también al deambular por sus calles una última vez antes de un viaje, antes de emigrar para no volver nunca más? Contemplo meditabundo los escaparates familiares que cobran un aspecto dolorosamente nuevo, como si todo se hubiera vuelto más pequeño, como cuando vemos de nuevo nuestra habitación de infancia, en nuestro recuerdo tanto más grande y exótica. Lo que duele no es haber perdido esa ilusión tan bella y tan magnífica, sino que nuestra infancia haya sido tan pequeña y desprovista de valor, esa infancia de la que nos alimentamos durante toda nuestra existencia.

El señor Láng, amable secretario de redacción, me recibe sonriendo como siempre; yo también intento saludarlo como es debido. Paso por la caja, le digo un par de tonterías a Panni para hacerlo reír, veo entrar a Sz con una expresión «más allá del bien y del mal», en flagrante contradicción con su ondulada melena de revolucionario. Me gusta que sepa de ciencias naturales y no sólo de humanidades, como la mayoría de los colegas de la nueva generación. Nos ponemos a conversar sobre nuestros temas habituales, descubrimientos y tendencias recientes de la ciencia médica, y cómo se va ampliando el campo de batalla: cada día estamos más y mejor equipados para la lucha contra las enfermedades, pero cada día se descubren más enfermedades.

—Yo, por ejemplo, acabo de descubrir que tengo un tumor cerebral —le digo.

Él se ríe a carcajadas.

—¡Por supuesto! Tratándose de ti, no podrías estar simplemente enfermo, necesitas tener algo absolutamente excepcional, único, que nadie más padezca. Pero esta vez has ido demasiado lejos. Te recomiendo que elijas otra dolencia que no sea tan seria: extrasístoles, hiperhidrosis.

—No, señor. Lo que tengo es un tumor cerebral.

—Ya hablaremos cuando me traigas el diagnóstico por escrito, con la descripción de la papila edematosa.

Como un relámpago, saco el sobre de mi bolsillo.

Sz lee, vuelve a leer, comprueba si el nombre y apellido del enfermo son efectivamente los míos. Me siento orgulloso, pero el sentimiento dura sólo un instante.

—Curioso... —dice con voz ronca—. Qué... curioso. —Luego mira su reloj y exclama: —
¡Santo Dios! Tengo media hora para entregar mi artículo. Adiós.

Veo desaparecer a Sz y me tiendo en el sofá, porque el suelo empieza a ondular de manera extraña bajo mis pies. Tengo la misma sensación de aquel que está suspendido de una cuerda y se da cuenta de que están a punto de cortarla.

ENTRE ACROMEGÁLICOS Y MICROCÉFALOS

En el parque de diversiones inauguraron hace poco un pabellón complementario al «Viaje a las Grutas Maravillosas», donde, a cada zigzag del tren, el asombrado pasajero puede admirar enanos, princesitas, escenas idílicas y palacios de cristal. El nuevo lleva el nombre de «Tren Fantasma». Inmediatamente al comenzar el viaje se accede a un lugar tenebroso, se oye silbar un viento helado, abrir y cerrar de puertas invisibles, chirriar de cadenas, suspiros y rechinar de dientes en las tinieblas. Relampaguea una lucecita enferma en un nicho, te hace muecas una calavera, pero el Tren Fantasma ya se precipita como si cayera en un abismo. Vibra y se estremece tu asiento, en el nicho de al lado yace inerte un suicida; luego será el turno del ahorcado y del enterrado vivo que intenta en vano abrir el ataúd. Ulula un búho, aúllan los lobos: horrores perfectos para la gente deseosa de diversión. Todo parece indicar que alcanzan su objetivo, pues los viajeros ríen satisfechos y procuran asustarse mutuamente. La experiencia enseña que la pasa peor el que permanece silencioso en la oscuridad padeciendo los chascos.

No me he presentado en la clínica, tampoco he escrito a Viena. Voy aplazando la cosa con el pretexto de que tal vez logre encontrar solo la puerta que conduzca a la solución. Si uno se lastima por la mañana en el dedo meñique, notará con sorpresa durante todo el día que el dedo herido raspa y choca contra todo: probablemente se trata de una ilusión; los demás días debe chocar igual, sólo que uno no se da cuenta. Por la mañana había estado hojeando la *Neurología* de Bing, la *Psiquiatría* de Bleuler; las letras se confundían ante mis ojos, pero los grabados que ilustraban el texto se fijaban con intensidad en mi mente. Casi alcanzaban categoría de amigos íntimos aquellos paráliticos, mancos, tuertos, acromegálicos y microcéfalos. Me había llamado especialmente la atención la foto de una mujer idiota, esquelética y completamente desnuda y despeinada, cuyos rasgos delataban los tormentos que le era imposible expresar con gritos, como saben hacer hasta los animales. En otra lámina, un niño con la Enfermedad de Little, en cuatro patas, con las extremidades torcidas: su cráneo demasiado blando había sufrido una lesión irreparable en el momento mismo de nacer.

Por la noche, no me es posible leer. Tengo una idea. Llamo a Rozsi, y ella me lee, muy servicial y sin cansarse, el *José* de Thomas Mann. Va recitando las extensas y complejas frases del libro con una soltura que me sorprende. A mi pregunta de si entiende ese texto sobre el que hipercultos lectores se han devanado los sesos, se encoge de hombros maravillada: «¡Cómo no entenderlo, si trata de lo mismo que nos enseñan en la clase de religión!». Acabamos de llegar al momento en que los hermanos de José, exasperados por su alegría, le dan una tremenda paliza y lo arrojan a un pozo seco y profundo. Allí yace maniatado, con las costillas rotas, los ojos hinchados y ensangrentados, casi ciego. Piensa en su vida, cuán natural le había parecido hasta entonces su existencia tan dichosa. Ruego a Rozsi que deje la lectura e intento conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, mientras camino hacia el centro de la ciudad, paso junto a una aglomeración de transeúntes. Un obrero epiléptico se contorsiona en el suelo. Me alcanza un vistazo para entender que no simula: sus labios llenos de espuma, sus ojos en blanco. *Epilepsia jacksoniana*, diagnóstico satisfecho y prosigo mi camino, hasta que me sobresalto: he chocado contra un mendigo ciego que avanzaba tanteando con su bastón.

Desde aquel diálogo con Sz en la redacción siento remordimientos por haber revelado mi dolencia para impresionarlo. Toda vanagloria sólo sirve para complicar las cosas. Tal vez aún sea posible ocultárselo a la gente, pues todavía existe la probabilidad de que en realidad no tenga nada serio y de un momento a otro pase esta pesadilla.

Pero mi sospecha de que todo el mundo lo sabe queda pronto confirmada. La gente por la calle vuelve la cabeza al verme pasar. Amigos y conocidos me escrutan con mirada interrogativa; los más sentimentales se levantan precipitadamente para ayudarme a ponerme el abrigo. «No es nada», me digo, más alegre de la cuenta, casi hasta la provocación. Pero durante varios días no paso por la redacción, prefiero deambular por las calles, en las que me cruzo continuamente con toda clase de enfermos. Como una musiquita de organillo, me sigue por las calles insistentemente la extraña sensación de que estoy en el mundo como mero invitado. Sí, de visita, paseando con envidia furiosa por una ciudad extranjera en la que todos me observan y acechan.

En la plaza de la Universidad me cruzo con D. Hace tiempo que no nos vemos. Después de un rápido apretón de manos, me pregunta como al pasar:

—Alguien me dijo que padecías alguna enfermedad de los riñones, ¿puede ser?

—¡No, en absoluto! Es sólo una neuralgia...

—Pues, oye, no dejes de ir al hospital. Le hablaré de ti al doctor R.

—¿Pero qué dices? ¿Hablarle de mí...?

Otros, que por regla general nunca se detienen al cruzarse conmigo en la calle, ahora me dan conversación aunque no tengan nada que decirme. En el tranvía, un caballero más joven que yo se levanta para cederme su asiento; me obliga a la fuerza a aceptarlo; yo no puedo recordar quién es pero él me conoce muy bien, según dice. Y, hasta que se baja, no me quita la vista de encima.

¡Por qué abrí la boca con Sz! Levanto la cabeza asustado, husmeo el aire; siento que se está murmurando de mí en todas partes. En algún lado alguien, no sé quién, telefona, toma decisiones y sólo espera el instante propicio. Tengo que hacer algo para desviar las sospechas antes de que otros actúen. Es preciso decidirme, hacer cualquier cosa, aunque preferiría descomponerme en esta oscuridad en la que es tan agradable no tener que pensar absolutamente en nada. Voy a ver al simpático y distraído Gyula, a quien considero el más circunspecto y escéptico sabio de todos mis amigos médicos. Nunca hemos hablado de ciencia; lo que a él le interesa es la literatura más refinada. Me recibe cordialmente, sin segundas intenciones; no está enterado de nada; de otro modo lo diría. Estamos bromeando cuando entra su esposa Elsa y él procura divertirla, me molesta que se quede silenciosa.

—Gyulito, ¿podrías mirarme un poco el estómago, y los pulmones y los reflejos? Me duele a menudo la cabeza, aunque dejé de fumar hace quince días... Y ya que estamos, échale una ojeada a mi vista.

—Sí, sí, ya sé a qué te refieres... Está bien que me lo hayas recordado, y creo que es indispensable que vayas al hospital, el profesor R te está esperando. Si quieres, puedo telefonar ahora mismo.

—Si ya me está esperando es inútil que te molestes.

Los niños de Gyula me acompañan hasta la puerta. Estoy conversando con ellos con gran vivacidad mientras me pregunto cuándo diablos le mencioné mis dolencias a Gyula. Estoy completamente seguro: no le hablé de ello para nada.

Al mediodía, cuando viene a verme mi secretario, me comenta inesperadamente que la póliza de mi seguro de vida ha caducado y es necesario... Yo pienso en la cantidad de primas que llevo pagadas inútilmente. A las cinco, estoy sentado en el consultorio privado del profesor R, en la calle Maximilian Falk. Es un hombre sereno, equilibrado, bonachón; si no se supiera que es una eminencia, uno lo tomaría por un gerente de empresa. Sólo su laconismo revela al especialista. No menciona que me estaba esperando. Me ausculta detenidamente, prueba por lo menos diez clases diferentes de reflejos: me pincha, me hace cosquillas, me ordena que camine, me hace levantar las extremidades por separado y en simultáneo. Yo siento que mi amor propio va fortaleciéndose cada vez que él murmura: «Negativo... Negativo...». Desde luego, no podría ser de otra manera, qué diablos. Mire usted, profesor, con qué seguridad me paseo con los ojos cerrados.

Bruscamente recuerdo mi paso por el laboratorio hace unos días, cuando tomaron radiografías de mi cráneo. Se lo menciono.

—Sí, lo sé; ya están en mi poder —asiente inmediatamente.

—¿No es posible! ¿Las tiene usted? ¿Y aparece alguna manch...?

—No. Pero ya las miraremos con más detenimiento.

—¿Pero no dice usted que no hay nada? Y, si no me equivoco, lo mismo ocurre con mis reflejos. Lo único parecería ser el asunto de las papilas...

—Sí, desde luego.

—Entonces, ¿no hay ningún otro síntoma?

—Bueno, hay signos de disimetría... Me gustaría verlo de nuevo mañana.

No volveré. Este hombre no me gusta. Tengo la impresión de que no le caigo simpático. Los demás están siempre bromeando conmigo, me inspiran confianza; si descubren algo negativo se refleja en sus caras, comparten sus investigaciones y mis inquietudes... Este, en cambio, parece desear de todo corazón encontrarme algún mal, y no estará tranquilo hasta que lo encuentre. Para él es indispensable que uno esté enfermo; tiene prejuicio ante la salud. Y no me tiene la menor simpatía. Quiere ahuyentar de mi lado a los hombres de instinto; pretende abrir ventanas nuevas allí donde se ve perfectamente sin ellas. Ignora, sin duda, que la luz excesiva engaña tanto a la vista como la más completa oscuridad.

En el café Buchinsky, por la tarde, mi amigo Lajos Nagy me mira extrañado cuando vuelvo de la cabina telefónica.

—¿Qué pasa? ¿No hablaste?

—No había nadie al aparato.

—¿Pero si querías llamar tú!

—¿Qué dices?

¡Ah, sí! En realidad era yo quien quería telefonar a Gyula. No sé cómo se me había ocurrido la idea de que me estaban llamando. Vuelvo a la cabina.

—¿Eres tú, Gyula?

—Servidor, Frik.

—Me han dicho que ya están listas aquellas radiografías de mi cráneo.

—En efecto.

—Y que no hay ninguna mancha en el cerebro...

Una pausa apenas discernible antes de la risa de Gyula; sólo yo soy capaz de percibirla. Pero reanudo la conversación en el tono alegre y zumbón al que ambos somos aficionados.

—Querría pedirte un favor, Gyulito, amigo mío.

—A tu disposición.

—Si tuviera una mancha en el cerebro, ¿me lo dirías?

Larga pausa.

—No.

—¿Por qué?

—Porque, en ciertos casos, el médico está obligado al silencio incluso con el propio enfermo.

Me río y digo:

—¿No te parece, Gyula, que tu primera respuesta hace bastante problemática la sinceridad de la segunda?

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿qué debo creer?

—Es difícil hablarlo por teléfono. Y no me corresponde a mí.

—Ya hablaremos. Gracias y adiós.

A la mañana siguiente, acompañado de mi secretario, me presento en la clínica del profesor Koranyi, para solicitar mi ingreso. Mientras apuntan mis datos, Dénes comenta en broma que me estoy comportando exactamente como un delincuente que, tras largas dudas y tribulaciones, acaba por entregarse a la policía.

REFLEJOS EN EL VIDRIO DE LA VENTANA

Desearía que el lector creyera que no es mi intención exagerar aquí los símiles ni hacerme el interesante mediante descripciones poéticas. Intento evitar todo cuanto pueda resultar «simbólico», puesto que me interesa incluso más que al lector poder recordar todo clara y nítidamente, libre de toda deformación efectista. Pero es cierto que durante todo el curso de mi enfermedad tenía un sentimiento de culpa por algo indefinible, que se volvía más grave por no querer asomar a mi memoria; por eso me resultó imposible, de principio a fin, quejarme o sublevarme contra mi destino. En cuanto al símbolo, sólo diré que el lector, si posee suficiente comprensión de sí mismo para observar su vida, reconocerá que cada día nos ocurren tres o cuatro cositas que delatan aspectos invisibles de nuestro ánimo y del desarrollo de nuestra alma.

En la clínica me hacen desnudar y acostar inmediatamente: no me preguntan si me encuentro bien o mal, tan sólo cumplen con el reglamento. Mientras espero la primera visita médica pido los periódicos, bastante malhumorado. Intento leer, pero sin éxito. Una monja enfermera se ofrece a leerme en voz alta; ni siquiera me pregunta qué enfermedad padezco. Hago como si me interesaran los titulares de primera plana, pero lo único que quiero es que me lea la sección «Ecos Sociales». La monja obedece y recita en voz alta: «Nos llega la noticia de que el celebrado escritor FK ha ingresado por propia voluntad en una elegante clínica de la capital para someterse a un examen médico que diagnostique la dolencia que sufre. Esta Redacción lamenta su situación y le desea un pronto restablecimiento». Espero con cristiana resignación lo que deba sobrevenir, pero pasa media hora y nadie telefonea preocupándose por mi estado. Mi vanidad se siente herida. De pronto pienso en Viena, y pido que envíen inmediatamente un telegrama a mi esposa: «Noticia periódico equivocada. Estoy bien. Sigue carta».

A las diez, empiezan con toda clase de exámenes. El doctor C es una persona afable, enseguida nos hacemos amigos. Yo mismo voy indicando la comprobación de mis reflejos: ya estoy acostumbrado a extender los brazos, a inclinarme hacia adelante y hacia atrás, a soportar el delicado martillazo contra la rodilla y dejarme hacer cosquillas en las plantas de los pies. Más tarde llegará el turno de los pinchazos, miraremos si tengo alta el azúcar o alguna otra cosa. Mientras tanto, ¿me gustaría una partida de ajedrez? Ya lo creo, contesto, después del almuerzo estaré más que dispuesto. Dicen que el doctor es un verdadero maestro en este juego.

Como sala de café, esta clínica no está nada mal; la opresión que sufría en el corazón esta mañana va cediendo. Por cierto, el doctor me gana al ajedrez. Poco después recibo varias llamadas telefónicas de conocidos, muy amables y alegres preguntan si pueden pasar de visita. Esto me pone de mejor humor. Además sale el sol. Me siento invadido por una tranquilidad serena y sedante. Busco la causa. Tal vez el no tener que trabajar, este pretexto magnífico para holgazanear. No, es una explicación demasiado superficial. Creo que por primera vez en mi vida gozo del estado de irresponsabilidad total. ¿Cómo explicar esta sensación a personas sanas, normales? Para mí, cada minuto es como para ellos esos instantes en que caen del sexto piso a la calle. O tal vez se trate únicamente de una angustia exagerada. Como decía Shakespeare, el

cobarde muere mil veces; el valiente, una sola. Todo parece indicar que estoy en buenas manos, me curarán de aquello que padezca. ¡Esta no es mi vida, es una tarde y nada más! En silencio voy enlazando mis pensamientos, que ni siquiera son pensamientos: tan sólo palabras encadenadas sin ton ni son. No espero que la telaraña de la lógica los envuelva y los haga madurar: fabrico epigramas tontos con rimas ripiosas. ¡Cuántas cosas pueden pasar todavía! Un examen clínico minucioso descubrirá todo lo que me aqueja. Me da igual lo que digan los médicos; una vez que me hayan efectuado dicho examen, tendré tiempo de pensar, decidir y actuar.

Por la noche decaigo un poco. No a causa del vértigo y de la jaqueca, pues hacia las ocho ya están completamente superados. Pero no había contado con este gran silencio. Después de las siete, la vida se amortigua en los pasillos de la clínica, los médicos se van a sus casas, los amplios corredores se vacían; en las salas se extiende un crepúsculo azul muy suave, como de ultratumba. Contemplo el parque bajo la lluvia; procedo a un inventario anímico de mí mismo y medito si tengo algo que perder. Haciendo abstracción de todo, sé que el no ser es un estado extraordinariamente aburrido, comparado con la variedad polifacética de la existencia. Pero a la vez brinda numerosas ventajas: no es necesario hablar, ni buscar subterfugios. Si pudiera entrar en mi café preferido y sentarme entre la gente sin que nadie me viera...

En puntas de pie me pongo a recorrer las salas de enfermos bañadas en azulada penumbra. Las monjas que están de servicio me miran silenciosamente. La mayor parte de los pacientes yacen boca arriba; están muy tranquilos, pero no duermen: como niños cuyos padres han salido al teatro o a cenar, sueñan con los ojos abiertos en la vida que les espera cuando sean como ellos. De una de las camas me llaman con un silbido tenue: es mi amigo Otto Ernst, el publicista. Tiene algo en los pulmones y debe guardar cama dos semanas más. Tomo asiento a su lado, bromeando con aquella superioridad que sienten los sanos frente a los enfermos. Mi amigo ni siquiera me pregunta por qué estoy aquí; me habla de la viuda de otro viejo amigo, explica con demasiado detalle algo de sus riñones; lo tranquilizo y me voy. Entreabro apenas la puerta de una habitación con dos camas: una de las monjas me murmura que uno de los enfermos sufre del cerebro; puedo entrar si quiero, está despierto y se pondrá muy contento al verme. ¡No, para qué molestarlo? Lo veré mañana, en todo caso.

Por la mañana temprano me pongo a telefonar a diestra y siniestra por asuntos de trabajo, pero no encuentro a nadie en sus respectivos despachos. Hacia las nueve y media, entro en una de las salas, justo cuando se está realizando la evaluación de un paciente. Rodeado de estudiantes, el profesor, muy distinguido (es la primera vez que lo veo), habla en voz baja, sentado al borde de una cama. Una muchacha practicante, muy bella, se ruboriza al contestar las preguntas del profesor. «Al tacto, los músculos del vientre aparecen en distensión. Esto revela que...». La señorita contempla a su enfermo haciendo un visible esfuerzo. «Mírele un poco los ojos», dice el profesor. «Ictericia», exclama triunfal la examinada. Bravo, digo en mi interior con aprobación, mientras el profesor asiente con la cabeza y el enfermo mira inquieto a los facultativos que lo rodean.

A las diez llega de la ciudad mi primera visita. Desborda buen humor: «Veo que te has inventado una buena excusa para holgazanear, ¿eh? Brillante. Te he traído un poco de licor, y también cigarrillos egipcios. ¿Qué? ¿Que ya no fumas? ¿Un pequeño dolor de cabeza y crees que

agonizas? No tienes idea de las cosas por las que he pasado yo. Mira, ahí viene Emmerich... ¡Qué tal! Parece que nuestro común amigo aún no se ha muerto».

Hacia el mediodía, hay una verdadera tertulia alrededor de mi cama. Cada uno ha traído algo: flores, frutas, bebidas. Rechazo el almuerzo de la clínica, prefiero un enorme cesto de frutas meridionales, champaña y bombones. A las tres y media hacen ruidosa entrada tres compañeros de la prensa, de distintos periódicos. Gritos, alboroto. «Hombre, ¿qué te pasa? ¿Quieres que escriba de tu caso? ¿Tienes preparada alguna frase ingeniosa? Deberías; hay que aprovechar las ocasiones como esta».

La alegría degenera en juerga; los visitantes se animan mutuamente. Comparando con mi angustia de anoche, no puedo quejarme. Se ve que me quieren mucho, no están enojados conmigo; todo va a acabar bien. Pero, entonces, ¿qué son estos escalofríos tan raros?

Están demasiado alegres, muchachos; esto ya es una exageración. De haber venido de a uno, no todos juntos, no hubiera notado nada; pero así es un poco sospechoso, todos tan resplandecientes de buen humor. Lenta, oscuramente, se va formando en mí la idea; finalmente cobra forma de convicción: todos guardaban un gran silencio antes de entrar en mi cuarto, y volverá a hacerse el mismo silencio cuando salgan de aquí. Lo noto en los recién llegados: antes de abrir la puerta se han detenido un instante para enmascarar su rostro con la mímica de la risa y la alegría.

Me vuelvo hacia la ventana, y en ese mismo instante percibo, como un relámpago, reflejado en el vidrio, un cuadro fugaz: mi colega Pista, que ha llegado con su esposa, escucha con las comisuras de su boca caídas algo que ella le murmura al oído y, sin volverse hacia ella, asiente con la cabeza imperceptiblemente mientras su mano hace un ademán de resignación. Suelto una carcajada. Todos me miran atónitos. Nada, nada, me he acordado de algo divertido. Una tontería, no importa, sírvanme una copita a mí también.

Cuando el último visitante se ha ido, ya anochece. Salto de la cama y me visto febrilmente, abro la puerta con precaución, espío por el pasillo, un médico en bata blanca se aleja a paso lento. Cuando ya no se oyen sus pasos, me pongo el abrigo y el sombrero, me levanto el cuello y bajo las escaleras como un espía. El portero no me ve cuando salgo a la calle desierta. En el tranvía, agacho la cabeza para no ser reconocido. Llego a casa. No toco el timbre; abro furtivamente con mi llave. Entro en mi habitación a través del cuarto de baño; cierro las persianas y las cortinas, me echo en el sofá y cierro los ojos. Cuando Rozsi entra hacia las nueve y enciende la luz, suelta un grito al encontrarme acostado en el sofá.

—¡Jesús, María y José! ¿El señor está en casa?

—Es igual, Rozsi; no me hace falta nada, dormiré aquí. Que Cini se acueste. No, no te preocupes, ya telefonaré yo mismo. No necesito nada. No hace falta que me leas; tengo sueño. Mañana veremos. Buenas noches.

Pero, hacia el alba, me despierto con unas náuseas tan intensas que ya no puedo tratar más de seguir jugando a las escondidas. Rozsi entra corriendo. «Ya ves, he tenido cuidado, no ensució nada. Ayúdame con el abrigo; regresaré a la clínica. Si preguntan por mí...».

En la clínica me estaban buscando por todos lados. El médico se ofuscó al no encontrarme en mi habitación. Debo ir inmediatamente al laboratorio; se procederá a un triple examen de sangre y orina. La misma ceremonia del principio vuelve a empezar. Me paso la mañana entre crisoles,

alambiques y probetas. Una aguja se hunde cada media hora en la yema de mis dedos. Luego paso a la cámara de rayos X; toman radiografías de tres lados diferentes de mi cabeza, que me sostienen con una especie de tenazas. Al mediodía llega la noticia de que estoy bajo de azúcar. C se asombra de que no me interese por el resultado de las radiografías, que ya están listas. Me encojo de hombros, no tengo prisa por saber. ¿Para qué excitarme inútilmente? Bueno, pasemos entonces a oftalmología. Nos dirigimos por un zigzagueante sendero al pabellón correspondiente; debemos esperar en la antesala. Luego, una vez más, la cámara oscura: lenta y sucesivamente, el espejo ocular, el disco para examinar el campo visual, los puntos rojos y verdes.

Espero inquieto el dictamen, pero sin preguntar nada. El oculista, modesto y atentísimo, viene a decirme que la papila en un ojo ha empeorado una dioptría y media más. No sé cómo, después, me dejan solo. Me pongo a hojear los libros que traje conmigo. ¿Cómo vino a parar acá el *Viaje al Polo Sur*, de Scott, que ya he leído? Incluso me lo acuerdo perfectamente. ¡Qué manera más extraña de leer la mía! No distingo las distintas letras en la página y sin embargo sé perfectamente qué parte del libro tengo delante.

Aquí, hacia el final, está ese trozo bellísimo y conmovedor: el pequeño grupo de cinco exploradores se dispone a recorrer la última etapa del trayecto, con sus trineos arrastrados por perros. Llegan efectivamente al Polo, encuentran la bandera de Amundsen, ese rival más afortunado que la plantó allí dos meses antes, tras tantos siglos de inútiles intentos. Nuestros exploradores emprenden el regreso con el ánimo decaído, sin objetivo; no llegarán a ninguna parte. La descripción de ese triste viaje fue encontrada en el cuaderno que Scott guardaba contra su corazón, en la cabaña de nieve que fue su tumba. Una nevada tempestuosa alcanzó a aquellos valientes; murieron abrazados. No quedaban para entonces más que tres; Oates y Evans se habían perdido a mitad de camino. De ese Evans dice Scott que durante los últimos días seguía con ellos mecánicamente, cojeando, ciego, sin saber dónde se encontraba, tan sólo su desvarío febril revelaba que estaba vivo. Ya estaba sumergido para entonces en un sueño maravilloso: se paseaba entre palmeras en un crepúsculo tropical. Las últimas notas de Scott terminan con estas palabras: «Mis dedos ya no me obedecen; no podré seguir escribiendo. Salud y gloria a Inglaterra».

Durante los tres días que paso en la clínica, sólo una vez suelto una risa que viene del fondo de mi corazón, como libre de toda pesadumbre. Después de un largo paseo nocturno, encuentro una carta en mi cuarto. Erzsi, que ha estado aquí esperándome largo rato, me dejó escrito lo siguiente: «El que está enfermo, que se muera; pero que no se vaya de paseo cuando llega una visita deseosa de verle por última vez».

El martes por la mañana, a las once, se abre la puerta y, a la cabeza de su estado mayor, vestido de blanco, entra solemnemente el profesor. Trae en la mano el resultado de todos los análisis. Reina un silencio tenso mientras el profesor procede a dar una última hojeada a su carpeta. Luego me hace levantar, me coloca ante la ventana y durante unos minutos contempla mi cara, sin decir una palabra. Expectación general. Ahora proclamará si debe continuar la instrucción del sumario o si me entregan al fiscal. O tal vez iremos directo al veredicto.

—¿Ha tenido usted siempre las cejas tan pobladas?

Me sobresalto, atónito, maravillado.

—Siempre, señor profesor.

Al instante da media vuelta y, sin proferir palabra, a la cabeza de su estado mayor, sale de la habitación. Tan solo varias semanas más tarde me enteraré de que su pregunta era una pregunta

médica. Para mí hubiera sido más artístico, más genial, si se hubiera tratado de una distracción, un interés por la persona más que por el enfermo.

Poco más tarde me anuncian oficialmente que puedo abandonar la clínica, por ahora. No se ha obtenido ningún resultado determinante. Imre viene a buscarme y me comunica que tiene reservado un cuarto para mí en el Sanatorio de Monte Sváb.

EN MONTE SVÁB

El sanatorio es distinguido y silencioso. Estamos a principios de primavera; apenas somos unos veinte en el inmenso palacio construido en la cima del monte. Los amigos aún no saben que estoy aquí; paso dos días enteros en absoluta soledad. Mañanas difíciles, en las que ni siquiera bajo al hall; los malestares matutinos ya no son ataques pasajeros sino que duran hasta el almuerzo.

Sin vestirme me reclino en el sillón, presa de escalofríos, y contemplo a través de la ventana el milagro de Pest y Buda, como si fueran una nebulosa e inverosímil visión. Lo que me queda de conciencia se fija convulsivamente en dos puntos: mi estómago y mi cerebro. Cuando se pone en movimiento el primero me arrastro hacia el lavabo, donde me paso media hora con la cabeza caída hacia delante, esperando el momento en que el segundo amenace dejar de funcionar para tocar el timbre antes de que sea demasiado tarde. Pero no llego a pulsar el timbre ni una sola vez; tampoco llamo al médico.

Hacia las tres me arrastro dificultosamente hasta el comedor; luego simulo que duermo en el sofá del pasillo, en la penumbra. En realidad, no consigo conciliar el sueño; hay una idea fija entre las paredes de mi cráneo. Se vuelve a poner en marcha la bobina de proyecciones: el espectador tiene una tarea difícil, debe contemplar una película de hace veinte años, mal fotografiada; la borrosa película sobre los últimos días de mi amigo Havas.

Havas era un poeta entusiasta, tenía veintidós años y un talento especial; además era admirador mío, pero esa parcialidad bien podía ser adoración a sí mismo, pues en su imaginación y la mía había algo en común. Él acababa de volver del frente, herido. Cuando fui a verlo, se vanaglorió de que, en la mesa de operaciones de aquel hospital, se había hecho quitar un tumor congénito de grasa que tenía en el pecho. El patólogo encontró dentro de aquel tumor cosas tan extrañas como una minúscula bola de pelos y un hueso minúsculo. Empezamos a bromear: tal vez había en aquel tumor algo hasta la fecha desconocido para el mundo: un sexto sentido, o una emisora magnética, que ofrecería al mundo un artefacto más moderno que la radio. Pero pocas horas después se presentaron síntomas inesperados: primero dolores de cabeza, luego parálisis; me acuerdo perfectamente porque entonces le ordenaron un fondo de ojo, y así fue como me enteré de que el fondo de ojo permite evaluar si se está formando un tumor en el cerebro.

El propio enfermo me tenía al corriente, cada día. No parecía muy desesperado; era joven; la curiosidad podía en él más que el miedo, y desde luego no se le cruzaba por la cabeza la posibilidad de morir. Una mañana me recitó su más reciente poema, que acababa así, según era moda en la poesía lírica decadente, crepuscular, pesimista-mística de aquellos tiempos:

*Me miro
hondamente en el espejo,
y abro ambos brazos.*

«Eso quiere decir que me estoy despidiendo de mí mismo», explicaba con vivacidad. «Es patético, ¿verdad?». En efecto, el poema era patético; incluso gustó a nuestro común amigo, el poeta admirablemente noble, príncipe del género, Arpad Tóth... Pero Havas no escribió más. Primero se le paralizó el cuello, luego las piernas; no volvió a levantarse más. Reposaba en diagonal sobre la cama y hablaba susurrando y tartamudeando. Cuando fui a verlo, intentó bromear y guiñarme el ojo, pero le quedó abierto, el párpado no le obedecía. También tenía el labio inferior caído, casi como si se estuviera riendo, y en efecto no estaba de mal humor: respirando con dificultad, intentó caricaturizar a un amigo nuestro que había estado de visita media hora antes. Aquel amigo nuestro sufría un tic nervioso y el pobre Havas intentaba imitarlo con extrañas muecas. La siguiente vez que lo vi fue en el ataúd; su cara era pavorosa.

No resisto la rutina. Me arrastro hasta el funicular, encuentro un asiento en la estación. Dénes vendrá tal vez en el próximo tren y me traerá noticias; ya hace tres días que no leo ni siquiera el periódico. Me es imposible seguir llenando los días con el tema Havas; es preciso trabajar un poco: esta tarde dictaré alguna cosa a Dénes. Abro mucho los ojos para ver si puedo leer algo en mi agenda y, en efecto, alcanzo a ver cuatro letras bien grandes: MONI. No sé si es una palabra. ¿Qué podría significar? Hay escrita otra cosa a continuación pero no consigo descifrarla... De pronto recuerdo: mi mujer mencionó varias veces a un Moni, al volver de la clínica en Viena en donde está estudiando.

No sé de él nada más que su nombre: nunca lo he visto, pero son muchos los recuerdos que tengo de él, a través de los relatos de mi mujer, casi tantos como los que tengo del pobre Havas. Sin embargo, si no me equivoco, Moni no ha muerto, Moni vive. ¿Haré un artículo humorístico? No, no estaría bien. Mejor empezar por un bosquejo, y ver adónde nos lleva. Intento reunir en mi cabeza los datos que poseo:

MONI

Se pasea indeciso por la sección de enfermos tranquilos del manicomio; de vez en cuando entra en las habitaciones, en verano sale al jardín. No molesta a nadie; habla poquísimamente de sí mismo. Lleva veinticinco años en el establecimiento; es esquizofrénico; ha sobrevivido a varias promociones de médicos, desde que entró ha cambiado hasta el director. Pero Moni no cambia: es el más viejo amigo de todos los enfermeros, del resto del personal y de los enfermos que llegan y se van. Los médicos le gastan bromas; hasta los recién llegados lo hacen. Todos lo llaman Moni; nadie se acuerda de su apellido, ¿qué importancia tiene? Podría llamarse Lefkovits, o Perl, da igual. Debe de tener unos sesenta y cinco años, pero tampoco esto es esencial. Era abogado, todo el mundo conoce ese detalle, algunos incluso dicen que fue magistrado. Es un enfermo de gran experiencia; ha visto muchísimas cosas. Cuando hay demostraciones clínicas siempre lo usan como ejemplo, y padece el entusiasmo con que el profesor explica su caso a los estudiantes o a los visitantes. «Fíjense ustedes en esa mirada tan típica, y en su andar. Moni, por favor, dé unos cuantos pasos». Moni reparte miradas de aburrimiento y camina hasta que le ordenan sentarse de nuevo. Pero si el examinado es otro, se vuelve hacia él con disimulo, de modo que el profesor no se percate de ello y, no sin vergüenza pero lleno de buena voluntad, murmura rápidamente la respuesta justa, con una terminología médica impecable, designando la enfermedad que padece su vecino.

Nadie en la clínica recuerda que Moni haya recibido alguna vez una visita. Perdió a su mujer hace tiempo y sus parientes —si los tenía— murieron también, o se han olvidado de él.

Como su enfermedad es completamente inofensiva, le permitirían salir sin inconveniente de vez en cuando, pero ¿adónde iría? Su vida anterior, de la que nadie sabe nada, se hundió sin dejar rastro, igual que la legendaria Atlántida. Los enfermeros no tienen tiempo para acompañarlo y si se lo dejara ir solo a la ciudad se perdería, o se olvidaría de volver; podrían no encontrarlo nunca más. De modo que lo dejan en paz y el pobre pasa así los días y los años.

Sin embargo, antes de caer enfermo debió de poseer sin duda un alma activa y ambiciosa. Porque, por muy extraño que parezca, Moni tiene una cultura descomunal. No es fácil comprobarlo porque él nunca habla, y si oye hablar a los demás permanece indiferente, como si ni siquiera los escuchase. Pero si se le dirige una pregunta más o menos erudita, Moni contesta y nunca yerra, ni cuando se trata de temas difícilísimos. Sólo que no contesta directamente: murmura varias incongruencias y en medio cuela la respuesta exacta. Por ejemplo, si le preguntan: «¿Cuándo tuvo lugar la batalla de Leipzig, Moni?», se pone a decir de prisa algo parecido a: «Se va a caer la lámpara si siguen pataleando en el piso de arriba. Barril de estiércol. 1814. Locomotora de vapor».

Apenas mantiene relaciones con los enfermos, porque no le interesan o porque los ha visto demasiado. A veces va de visita a la sección de agitados, no porque alguien precise su ayuda, sino sólo para variar. Tampoco allí se excita: simplemente sigue contemplando con sabia indiferencia el mapa anímico del mundo, y sus polícromas ideas fijas. En el pabellón de agitados hay un loco llamado Laci. Un individuo peligroso y astuto: Laci sabe que está loco y abusa de la relativa extralegalidad que le concede su estado. Es un muchacho alto, esbelto, de barba negra, una curiosa mezcla de Don Quijote y Lucifer. Se pasea enfundado en una bata durante horas y horas, siempre arrimado a la pared, con sus largos brazos cruzados sobre el pecho, caminando en puntas de pie con pasos de felino, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Pero nada escapa a su atención; siempre está al acecho, como una araña que busca su víctima. Es víctima suya todo aquel que le tiene miedo. A esos los odia: sean jóvenes practicantes que vienen por primera vez a la sección de agitados, o las mujeres que exteriorizan su emoción, provocada por el romanticismo, ante el ambiente del manicomio.

Si ve una persona de esta clase, Laci no estalla enseguida sino que continúa su paseo circular por el patio, contra la pared, hasta que cuando menos se espera da un brinco, se lanza sobre la víctima, y con dos dedos en garfio hace ademán de vaciarle los ojos. La visión de la víctima horrorizada le provoca una diabólica carcajada, aunque lo hayan sujetado a tiempo. En esas explosiones todos sufren tal susto, que incluso los enfermos que se hallan cerca corren atemorizados hacia la puerta. Tan sólo Moni se queda tranquilamente en el mismo sitio. Ni siquiera levanta la vista; se encoge de hombros y sigue tan meditabundo como antes.

Moni no causa ninguna molestia, pero tiene ciertos deseos a los que no quiere renunciar y que impone suavemente, sin violencias. Es una mera costumbre, pues en apariencia no parece hacerle diferencia si sus deseos se cumplen o no. Una de sus costumbres consiste en caminar cerca del médico que hace la visita, sin llamar la atención. Cuando el doctor va a marcharse, se le acerca y le entrega un papelito. El papel es un certificado de su puño y letra, según el cual «el enfermo número 57 —o sea él— puede abandonar el establecimiento a partir del día de la fecha». Entrega el papel con el gesto de quien solicita una firma o un sello, para poder presentarse orgulloso en la salida con ese papel en la mano. Cuando se le devuelve el papel, sin la firma, no se queja, no dice ni una palabra, sólo lo hunde en su bolsillo. Conociéndole esta costumbre, hay médicos que se lo firman o hacen como si lo firmasen; saben perfectamente que ni aun así lo dejarán salir. Pero lo curioso es que Moni parece saberlo también: guarda en el bolsillo el papel firmado igual que si no lo estuviese, y ni siquiera intenta utilizarlo. Esto parece

indicar que en las tinieblas de su alma brilla alguna minúscula chispa de conciencia, que le dice que se trata de una broma.

Sin embargo, los deseos de liberación no se han extinguido del todo en su corazón. Lo prueban otros signos difusos: en verano le gusta deambular cerca de la verja del jardín, se toma con ambas manos de los barrotes y durante toda la tarde se queda mirando hacia afuera. Y en invierno se queda a veces durante horas acurrucado contra la puerta cerrada. Ni siquiera al oír una llave en la cerradura se aparta, y a menudo el empleado que entra tiene que darle un empujón. Cabizbajo, ensimismado, no se da cuenta de que le están hablando, de que quieren apartarlo de ahí. Nunca toca el picaporte, pero a veces palpa con suavidad la cerradura, con sus dedos de anciano.

Un día, mi mujer le ofreció un poco del chocolate que estaba comiendo, y notó que a Moni le impresionó mucho esta pequeña atención. No le dio las gracias, pero a la visita siguiente, ella pudo notar que el anciano conservaba aún el papel metálico en que iba envuelto el chocolate: plegado en cuatro dobleces, lo estrechaba con devoción en la mano. Desde entonces mi mujer le llevaba con frecuencia alguna que otra golosina, ya que el pobre nunca recibía visitas y, por lo tanto, carecía de todo obsequio. Moni nunca decía nada pero aceptaba los regalos y conservaba con cuidado los envoltorios. Su confianza en mi esposa fue fortaleciéndose: ahora, sólo a ella le remitía sus consabidos certificados de alta. A veces la iba siguiendo por toda la sala, como si quisiera decirle algo, aunque permanecía siempre en silencio. Cuando se le hizo evidente a ella que el enfermo buscaba alguna forma de contacto, le preguntó:

—¿Le gustó el pastelito del otro día, señor Moni?

Según su costumbre, Moni empezó a balbucear algo en voz baja. Habló de cepillos de trajes y del sufragio universal, pero sus confusas frases contenían también la afirmación de que el pastelito del otro día estaba muy bueno. Entonces, ella le disparó una pregunta médica a quemarropa, para determinar si el enfermo se hallaba o no en un momento lúcido.

—Dígame, Moni, ¿quién soy yo?

Moni levantó por un instante la mirada y, por una vez, la primera en veinticinco años, contestó sin rodeos:

—Malvina Brüll.

Aquel nombre desconocido llamó poderosamente la atención de mi mujer. Cuando volvió por la tarde a aquel pabellón, le preguntó de nuevo:

—Moni, ¿quién es Malvina Brüll?

Y Moni levantó la cabeza y contestó, en voz baja, sencillamente:

—Mi madre.

EL CONSEJO DE LOS GYULAS

Mientras allí abajo, en la oscuridad del hall del sanatorio, y allí adentro, en las tinieblas de mi cráneo, continúa su lento y laborioso trabajo el destino, afuera vibra misteriosamente el mundo circundante.

Algo ocurre dentro de las paredes de mi cráneo. ¿Qué será? Yo lo sé menos que nadie; los demás sólo sospechan. En alguna parte de esa sustancia blanda cuya forma nos recuerda el interior de una nuez, y cuyo color es idénticamente blancoamarillento, algo ocurre, no se puede saber todavía dónde. Podría ser adelante, en la corteza o en la materia gris. Podría ser detrás, en uno de los dos cerebelos, o incluso más abajo, hacia el bulbo raquídeo. Una minúscula dureza, congénita, como una pequeña mácula en un grano de arroz, que nunca ha causado perturbación alguna pero ahora, más allá del mediodía de mi vida, de repente, se pone a crecer. O quizá sea una membrana imperceptible que inesperadamente se hincha hasta formar una ampolla que se dilata en busca de espacio. O una minúscula vena en la que la sangre se coagula, ensanchándola cada vez más, hasta empujar otros órganos. Al proceso le es completamente igual dónde empieza; sólo se trata de tejidos que comprueban si su materia es más fuerte o más débil que la del medio ambiente. Para mí, en cambio, es un juego de azar macabro: ¿en qué minúscula ranura de la ruleta de huesos se detendrá la bolita?

Esos tejidos constituyen, todos juntos, lo que llamo Yo: lo que en mí piensa y habla, y calcula y fantasea, y ansía y sufre, y recuerda y sueña, y aspira al éxtasis y teme al dolor. Los conozco a todos. Y ninguno de ellos concibe ahora lo que pasa allí afuera. Un pequeño eslabón se ha roto, y ha puesto en marcha con una única e imperceptible vibración una enorme cadena de reacciones. Los eslabones resisten, sin saberlo y sin querer. La vida protesta en su conjunto contra la torpe intervención del destino: parece que, a pesar de todo, me necesita, no está dispuesta a cederme gratis. La especie, a veces, defiende al individuo.

Mientras tanto, allí afuera, un obrero sale de una humilde casa del barrio de Zúgliget. Su hijo está con fiebre y dolor de garganta. Su mujer le dice que pase por la sala de guardia, que le queda de camino, y pregunte a qué hora puede presentarse ella con el crío mañana. El hombre obedece de mala gana; hubiera preferido usar esos minutos para echarse un trago en la taberna. Llega hasta la mesa de entrada y exterioriza su mal humor cuando ve un niño con la cabeza vendada, llorando y calla de golpe. Cuando el médico le pregunta qué le pasa, el hombre tartamudea: «Excelentísimo señor profesor, mi hijo sufre...». Dónde está el chico, pregunta el médico. «Pues no lo he traído, mi mujer lo traerá mañana si usted me dice a qué hora». El médico mira al hombre y le pregunta por quién lo toma: «¿Se cree que soy un telescopio? ¡Corra usted a casa y tráigame al niño!».

Mientras sigue su recorrido por la sala de guardia, el médico sonrío para sí: «Esta pobre gente. Debería anotarlos, para contárselo después a FK. ¡Ah, mi buen amigo! Pasaré hoy por el

Café Central; suele estar ahí todas las tardes. Pero, un momento: ¿no me han dicho que tenía algo? ¿Será cosa seria? Ahora mismo hablaré a mi colega Gyula. Señorita, el teléfono, por favor... ¿Gyula, eres tú? Soy Geza; quisiera informarme sobre el caso de FK. ¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Ejem! Parece serio... ¿Que ibas precisamente a llamarme? Sí, claro que puedo reunirme, ¿dónde? A las cuatro y media, entonces, en el sanatorio de Monte Sváb. ¡Qué cosa! Quién lo hubiera pensado. Adiós, muchas gracias».

En la avenida Andrásy, un comerciante se apoya en la puerta de su negocio, conversando con su cuñado. «¡Ah, no!, del negocio mejor ni hablar... ¡En qué mundo vivimos, querido! Ya ni se frenan a mirar estas corbatas de lana fina, que antes eran un suceso, desde que aquel cagatintas escritor me compró media docena. A propósito, no lo veo desde hace dos meses. Dicen que se le ha hinchado la cabeza... No es para sorprenderse en estos tiempos».

A la una y media, en la salida del autobús para Viena, un matrimonio se está despidiendo en el andén: «Date prisa, mujer, luego podrás hablar, ¿qué miras tan tontamente? Ah, se me olvidaba; no dejes de telefonar a Aranka a la clínica. Pero no le hables de su marido. Tal vez le podrías decir que todos aquí estamos pendientes de... No, más vale que no le digas nada; parece que no está enterada de la gravedad del asunto. En todo caso dile, con precauciones, que me llame por teléfono... Adiós, vida. Adiós, Olga mía. No, no me voy a portar mal».

Esta mañana, a las seis, la fábrica de armas Krupp ha reemprendido el trabajo; todas sus usinas están fabricando un nuevo modelo de ametralladoras para avión. Pero, en alguna parte del complejo de Helsingfors, un constructor de aparatos de precisión trabaja en un original instrumento. Se lo ha encargado un cirujano sueco de gran fama: se trata de una innovación aparentemente insignificante. El cirujano en cuestión opera exclusivamente cerebros desde hace años. Tras los brillantes éxitos alcanzados por un médico norteamericano, esta rama de la cirugía ha tenido un auge considerable. Y el cirujano sueco ha tenido la idea de un bisturí articulado, giratorio en su mango, lo que permitiría darle cierta inclinación y hacerlo pasar por debajo del cerebelo, sin necesidad de sacarlo. Con ese bisturí, el profesor sueco cree que será posible intentar intervenciones quirúrgicas en un estilo inédito, nunca visto.

Por una calle de Buda baja el delicado poeta lírico. Acaba de leer algo acerca de mí y está profundamente emocionado. Pasa revista a los recuerdos, a todos sus encuentros conmigo, y una lágrima asoma a sus ojos. «La coincidencia de los sentimientos, sí, sería preciso escribirlo en alguna parte, es magnífico. Como destinado a un artículo necrológico. Tan pronto como se muera, lo mandaré al periódico. Pobre muchacho. Empezaré citando su cuento del niño que sube al edificio construido por él mismo y en el instante culminante todo el edificio se derrumba... Un símbolo excelente. En esa imagen está condensada toda su vida». Y con esos pensamientos en mente se aleja, seriamente emocionado, rumbo al Café Central, mientras allí tiene lugar el siguiente diálogo:

—¿Sabes qué le pasa a FK?

—Sí, algo me han dicho, pero no es...

—¿No es qué? Sencillamente está listo, se acabó.
—¿Qué me dices? ¡Es terrible!
—Pues también ese nos deja.
—Hay que hablar con los jefes, para que le envíen algo, ahora que no puede trabajar.
—¿Crees que sirva de algo? Seguramente ya estarán nombrando a D en el puesto que quede vacante.

Y así se propaga la onda en el espacio. Como si su rayo esférico se propagara también por el tiempo. Porque esas cuatro graves cabezas varoniles que acaban de reunirse para decidir cómo actuar conmigo, ¿no se parecen a las reuniones de aquellos Gyulas de nuestro pasado, cuando antes de las batallas decisivas se sentaban a estudiar las profecías, removiendo con sus manos las entrañas de los animales que encierran el verbo del porvenir, aconsejando cómo salir vencedor de la batalla, o al menos cómo salvar el pellejo?

Dos de mis amigos médicos se llaman Gyula: a uno lo he bautizado El Distráido y al otro El Preciso. Uno parece atento cuando habla pero vuelve continuamente la cabeza cuando escucha. ¿Quién sabe en qué piensa, entretanto? El otro siempre tiene sus finos labios enérgicamente apretados, parece el toro bravo del Pensamiento Preciso enfrentándose con el Problema Planteado, escrito ante él con letras invisibles en la mesa. Está también Geza, que acaba de examinar al niño del obrero y esta noche seguirá escribiendo su libro sobre las condiciones de crecimiento de los huesos infantiles. Es el más silencioso de los tres; sigue la conversación parpadeando; aunque tiene mucho sueño no se dormirá, pero habla poco y con cautela. Y, por último, está Andras K, el cirujano, hombre esbelto, elegante, de una superioridad espiritual casi mundana. Su carrera, iniciada con atrevida parábola, ha tomado un ritmo más regular, de las ambiciones juveniles a la madurez viril. Está presente en la reunión por haber estudiado en Boston con aquel profesor Cushing que abrió nuevos caminos a la moderna cirugía del cerebro.

El sumario comienza. Gyula el Distráido menea la cabeza, absorto. Gyula el Preciso hojea sobre la mesa los dictámenes reunidos. Ahí están las radiografías del cerebro, el dictamen del oftalmólogo, los informes clínicos sobre mi sangre y mis reflejos. Todavía no hay un diagnóstico definitivo pero, en lo esencial, todos concuerdan. Se trata de mi cerebro. Ni una sola palabra sobre mí: todo es sobre mi cerebro.

Estos cuatro hombres sentados en torno de esa mesa me quieren sinceramente, tal como yo los quiero. En ninguno de ellos se manifiesta ninguna señal de compasión, ese entusiasmo de almas infantiles. Viéndolos así, se podría creer que ni siquiera conocen personalmente al enfermo cuyo caso discuten y cuyo destino deciden, sin que el enfermo lo sepa o lo haya pedido, por espontánea preocupación. Gyula el Distráido interviene únicamente en los detalles, y usa invariablemente el condicional, como si estuviera dispuesto a retirar sus proposiciones a la primera objeción. Su «modesto criterio» flota sobre la mesa como flota la triste brisa del anochecer sobre un prado otoñal. Gyula el Preciso es cortés pero cortante, habla con una decisión que hiela la sangre en las venas. Geza asiente con la cabeza y, a costa de enormes esfuerzos, consigue permanecer despierto. Andras habla como cirujano, con aires de gran superioridad; cita ejemplos de su rica experiencia personal. Él ya sabe lo que va a proponer a continuación, cuando se haya resuelto el problema del diagnóstico, cuyo veredicto no le ofrece ni una sombra de duda.

—Las conclusiones clínicas completadas con el informe neurológico son elocuentes sobre lo que debemos hacer. Desgraciadamente, tengo la impresión de que es preciso actuar lo antes posible. Esa papila empeora con tanta rapidez que no augura nada bueno.

—Sería interesante conocer antes la situación económica de nuestro amigo —comenta Gyula el Distráido—. Saber si hay suficiente dinero para...

—Eso es una cuestión secundaria —replica secamente Gyula el Preciso—. En todo caso deberá discutirse después del problema principal.

—Coincidimos entonces con el dictamen neurológico. ¿Debemos enviarlo una vez más a R? Él se resiste; creo que no comprende por qué.

—Si no me equivoco, su mujer está en Viena, en la clínica Wagner von Jauregg. ¿No sería la solución más sencilla enviarlo allí?

—Apoyo: esa clínica está provista de todo lo necesario y Pötzl es un diagnosticador genial.

—Entonces iré esta misma tarde al sanatorio de Monte Sváb y le explicaré, con las precauciones del caso, que sería la mejor solución. ¿De acuerdo?

Esta pregunta dubitativa de Geza va dirigida a Gyula el Preciso, cuyos ojos están clavados en la mesa como si leyera un texto invisible. No contesta, lo que significa que está buscando una solución más perfecta que la que acaban de proponer.

—Será mejor que vaya yo —dice al cabo de unos minutos—. Es preciso hacerle una advertencia enérgica. No hay tiempo que perder.

Y efectivamente será él quien haga su aparición en el oscuro hall donde estamos sentados en cómodos sillones dos visitas y yo: estoy saboreando el duelo delicadísimo entre dos magníficas y muy populares actrices que han venido a verme. Una es una clásica heroína dramática, la otra es una clásica «ingenú». Ambas son muy jóvenes, pero la ingenua profesa una admiración sin par por la trágica, la mira como una principiante del Conservatorio mira a sus maestros, mientras la otra resopla de fastidio deliciosamente.

—¡Gyula, qué sorpresa! Siéntate aquí, a mi lado.

Durante un buen rato mi buen amigo escucha, con la frente baja, mi charla vacía. Luego se vuelve hacia mí y dice bruscamente:

—Mañana me voy diez días al campo, ¿no quieres acompañarme?

Me echo a reír.

—¿Te parece buena idea? ¿Para eso has venido?

Por primera vez en la vida lo noto inconsecuente, indeciso, fastidiado.

—Lo que más necesitas es reposo, no pensar en nada, no ver a nadie durante unos días, no discutir, no hablar.

¿Quién soy yo para oponerme?, le digo a mi querido amigo y él se retira satisfecho con el sí, pero aquella misma noche suena el teléfono, me anuncian una llamada del extranjero y las palabras de mi esposísima brotan como chispas por el receptor:

—¿Qué es lo que ocurre con tu cabeza? Acabo de hablar con Joska. ¡Y tú no me habías dicho una palabra de la papila edematosa! Salgo dentro de una hora; a la madrugada estaré en Budapest. Es terrible que seas tan descuidado y tan desconsiderado... ¡Lo sabes desde hace dos semanas, y ni siquiera...!

—Se le han acabado sus tres minutos —dice la voz del operador.

Antes de que llegue la madrugada llega mi esposísima, con su brío sin par.

Y DE NUEVO VIENA

Llegamos de noche, en el Arpad; tengo vértigos; me quejo amargamente de que ese modernísimo vehículo sea tan malo; se bambolea y me sacude no sólo en sentido vertical sino también horizontal. No puedo creer que los demás no sufran la misma sensación, que sea un privilegio personal mío, se ve que tengo el sentido del equilibrio completamente perturbado.

Nos alojamos en el Hotel de France. Qué triste es esta ciudad; todo el mundo parece malhumorado, desconfiado. Maldigo en voz alta la escasa iluminación de la calle, de la escalera, de la habitación, hasta que me doy cuenta de que nadie se queja excepto yo. Todos callan cohibidos: yo también acabo por callarme.

A las diez de la mañana siguiente nos presentamos en la clínica Wagner von Jauregg. Ya desde el momento de subir la escalera, con muchas dificultades, arrastrándome penosamente, pongo trabas a todo, aplazando lo inevitable con toda clase de excusas y pretextos, y de repente me doy cuenta, con profunda desesperación, de qué es lo que me repele de este lugar. En esta misma escalera estaba parado hace tres semanas, junto a Aranka —es increíble; ese breve período me parece tan largo como toda mi vida anterior— cuando solté como una broma la idea absurda, ridícula, de que tenía un tumor cerebral.

Me tortura la tenaz sospecha de que todo comenzó al pronunciar aquellas palabras: la criatura nació cuando la llamé por su nombre. Las cosas existen porque les damos nombre; con eso las reconocemos como posibles. Y todo cuanto nos parece posible se realiza: la realidad es una creación de la imaginación humana. En el caso que nos ocupa fue así, y cada paso posterior lo confirma. Debo confesar ya al lector esta obsesión mía; de lo contrario no se puede comprender que haya experimentado aquella angustia precisamente allí, en esos abovedados pasillos que hacían resonar mis pasos como los del delincuente que vuelve a la escena del crimen. Intenté con inquietud saber si aún permanecían en la institución aquel médico, aquel secretario, aquella monja que vi aquel día. Hasta a mí mismo me parecía impertinente tanta insistencia, pero lo que necesitaba saber era si aquel enfermo de la sección neurología cuya expresión me pareció tan familiar... ¿qué le había pasado? Estuvo en esta sala. En la cama tres, lo recuerdo bien. «¡Ah, sí!», me contestan. «El pobrecito señor Diegel. Ocurrió hace ya dos semanas... *Exitus letal*». Qué raro queda un enfermero usando eufemismos en latín.

El profesor llega cerca de las doce; hasta entonces me estuvo interrogando el ayudante de voz grave y expresión triste, mientras los oftalmólogos maniobran con mi visión como con un aparato fotográfico estropeado. En la habitación donde todo eso ocurre hay gran revuelo; me molestan las caras extrañas; mi oído sufre de tanto oír hablar en alemán; me produce auténtico alivio que un joven médico me reconozca. Hace dos años que está aquí, experimentando un descubrimiento suyo: curar la esquizofrenia mediante insulina.

Pero ya está el profesor Pötzl con nosotros. Cabeza interesante: la expresión, la mirada, los ademanes revelan al artista nato; cada uno de sus rasgos irradia inteligencia, talento, sufrimiento y autodisciplina, el infalible cuarteto de síntomas de todos los artistas verdaderos, de la clase que

sean, de poeta a acróbata de circo. Su cortesía no tiene nada de desagradable, está hecha de respeto y compasión; su aire distraído es simpatiquísimo, de conocedor de hombres. Se excusa por haberme hecho venir a la clínica; si le hubieran avisado antes, no habría vacilado en ir a verme al hotel. Por lo demás, sabe perfectamente quién soy, así como yo no ignoro que su padre fue uno de los humoristas más populares de Viena. Ni siquiera hemos tocado el tema médico y ya empiezo a experimentar la misma sensación de reaseguro del pasajero de un buque sacudido por las olas cuando se entera de que el capitán acaba de encargarse personalmente del timón. El profesor me recomienda que tome una habitación en la clínica durante mi examen, pero agrega a continuación que puedo pasar en el hotel una noche cada dos días.

Esa aparente libertad me permite conservar el ánimo durante la semana que sigue. De otro modo, me hubiera hundido en la zozobra. Porque esta vez el examen no es un juego circunspecto y cariñoso, como en casa, donde todo el mundo me conoce y me quiere, y yo también conozco y quiero a todos. Para estos de aquí, no soy más que un caso: un puñado de dictámenes médicos en un cartapacio de cartón. Me siento como el delincuente cuya sentencia aún no se ha anunciado pero él ya sabe que ha sido condenado y ha comenzado a purgar la pena.

Me causa un malsano placer comparar las habitaciones llenas de instrumentos médicos con las mazmorras destinadas a la tortura en la Inquisición. Reúno todos los recuerdos que tengo sobre aquella impía institución. Observo que la altura de la ventana en mi habitación es la misma que en los sótanos inquisitoriales, y les tomo el pelo a los enfermeros con pueril humorismo, como si fueran los ayudantes del verdugo en una comedia de varieté. Tomo a la chacota los exámenes visual, auditivo y nervioso, ya son una rutina para mí; los sobrellevo con notable espíritu. Pero una mañana se me acaban las ganas de bromear y empiezo a dedicarle al examen una atención cada vez más vigilante. Los médicos proceden de manera extraña, hacen y dicen cosas nunca vistas. Cuando analizan mi olfato, me preguntan si soy capaz de diferenciar, por el olor, un ajo de una fresa silvestre. Luego examinan mi paladar para saber si no confundo las sensaciones de dulce y agrio y salado. Más tarde me preguntan cosas muy raras, que debo contestar sin reflexionar. Me hacen sumar y restar, me someten a una prueba caligráfica y acaban preguntándome si sé quién era Napoleón.

¿Qué es esto? ¿Un juego de salón? ¿Un test de inteligencia? ¿Estoy ya en un período tan avanzado de la enfermedad? A partir de ese momento me pongo en guardia, al acecho. Evalúo cada palabra antes de pronunciarla, controlo cada gesto. Los numerosos exámenes padecidos en Budapest me ayudan considerablemente: sé de antemano lo que sigue; simulo no saber de qué se trata y, con el máximo esfuerzo, ofrezco la reacción que tendría un hombre sano. Pero los médicos no se dejan engañar. Supe más tarde que me delaté por un detalle absolutamente estúpido y grosero, que se transformó en prueba capital en mi contra. ¡Olvidé evitar la disimetría! Se trata de un síntoma aparentemente insignificante: el enfermo, al extender los brazos horizontalmente y cerrar los ojos al mismo tiempo, suele levantar una mano un pelín más que la otra. Es una nada, pero es una señal absolutamente infalible de que en ese lado del cerebro, generalmente en el cerebelo, existe algún desarreglo. También me delaté en la prueba del agua fría en los oídos, invento de mi compatriota Bárány, no el nadador sino el Premio Nobel del mismo nombre.

Así las cosas, debo mencionar también una curiosa novedad en estos días: sueño con frecuencia. Y, lo que es más notable aún, me acuerdo con facilidad de todo lo soñado, hasta con demasiada exactitud, casi mayor que la de mis recuerdos diurnos. Las visiones son perfectamente nítidas:

mientras sueño, mi vista no sufre perturbación alguna; la distribución de luces y sombras ofrece un contraste mucho más rico que en los acontecimientos de la realidad.

Soñé que me colocaban al frente de una especie de partido político; pronuncié un formidable discurso en el Parlamento; mis palabras fueron claras, lógicas, convincentes, con frases bien redondeadas, gestos elegantes y una fluidez sin par. Proponía reformas; me acuerdo todavía con detalles de qué se trataba; casi se llegaron a votar; todo indicaba que sería nombrado presidente del Consejo de Ministros. Hasta que se levantaba bruscamente un individuo grueso, con los ojos inyectados en sangre, no de las filas de la oposición ni del centro sino de abajo de una mesa, por una puerta trampa, y gritaba con voz ronca y la boca abierta como un abismo: «¿Tratamiento de síntomas? ¡No basta un mero tratamiento de síntomas! ¡Que venga el bisturí! ¡Que venga el bisturí!». Yo intentaba hacerlo callar, y en ese preciso instante me daba cuenta de que mi padre me estaba haciendo señas desde una puerta oscura, señalando hacia abajo, asustado, indicándome con desesperados manotazos al aire que debía hacer callar al gritón, o al menos detener su frenético zapateo, porque de lo contrario el señor Asparetz, del piso de abajo, subiría a quejarse. Y a mí se me fruncía el corazón de espanto, porque, efectivamente, en mi infancia nos amenazaba a menudo el señor Asparetz. Por suerte desperté en ese momento.

Pero el frenético zapateo y la estridencia de esos gritos me persiguen, inexorables, mientras camino con pasos lentos y cortos por la Alserstrasse. Me siguen como un mendigo invisible con su organillo, cuyo sonido sólo yo oigo y desaparece en el acto cada vez que me detengo bruscamente y miro a mi alrededor. Estoy harto, estoy harto de toda esa historia. Me aburre la enfermedad; me aburre la muerte; no tiene nada de terrible ni de conmovedor ni de sublime o aterrador: no es más que aburrimiento, un aburrimiento que me sigue a cada paso como un infecto perro cobarde y gruñidor.

Me aburre mi modo de caminar con los pies apuntados hacia adentro para no desviarme continuamente hacia el medio de la calle o contra la pared. Me aburren las largas horas en el retrete, donde siempre hace frío; me aburre el chofer que me mira con compasión al verme bajar de su coche; me aburren Buda y Confucio y me aburre mirar hacia adelante y me aburre mirar hacia atrás; sólo querría que viniera Demócrito o algún otro de aquellos formidables paganos y dirigiera impunemente las cuencas vacías de mis ojos, con malsana alegría, con desdén y provocación, hacia el sol fulgurante que ciega a todo aquel que puede ver.

Una mañana despierto con desbordante alegría y le cuento a mi querido Joska, viejo amigo que viene fielmente a verme cada mañana, con su mirada dolorida y su sonrisa continua y silenciosa, lo que acabo de soñar:

—Escucha: como de costumbre, estoy yendo a la clínica con mi mujer, a las diez de la mañana. Por razones incomprensibles, el profesor Pötzl ya se encuentra allí; sonrío melosamente, pero no puede ocultar su mal humor al vernos llegar con retraso. Mi mujer intenta excusarse. Yo siento que algo va mal, y me pongo a enumerar mis síntomas al profesor mientras le voy pasando de a uno los análisis que saco del cartapacio. El profesor escucha con los ojos entornados; yo voy chapurreando cada vez más aceleradamente porque siento que algo no está en orden. De pronto su cara se oscurece y se produce el tan temido estallido: «*Waassss...? Patellen-Reflex?*». El profesor se levanta, es enormemente alto, extiende un brazo con temblorosos dedos en forma de garfios. Mi mujer intenta tranquilizarlo, pero él ya no ve ni oye nada, se abalanza sobre nosotros, huimos corriendo por la escalera, él nos persigue, es una figura gigantesca, ahora blasfema en húngaro, dice cosas horribles, nos tira puntapiés, rodamos por la escalera, llegamos por fin a la

calle, ¡y desde la acera de enfrente vemos sus piernas de dos metros de largo dar patadas al aire, al son de tremendos insultos en magiar!

Gozo toda la mañana de un buen humor desbordante, bajo la influencia de este sueño. Temo la llegada del profesor; temo que no podré resistir la tentación de reírme en su cara. No dejo en paz un minuto al ayudante de la triste figura y la grave voz; me burlo de él, le tomo el pelo hasta que, ruborizado y con voz extrañamente tensa, a duras penas contenida, me llama al orden: «¡Se encuentra usted gravemente enfermo! ¡No es correcto estar de tan buen humor!».

Me domino un poco, limito mis estridencias y solicito permiso para ir al hotel a almorzar. En el coche, murmuro ofendido: «Gravemente enfermo, ¡qué ridiculez!». Ni siquiera se han puesto de acuerdo aún: cuando conozca el diagnóstico me conduciré según me prescriban los médicos. Mientras tanto, no soy más que un caballero enfermo, tan caballero como cualquier otro, salvo que padezco ciertas inconveniencias. Sí, es verdad, siento un poco de náuseas; ¿no tengo derechos como cualquier otro enfermo? Hago parar el coche, me bajo no sin dificultad y, en el borde de la calle, llenísima de gente, empiezo a vomitar, altivo, impertinente, impúdico. La gente se detiene; menean la cabeza sorprendidos, otros se contentan con no mirar. Un golfillo se ríe a carcajadas. Estoy vomitando, ¿algún problema? Estoy enfermo, en situación especial, tengo derecho a hacerlo; y como pueden ver quiero vomitarlo todo. Aquí tienen, señoras y señores, mi modesta opinión acerca de todos ustedes, de mí mismo y de esta vida.

Sin embargo, el frío viento de marzo me despeja. A las ocho de la noche estoy con amigos en la terraza del Café de France. Ya no bromeo ni maldigo; guardo silencio. Me duele la cabeza. Me duele mucho. Observo admirado mi jaqueca; nunca hubiera creído posible llegar a tal punto de dolor y que, a pesar de todo, uno no pierda la conciencia, no se desmaye sino que sea capaz de observar y de razonar. El cerco de acero que aprieta mi cráneo se va contrayendo con minúsculos crujidos de ruptura. ¿Hasta cuándo podrá seguir estrechándose? Voy contando las rupturas casi imperceptibles. Ha habido dos más a pesar de que tomé puntualmente la medicina recetada.

Desprendo el reloj de mi muñeca y lo coloco ante mí, sobre la mesa.

—Que me traigan morfina —digo fríamente y con hostilidad.

—No es posible. Sabes que no es posible. ¡Qué ideas tienes! ¿Y por qué te sacaste el reloj?

—Dentro de tres minutos, quiero que me den morfina.

Me miran desconcertados, vacilantes o inquietos; nadie se mueve. Pasan los tres minutos. Pasan diez minutos más. Recién entonces vuelvo a abrocharme el reloj y me levanto, tambaleándome.

—Llévenme al Bar Fiacre. Esta noche quiero divertirme; creo que me lo merezco.

Todos se levantan muy alegres de sus sillas, como si les hubiera quitado un peso de encima. No le he revelado a nadie, y tampoco lo haré más tarde que, transcurridos los tres minutos, estaba realmente dispuesto, por primera y última vez en mi vida, si en el lapso de diez minutos no se desvanecía mi jaqueca, a tirarme delante del primer tranvía que pasase. Nadie podrá saber si hubiera sido capaz de hacerlo o no, porque el dolor cesó inesperadamente, como un relámpago.

LOS BUENOS SAMARITANOS

Una semana más tarde, al comparecer ante el profesor para escuchar la sentencia, descubro que todavía no hay veredicto. Con los dedos enlazados en forma de cúpula, el profesor Pötzl y su cabeza de artista y su sonrisa melosa, nos comunican muy amablemente los resultados de los exámenes realizados hasta la fecha. Él supone que en el lado derecho del cerebelo está formándose una bola llena de líquido. Sospecha otra cosa más, pero no quiere hablar de eso todavía. Antes que optar por una resolución más drástica, preferiría provocar la absorción de la bola por vía interna, para que la presión desaparezca. Me prescribe un ungüento de plata, para eliminar líquido; tendré que untarme durante una semana.

Siete días es mucho tiempo; anuncio con vehemencia que quiero pasarlos en Budapest. Me autorizan y realizo el viaje no sin dificultades; una vez que llego a mi ciudad natal, caigo postrado en cama, sin fuerzas para levantarme. Cada dos días me someten a masajes de media hora, con ese ungüento grisáceo, cada vez en una parte diferente del cuerpo, para que penetre bien toda la sustancia.

El ungüento parece funcionar; aplaca algunos síntomas, durante todo un día cesan las náuseas. No quiero forzar nada, yazgo perezoso en la cama y observo a la gente. ¡Qué sensación extrañamente desoladora, y sin embargo feliz, no trabajar, no tener ninguna responsabilidad! Desde luego, no estoy solo en esta hermosa casa de la calle Reviczky. Mis tres habitaciones son visitadas por verdaderos ejércitos de amigos, cada día más numerosos. El teléfono no deja de sonar y, si pasa media hora en silencio, tomo yo la iniciativa. Sufro un poco el cansancio de tanta gente que me divierte y me interesa, pero lo hago gustosamente. Por la noche, cuando se va el último, quedo agotado pero contento.

Comprendo perfectamente la situación. Sea con prefijo positivo o negativo, la facultad humana más excitante es la compasión, que celebra orgías en torno de mi lecho de enfermo. Se van perfilando dos estilos entre mis visitantes: algunos exhiben una compasión ruidosa, expansiva y burlona, que pretende diluir en bromas el terror que a todos nos invade cuando estamos cerca del Gran Enigma; otros practican una forma de compasión más silenciosa y seria, que es la más valiente o al menos la más sincera de ambas, puesto que reconoce calladamente que en el fondo de toda compasión hay una dosis inevitable de egoísmo, desde que en el crepúsculo de nuestra infancia descubrimos los peligros que nos acechan, a nosotros y a nuestros seres queridos.

Cuatro o cinco personas me rodean en el dormitorio, mientras otras están vaciando copas o jugando al bridge en el comedor. Adoro tanto movimiento y siento profunda gratitud hacia todos ellos. Especialmente hacia mi esposísima, que ha adivinado gracias a su refinada intuición lo que necesito: un régimen tan ligero como picante de visitas. De manera que no sólo convoca a mis amigos sino que les pide que traigan consigo personas a las que veo por primera vez. Esto es

precisamente lo que me encanta: sentirme en medio del torbellino de la vida. Aprecio los obsequios de agua de colonia, libros y pañuelos, los chismes literarios, los chistes e imitaciones de mis compañeros, el sabor dulzón y un tanto podrido de los recuerdos comunes, los proyectos de novelas y obras teatrales que me cuentan sus autores. Mi ambición es que nadie se aburra y, en efecto, no se aburren. Viejos enemigos se reconcilian en casa, tan cordial es el tono general. Retengo a cenar a quienes puedo y la conversación acaba tan sólo a altas horas de la noche.

Entretanto, el mundo exterior continúa silencioso e imperturbable la tarea que le incumbe. A veces creo que en alguna parte se discute acerca de mí en forma permanente, como en las sesiones extraordinarias del Congreso. La discusión se concentra en dos puntos capitales: qué hacer y, cuando ese problema esté resuelto, cómo persuadirme para que me someta a su decisión.

Los Gyulas vienen a verme, de a uno y a veces juntos, pero hablamos de todo menos del porvenir; bromeamos y discutimos, pero no logro vislumbrar su parecer acerca de mi situación. Una mañana, despierto especialmente activo y salgo de la cama y de casa y me hago conducir a la redacción del periódico. ¡Qué simpáticos y discretos son todos! Me rodean, pero no me miran como a un bicho raro, y enseguida continúan con su trabajo como de costumbre. Tan sólo el secretario de redacción Láng enmudece un instante cuando mi mano no encuentra el picaporte de la puerta que conduce a la dirección. Uno de los gerentes, como si la idea se le ocurriera por casualidad al verme allí, exclama: «¡Qué contento estoy de que haya venido! Me gustaría que vaya a ver inmediatamente al renombrado K, que ya está al tanto de su caso. No acepto un no por respuesta. Y sepa que aquí en el diario velamos por usted: no debe preocuparse por cuestiones de dinero».

Me arrastro penosamente hasta el consultorio del doctor K. Lo encuentro en la puerta. Es un hombre esbelto, con aspecto militar. Una vez lo incluí en un cuento mío. Le digo que le traigo un ejemplar magnífico de tumor, digno de un especialista como él, y que se lo dejo a buen precio si se lo quiere quedar. Él sólo me contesta después de revisar en silencio todos los papeles del cartapacio que traje conmigo:

—Lo siento mucho, hijo mío, pero no puedo hacer nada por usted mientras no exista un diagnóstico exacto, del que se desprenda claramente dónde trepanar. En la cirugía cerebral ocurre como en los pozos artesianos: primero dictamina el rbdomante; luego vengo yo con el taladro.

Su mano aprieta fuerte y agradablemente la mía. Ese apretón de manos, que inspira por sí solo una enorme confianza, fue lo que usé de él en mi cuento. Salgo del consultorio y vuelvo a casa con paso mucho más elástico que al salir. Se ve que el unguento está cumpliendo su función. Y si no es así, ahora sé a quién deberé confiarme.

En casa me espera un mensaje muy circunspecto de los Gyulas. Han vuelto a «conversar» sobre mí, y en la conversación surgió el nombre del doctor Cushing, a quien Andras conoció y trató en su viaje de estudios a Norteamérica. Cushing es la eminencia mayor de la moderna cirugía cerebral. El nombre me resulta conocido. Cuando los Gyulas mencionan la palabra Boston me acuerdo: ¡la película que vi en Los Amateurs! ¿No es formidable que en el otro lado del globo terráqueo haya una persona que, desde hace treinta años, no deja de pensar en mi minúsculo cerebro y trabaja sin desmayo por él sin que yo lo sepa? Pues mis amigos escribieron a los Estados Unidos. No para que yo vaya a Boston, aunque no debemos descartar tampoco esa posibilidad. Lo concreto es que el referido Cushing tiene un solo colega en el mundo a quien considera su par... De hecho, considera que está alcanzando logros mayores que él, merced a un instrumental novedoso, único en el mundo. Y el cirujano en cuestión reside en Estocolmo.

¿Estocolmo, Suecia? Sí, sí, no te excites. ¿Y ya se han carteadado con él? Sí, hombre, sí; hay que prever todas las eventualidades, pero desde luego eso no significa que... ejem. ¿Y cómo se llama el fulano de Estocolmo? Olivecrona, Herbert Olivecrona. ¿Olivecrona...? No, Olivecrona.

Me gusta el apellido, es peripatético, me agrada: *Con Olivecrona en Estocolmo...* Por supuesto, no paso del terreno de la mera fantasía aristotélica. Aun suponiendo que necesitara los servicios del profesor Olivecrona, ¿de dónde sacaría la barbaridad de dinero que haría falta? Aunque la dirección del diario me haya dado a entender lo que dio a entender, nunca habrán contemplado una eventualidad semejante, y yo ni siquiera me permito concebir la posibilidad sin haber consultado previamente con mi cirujano de mano firme y noble, aquí en Budapest.

Entonces se produce algo inesperado, como dicen los malos novelistas. Tal como si en las funciones de la Cámara Baja del Parlamento se hubiera colado inopinadamente la Cámara Alta, aparece en mi habitación de enfermo, con inmensa alegría de mi parte, la condesa H, miembro de una rancia familia aristocrática de Hungría, además de antigua amiga, una mujer verdaderamente inteligente y de gran corazón. Tomamos el té conversando con la habitual trivialidad que suele emplearse con los enfermos. De repente descubro que está perfectamente enterada de lo que me pasa; mis médicos de cabecera le han explicado el caso con todo detalle.

«Mi querido amigo, no es usted ni un niño ni un cobarde. Efectivamente he venido a verlo para hablar de la situación, porque es gravísima. Debe usted prepararse para que lo operen. ¿Lo sabe ya? Sí, hará el viaje a Estocolmo. Ya está arreglado». Y menciona a un respetadísimo ministro que en estos días la ha telefoneado interesándose por mí. Es curioso, todos parecen haberse puesto de acuerdo, es un verdadero operativo (días después voy a enterarme de que el operativo fue iniciado por dos caballeros que hasta entonces se odiaban a muerte y por mí suspendieron temporariamente su enemistad).

Soy incapaz de contestarle a la condesa. Una humorada que tenía en la punta de la lengua se desvanece sin dejar rastro. En silencio nos estrechamos las manos. Mi íntima emoción queda atemperada por la certeza de que, a pesar de todo, esto no es más que una hipótesis «aleatoria», puesto que en realidad no existe aún diagnóstico definitivo. Ya les demostraré a todos estos invalorable amigos, tan bondadosos y amables, que fue superfluo inquietarse tanto por mi persona. Yo solo superaré la dificultad, ya verán.

En esas estoy cuando me dicen que mi amigo Sándor, escritor virtuoso que es uno de mis preferidos entre los maestros del estilo, pregunta por mí en el teléfono. Levanto el aparato desde la cama. «¿Eres tú?», digo con voz sepulcral, con los bajos más profundos que tengo. «Mi querido Sándor, m-e mue-ro-o-o...». Y casi puedo ver cómo palidece al otro extremo del teléfono. Bruscamente cambio el tono y continúo ligero y superficial: «De verdad no está nada bien que no te dignes visitar a tu viejo amigo sólo porque guarda cama. Dime, ¿cuán lejos estás de casa?». Liberado de la tensión, él suelta una carcajada. Cinco minutos más tarde llama a la puerta y comenzamos a charlar animadamente.

Poco después me anuncian al doctor R, el excelente oculista. Que me haga el honor de entrar. «Señor profesor, ¿quiere usted que pida a los amigos que nos dejen solos por unos momentos?». Pues sí, el profesor quiere examinarme el fondo del ojo. Durante largo rato me escruta con ayuda de la reluciente lamparita del espejo ocular. Estoy impaciente; por fin acaba. Limpia y seca con gran cuidado el aparato y lo pone de nuevo en su estuche. Se vuelve luego hacia mí. Me da un golpecito en la rodilla, me mira sonriendo. Gracias a Dios, por fin me va a decir algo agradable; ya era hora.

—Querido maestro.

—Dígame, profesor.

—La papila ha empeorado: tiene dos dioptías y media más. Incluso ya hay puntos de degeneración.

—¿Qué?

—Mi deber de médico es manifestarle que, si no se hace extirpar en forma urgente ese tumor que crece en su cerebro, dentro de tres semanas se quedará ciego. Compréndame bien: definitiva y completamente ciego.

A pesar de mi silencio él alza la mano, indicando que aún no ha terminado.

—Perdone. A lo que me refiero es que la ceguera no será más que el primer síntoma. Luego seguirán la parálisis motriz progresiva, y luego su equivalente cerebr...

—Hágame el favor de no continuar. He comprendido, profesor.

Alguien llama a la puerta. «¿Podemos entrar?». Sí, sí, claro, ya terminamos.

Los visitantes reingresan alegremente. El profesor desaparece en el tumulto.

LA TENTACIÓN DE LA MUERTE

Tendría que llamar a este corto capítulo «interludio» o «sueño», y estamparlo todo entre paréntesis, pues ocurrió exactamente así: aisladamente, a la manera de una realidad paralela. Aún hoy no llego a comprenderlo del todo, así que lo relataré sin comentario alguno.

Ocurrió al día siguiente, dos días antes de mi partida.

Hacia las diez, me anunciaron a un caballero. Resultó ser ayudante en una universidad del extranjero que yo nunca había oído nombrar. Muchacho joven (difícilmente tendría más de treinta años), vestido con suprema distinción y de modales excelentes. Su peinado, partido en dos por la raya, es impecable. Su cara es un digno complemento del vestuario, y viceversa.

No sin cierta benevolencia y condescendencia me explica que, en realidad, yo tendría que estar al tanto de su existencia, no sólo porque nos habíamos visto antes aunque yo lo haya olvidado, sino porque un amigo común le ha hablado de mi enfermedad y le ha pedido que venga a examinarme, si se lo permito. No me atrevo a rehusar su ofrecimiento, porque entiendo que ha venido expresamente para eso desde lejos. Pero toda la conversación me resulta extraña. Aunque se muestra reservado y evasivo como un diplomático chino, logra que en menos de un cuarto de hora yo sepa todo acerca de él, sin que logre saber lo que él conoce de mi caso. Cada vez que le hago una pregunta concreta al respecto se escabulle o simplemente calla. Nunca he visto un médico que tenga tan elevado concepto de la discreción sacerdotal de su profesión. Pero eso sólo en cuanto a mi humilde condición. Acerca de sí mismo, por muy modesta y precavidamente que dosifique las frases, logra hacerme saber que su gran juventud no le ha impedido conquistar una posición importante en la institución donde trabaja.

Me siento pequeño e insignificante, a merced de mi interlocutor, pese a su juventud. Como si fuéramos un funcionario de la corte y a un labrador ignorante que tiene un asunto pendiente con el Estado, él me formula preguntas muy bondadosamente pero no me dice más que lo que le parece al alcance de mi rudimentario entendimiento. Otra cosa que me desanima es que soy incapaz de provocarle siquiera una sonrisa a pesar de todos mis esfuerzos. Hay entre nosotros una distancia infranqueable: yo soy un humorista; él es un sabio. Vivimos en dos planetas distintos. No tenemos conceptos comunes ni siquiera en la esfera emocional.

No sin delicadeza, aunque con enérgica decisión debajo de su modestia, logra que me someta a su examen. Tengo que desnudarme una vez más, a pesar de mis deseos. El joven médico cumple con el rito con más seriedad o, para expresarlo más exactamente, con más misterio que todos los anteriores. No se permite ni movimientos de cabeza, ni murmullos incomprensibles como aquellos que me tranquilizaron inmediatamente cuando me auscultaba el simpático profesor R. Todo ocurre en la más gélida asepsia.

Por fin, dirige una mirada a su reloj y se levanta.

—Pues bien—dice con una neutralidad oficial, pero en esa voz con la que enunciamos los hechos inevitables—, mañana temprano tendré el gusto de verlo, en la sección número cuatro de la Clínica S, donde procederemos.

—¿Procederemos? ¿Qué...?

—Procederemos a realizar una pequeña prueba diagnóstica.

Y le explica a mi mujer de qué se trata. La prueba diagnóstica implica cierta intervención que requiere equipo quirúrgico. Se trata de obtener determinada secreción, directamente del lugar en donde se produce.

Yo mismo me admiro de mi actitud negativa, del impulso espontáneo a rechazar su invitación. No lo demuestro, intento hacerlo pasar por pereza: cuánto me incomoda tener que levantarme temprano y salir a la calle en el estado en que me encuentro. De todos modos, por un extraño pudor, termino prometiendo que acudiré a la cita. Pero cuando quedamos solos con mi esposísima le digo:

—¿Qué dirías si no fuera?

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo yo?

—¿De una cosa tan insignificante?

—Sí. Si insistes, te lo confieso: tengo miedo.

—Iré contigo.

—Déjame en paz; ya lo he decidido. Tenemos cosas más importantes que hacer.

Meses más tarde, ya restablecido, cuando pude leer de nuevo letra impresa, un día le mostré a mi mujer, sin comentar una palabra, una página de los tantos manuales de neurología que devoré en aquellos días iniciales de mi dolencia, en la que podía leerse lo siguiente: «Ponemos en guardia con mucha insistencia a los médicos ante todo intento de prueba diagnóstica, aplicada antes de poseer el dictamen definitivo. En efecto, en caso de que la ampolla se encuentre debajo del cerebelo, el cambio de presión que produce la absorción de líquido de dicha ampolla puede causar la muerte instantánea del paciente, cosa que ha sucedido con gran frecuencia por desconocerse el hecho que cumplimos en señalar».

Dos días después de aquella visita, como se verá en el siguiente capítulo, se descubrió que mi tumor, la dichosa ampolla, estaba alojada en la parte inferior de mi cerebelo. No he vuelto a ver a aquel joven médico desde entonces. Aranka tampoco lo recuerda. Tal vez no existió nunca y toda la historia no fue más que un mal sueño.

EVENTUALMENTE, OPERACIÓN

Todavía no tenemos ningún diagnóstico ni prescripción oficial, pero ya nadie se atreve a sostener ante mí que pueda haber dudas. Se imponen medidas rapidísimas. Las visitas quedan prohibidas; algún que otro amigo que viene a informarse es recibido en el vestíbulo; oigo hablar en voz baja desde mi cama. Mi estado, que parece que hubiera esperado únicamente que se le pusiese un nombre, y que dicho nombre fuese pronunciado, se despliega con toda su ferocidad y ya no tiene caso jugar a las escondidas. Sólo me preocupa una cosa: mantener la cabeza en tal posición que no sufra vértigo. Ya no reconozco ni siquiera las caras, excepto las que se inclinan hasta casi rozarme.

No siento ningún deseo de tomar decisiones. Hago garabatos en un papel que tengo delante, de mala gana y sin ver lo que escribo, llevado tan sólo por la costumbre de la mano. Lo que escriba no vale gran cosa, desde luego; me doy cuenta de que, aunque pudiera escribir, todo lo que se me ocurre son banalidades, ni una sola cosa que tenga verdadero valor en la vida. No hay más que días. Veinticuatro horas, y otras veinticuatro horas, eso es lo que hay, y siempre es posible de una manera u otra resistir hasta las siguientes. La única cuestión es saber distribuirlas bien.

Las veinticuatro horas que preceden mi salida hacia Viena se hacen pasajeras gracias a los numerosos quehaceres que nos ocupan: hacer el equipaje, resolver asuntos comerciales y domésticos. Es preciso cambiar moneda, comprar dinero austríaco y dinero sueco. El horario del viaje ya está fijado: dos días en Viena, luego hacia Malmö, pasando por Berlín, hasta Estocolmo; veré por primera vez la nueva Alemania, el Tercer Reich. Mi equipaje ya está resuelto; no faltan más que algunas minucias de mi esposísima, que me acompaña en el viaje. Entre otras cosas, le hace falta una caja de sombreros, que sus amigas le prestan. Menciono esa caja de sombreros porque después se habló muchísimo de ella; nuestras amistades se dividieron en dos bandos, y aún hoy hay personas que siguen hablando de ella. En efecto, hubo algunos que tomaron a mal que mi mujer se preocupara de ese detalle cuando debía acompañar a su marido moribundo a través de toda Europa. Si me hubiera disparado un tiro a la cabeza no habría despertado ni la mitad de esas malévolas habladurías. ¿Tal vez les hubiera parecido más pertinente que llevara los sombreros en una mano y mi exánime mano en la otra?

En mi último día siento orgullo de mi comportamiento. No molesto a los que me rodean; me guardo de proferir frases extraordinarias o memorables de las que más tarde se pueda decir: «Ya lo presentía, el pobre...». Empiezo a creer que puedo sortear el mal trance sin ninguna clase de últimas palabras, de las que siempre he tenido una pésima opinión. Observo mi conciencia y todo cuanto tengo que reprocharle es una pequeña broma de mal gusto al pie de la horca, cuando la amable mujer de un amigo pregunta si costará muy caro el viaje: «La ida cuesta bastante cara, pero la vuelta será barata; parece que las urnas con cenizas no pagan pasaje».

Nos han reservado la mitad de un compartimiento en el expreso a Viena; podré echarme. Al bajar de casa hasta el coche, no permito que me ayuden; el equipaje ya está en el automóvil. Nuestro hijo Cini nos acompaña hasta abajo; Rozsi, ¡simpatiquísima mujer!, me entrega un amuleto y al dármele rompe a sollozar. Esto produce en Cini un efecto inverso: quiere mostrarse viril. Le tiendo la mano por la ventanilla: «Cuida de todo en casa, hijo. Si por un motivo ajeno a mi voluntad no pudiera regresar... déjate crecer la barba. Te conferirá sin duda más seriedad de la que he tenido yo». Cini ríe nerviosamente; toda su cara se ruboriza, sus grandes orejas parecen pimientos rojos.

En la estación nos espera un grupo de amigos, sobre todo mujeres; cada una ha traído un regalo, y ríen y me quieren reconfortar. ¿Cómo es posible pensar que todos los males de la vida se deban a las mujeres? Teniendo forma humana son, a pesar de todo, algo completamente distinto al varón: son la eterna esperanza de que nuestra especie llegará alguna vez a algo. Si Dios accede a perdonar a la raza humana sus pecados, lo hará únicamente por las mujeres. ¡Ruega por nosotros, María!

Una vez más, nos hospedamos en el Hotel de France, durante dos noches. Por la mañana, me presento militarmente en la clínica: «Aquí estoy, a la orden». Me toman rápidamente algunos datos; el oculista ya no tiene ningún pudor en mostrar su emoción profesional: ¡la papila mide siete dioptrías ya! Mañana por la mañana estará lista la carta para llevar a Estocolmo y por la noche podremos tomar el rápido a Berlín. Sólo queda una simple formalidad, que el profesor necesita para cerrar los resultados. Me piden que pase rápidamente por Rayos, en la planta baja. No, no es en la cabeza; de la cabeza ya tenemos... es una radiografía de estómago, por puro protocolo.

¿Para qué necesitan una radiografía de mi estómago? Reflexiono haciendo un esfuerzo y experimento verdadera alegría cuando, pocos minutos después, en la cámara oscura, con la plancha radiográfica suspendida delante de mi estómago, yo mismo descubro la causa. ¡Claro que sí! Debí adivinarlo antes: es preciso descartar la posibilidad de que el tumor pudiera tener un origen canceroso, o sea que se haya transmitido de otra parte del cuerpo, porque un cáncer primario nunca se produce en el cerebro. Si ese fuera el caso, no valdría la pena operar. Muy bien, saquémonos la duda. No sé por qué, pero estoy convencido de que no puedo tener cáncer. Efectivamente, no encuentran huella alguna.

Paso el resto del día en cama, descontento por no poder caminar por mis calles favoritas de Viena. A la mañana siguiente, temprano, ya estamos esperando en la antesala del doctor Pötzl. También él ha llegado más temprano que de costumbre; está preparando el documento con los demás médicos. Entonces se produce un intermezzo extraño.

La puerta se abre bruscamente, sale Pötzl, se acerca a mí rápidamente.

—Si me permite... Hágame el favor de sentarse en esta silla.

Me siento. Él inclina su cabeza sobre mi nunca. No tiene ningún instrumento en la mano. Sólo acerca su cabeza hasta tocar la parte posterior de mi cráneo. De un recóndito rincón de mi memoria infantil irrumpe la cándida y estúpida sensación de que el profesor va a besarme la cabeza ahí donde tengo nana, y va a decir sana, sana. No, por supuesto: lo que hace es pegar fuertemente su oído contra mi cráneo, y escuchar, como los médicos del corazón.

—Sí, señor —dice cuando se incorpora—. En un momento estaremos listos.

Y desaparece de nuevo en su despacho.

Media hora más tarde sale toda la comisión, con el profesor a la cabeza. En su mano, el

documento. Todavía no lo suelta. Sonriendo, pero con cierto aire solemne, nos invita a todos a que nos sentemos y empieza a hablar, simpática y amablemente. De vez en cuando me dedica una mirada, para animarme, para decirme que me considera su par, otro ser consciente a quien la verdad le interesa tanto como la vida.

—Así, pues, hemos redactado un dictamen detallado, el cual, si el paciente lo juzga oportuno...

Y entonces ocurre algo insólito. Creo que soy el único que registra, a pesar de mi vista deficiente, de que Pötzl aprieta los labios. No cabe duda de que está sofocando un bostezo. ¡Sí, bostezó mientras leía en voz alta el dictamen! Cuán cerca me sentí de él en aquel momento. Cómo lo comprendí en el acto. Qué compasión más auténtica sentí por él, tan auténtica como la suya para conmigo. ¡Sí, sí, laborioso profesor sorprendido in fraganti, tú que en nuestra lucha común contra el mal has bostezado...! ¿Por qué ocultarlo? No debes avergonzarte. ¡Qué bien conozco yo ese bostezo, tras un trabajo incesante, desvelador, inhumano y precisamente en presencia de aquel en cuyo interés hemos venido estudiando, esforzándonos, sin esperanzas de lucro ni de honores, para que tal vez se vuelva luego contra nosotros y nos escupa en la cara! Oh, profesor, si supiera cuánto más significó para mí aquel bostezo suyo que tantas lágrimas de cocodrilo llenas de falso patetismo que debí contemplar...

El profesor continúa, como si nada hubiera sucedido:

—He añadido al diagnóstico unas líneas para mi ilustre colega en Estocolmo. Vaya usted con Dios, ¡y mucha suerte!

Me tiende el documento, me estrecha la mano y nos acompaña hasta la salida.

Ahora que por fin me es permitido conocer el documento cifrado, que hasta hoy se guardaba bajo siete sellos, le pido a mi esposísima que nos sentemos en un banco por la calle y que me lo lea. Está redactado en el estilo en que los médicos se comunican entre sí, pero yo ya estoy iniciado en ese lenguaje y encuentro el escrito lleno de enseñanzas.

A fines del siglo pasado terminó de fraguar una jerga especial en el mundo del diagnóstico y la terapéutica, cuyas fórmulas de etiqueta se parecen muchísimo a las de la diplomacia. Aunque el documento está destinado a Olivecrona, no menciona nunca su nombre; el texto no va dirigido a él personalmente ni tampoco «al cirujano» en general, sino tan solo a quien tenga a bien encargarse del caso, como si se tratase del embajador de una potencia rival. El diagnóstico, detallado y admirablemente preciso, ha sido establecido a base de datos oscuros, obtenidos por mera especulación. Después de un diagnóstico tan exacto, sigue una proposición alternativa y condicional: «Se informa que los tratamientos internos no han producido el resultado deseado. Se sugiere proceder con la observación y, eventualmente, operación».

Eventualmente. A sabiendas de que no se trata de ninguna eventualidad, sino que se debe proceder a la operación por absoluta necesidad, de lo contrario el enfermo perecerá. Pero estas son las fórmulas protocolares entre las potencias. El neurólogo no puede prescribir nada al cirujano; a lo sumo se limita a sugerir: *eventualmente.*

Paso por última vez por la Alserstrasse, por debajo del viejo viaducto; pero esta vez dejo que mi mujer me conduzca, pues se va arraigando cada vez más en mi interior el espíritu de los borregos atacados de la enfermedad de caminar en círculo, como si estuvieran atados a un lazo invisible. Me apoyo en todo momento en su brazo, pero de pronto ella me pide que me detenga un

momento y desaparece un momento. Veo que nos hallamos delante de una iglesia. Ella reaparece enseguida sin hacer el menor comentario. A los pocos pasos, no resisto a la curiosidad y pregunto:

—¿Entraste a rezar por mí? ¿Qué le prometiste a los santos?

—No es asunto tuyo —contesta Aranka y seguimos el paseo en silencio.

HACIA EL NORTE, HACIA EL NORTE

A las nueve en punto sale el tren para Berlín. Tenemos reservado un camarote en el coche cama. Mi mujer se encargará de las formalidades aduaneras; podré dormir toda la noche. Estamos a 28 de abril. Silba un viento templado por las calles de Viena, pero yo me voy preparando a que se acentúe este frío primaveral. Soy hombre culto, aunque por primera vez en mi vida emprenda el viaje hacia el norte: por más hijo del sudeste que sea, sé perfectamente que allá arriba aún no ha terminado el invierno. Será preciso comprar camisas abrigadas, si todavía están abiertas las tiendas; me olvidé de decirlo ayer. Billetes visados, dinero, ¿todo en regla? Date prisa; los Gaspar nos esperan en el hall, no queda nada más que hacer, las maletas ya han partido rumbo a la estación; iremos a cenar a una taberna del Ring y de la taberna iremos directo a la estación.

Eso me preocupa un poco, el taxi es lo que resisto menos; es imposible acostarse. Los esposos Gaspar son simpatiquísimos. Él se vanagloria de que la traducción de la enorme novela *Transilvania*, de nuestro gran Zsigmond Móricz, ya toca a su fin; será un tomo enorme en alemán, dice, y a escondidas yo consulto mi reloj. ¿Qué pasa, Friki, te sientes mal? No, todo está bien, ¿por qué? ¿Tan mala cara tengo? Es verdad, estoy bastante sombrío, yo mismo me doy cuenta. Tal vez porque es de noche. De haber salido por la mañana, me sentiría mejor. En la noche oscura y fría parto hacia el Norte. Los versos de un poema de mi adolescencia acuden tropezando a mi mente; un poema que expresaba la sombría sospecha de que el mundo entero era atraído hacia el Norte, a la nieve y el hielo, hacia donde señalan todas las brújulas.

*Hacia el Norte, hacia el Norte
ordena la aguja imantada;
en vano quiere detenerla
la llama del Ecuador
con las olas cálidas
de los mares del Sur;
hacia el Norte, hacia el Norte,
persiguiendo la estrella...*

Adiós, pues. Hasta la vista. Un momento; prefiero sentarme ahí, al lado del chofer, así resistiré mejor. Puedo solo, sin ayuda. A la estación nos acompaña sólo el fiel Joska. Son asquerosas las estaciones de tren: sucias, malolientes, sombrías, siempre hace frío, siempre llueve, siempre hay poca luz, ¡y cómo gritan todos! Hasta Joska anda cabizbajo, no lo resisto. El humor no nace en mí de las contingencias del momento, sino que es una necesidad vital, un narcótico. Doy perpetua rienda suelta a mi humor, por antipático que eso resulte en ciertos momentos.

—Cuando vuelva de Estocolmo todo será distinto, ¿sabes? —le digo a Joska—. Iremos a ver a Pötzl, será un poco difícil, subiré a gatas por la escalera de la clínica, llevaré en las manos y

rodillas unos cepillos como los de los mendigos sin piernas que piden por los senderos del Ring. Pötzl saldrá a saludarme con mucha cortesía y hará como si no notara nada especial; con gran tacto me dirá: «Veo que todo ha salido bien». Yo me despediré amablemente y bajaré la escalera como un cangrejo, apoyándome en los cepillos...

La nariz de Joska empieza a temblar, anticipando la carcajada explosiva. Bueno, bueno, no nos pongamos sentimentales, nada de balbucear palabras lamentables. ¡Adiós, adiós, hasta la vista!, y el tren se pone en marcha.

Me tiendo en la litera en cuanto entro en nuestro camarote; acostado experimento menos las sacudidas del tren. Sería magnífico que alguien me leyera algo en voz alta, así no tendría que pensar. Pero por suerte he ingerido una buena dosis de somnífero; al despertar veo el horizonte gris y sé que estamos más allá de la frontera, en la nueva Alemania. Es curioso que vuelva a este país así, veinticinco años más tarde. ¡Qué joven era en aquel entonces! Apenas tenía veintitrés años. ¡Cuántas inquietudes ardían en mí, cuántas tragedias y locuras! Traje a este país a mi primera esposa, Etel Judik, la actriz de mirada aterciopelada y pasional. La hice escapar románticamente de la casa de su marido, huimos a través de oscuros callejones, revólver en mano. Vivimos escondidos durante medio año, en el hermoso y moderno Friedenau, con la sensación de que comenzaba para nosotros una vida eterna. Por las noches, en el balcón, conversábamos sobre las estrellas y, de día, la ciudad nos parecía pletórica de iniciativas y proyectos.

El ensanche de Friedrichstadt estaba en plena reconstrucción; todo aquel que firmara un contrato de alquiler por seis años pagaba sólo tres. Yo enviaba a casa artículos humorísticos y elegíacos, e iba descubriendo Berlín para los ojos de mis lectores húngaros. «¡Así come Berlín!», escribí con entusiasmo en el Palacio de Sándwiches de Aschinger; era como relatar el desarrollo paso a paso de un recién nacido que va creciendo delante de nuestros ojos. Alemania parece más seria y adusta ahora, como si su renacimiento no fuese tan sencillo como su nacimiento. Veo pocas construcciones nuevas, imaginaba que habría muchas más. Delante de una casita modesta, muy bonita por cierto, que vemos desde la ventanilla, mi esposísima me señala una inscripción que dice: «Tampoco podríamos construir esta casa sin nuestro Führer». Es el primer signo de los tiempos actuales que vemos en nuestro viaje.

Llegamos a la estación de Berlín a la hora de almorzar. Mi mujer se adelanta al hotel de enfrente; yo me quedo en el tren para afeitarme; ya encontraré solo el camino. Pero descubro que mi amor propio era exagerado. Logré afeitarme al tacto, más o menos bien, pero me pierdo al bajar del tren. Camino lentamente, como un anciano, hacia la salida; pero es evidente que soy incapaz de ir en la dirección que me propongo. Me hace cierta gracia al principio ver que ando en círculos, como un cobayo en su laberinto. Siempre es interesante experimentar la dualidad entre cuerpo y alma. Heme aquí, perfectamente seguro de mí mismo; pienso con lógica, proceso con naturalidad mis sensaciones, pero mi cuerpo no me obedece; o, mejor dicho, obedece, pero no a mí sino a algo o alguien que se ha colado en mi interior. El cuerpo humano posee un alma aparte, independiente del yo, y esa alma aparte se ha vuelto contra mí y está sublevándose todo el cuerpo.

La situación es decididamente humorística, estilo alemán. El mundo exterior interviene en la comedia. Cada vez que alcanzo, en mi vacilante andar, una de las puertas que sospecho que

conducen fuera de la estación se planta delante de mí un uniformado: «¡Boletos, por favor!». Con la mejor buena voluntad explico que soy incapaz de entregarlo, pues se lo ha llevado mi mujer. Me arrastro desanimado hasta la puerta siguiente: «¡Boletos, por favor!»; y tampoco allí me dejan salir. Esto se repite varias veces hasta que comprendo que he dado la vuelta a toda la estación. Estoy demasiado cansado para dar explicaciones, todo parece indicar que nunca lograré a salir de aquí, aun en el caso de que pudiera caminar en línea recta. No se puede franquear las salidas sin boleto. Soy un planeta girando sin rumbo en una órbita desconocida, evitando a duras penas las paredes que se me vienen encima. Media hora más tarde, mi mujer me encuentra, desesperada. ¿Qué me había pasado? Con toda franqueza confiesa que ya empezaba a creer que me había escapado en algún tren, ante el temor de lo que me espera en Estocolmo. En la primera salida tiende los boletos al revisor. Salgo de mi prisión orgulloso y con la cabeza alta, aunque sé que a solas nunca lo hubiese conseguido.

Rehúso el almuerzo con el pretexto de que la anguila tiene demasiada grasa. Cuando nos levantamos de la mesa, intento algo nuevo: escribir una carta aunque no vea bien mi letra. El resultado no está mal, aunque tendré que practicar más: los dedos no necesitan tanto de los ojos; podríamos escribir incluso con los ojos cerrados, si nos lo propusiéramos. Escribo a Gyula el Preciso, a Gyula el Distraído, a mi hijo Cini y a la condesa. Más tarde supe que a duras penas pudieron leer mis garabatos.

La sombría tarde pasa entre una siesta y visitas al baño. El tren sale a las once hacia Trelleborg. Yo me pongo pesado como un niño consentido: quiero pasear por Unter den Linden, ya que estoy en Berlín. Mi esposísima acepta y atravesamos la Friedrichstrasse no sin dificultad. Me encanta que sea domingo; las tiendas están cerradas. Ese es el Café Kerkau, lo reconozco. ¡Cuántas veces estuve sentado allí, con Etel Judik y su mirada de terciopelo! Nos encantaba sumergirnos en la lectura de los diarios; todas las noticias del gran mundo podían leerse allí, y ahora también: París, Londres, eso que está en el aire en la foto es el avión de Blériot, el año pasado estuvo en Budapest, dicen que ya puede volar durante una hora entera. Cuando tengamos dinero no nos compraremos un automóvil sino un avión, le digo a mi esposísima y comprendo que he viajado en el tiempo; no le estoy hablando a Aranka sino a la hoy difunta Etel Judik, quien me pide que la deje leer tranquila: en España ha aparecido una enfermedad nueva, temible, mortal. Se refiere a la gran epidemia de gripe española de 1918, comprendo con un escalofrío.

El tren a Trelleborg es verdaderamente distinguido. Nuestro coche cama es pequeño pero está muy bien equipado. Oigo decir a medias que atravesamos el mar. Sin duda he comprendido mal, estoy confundido, ¿cómo puede un tren cruzar el mar? ¿O es que hay una especie de puente gigantesco? Trato de conciliar el sueño; llegaremos a las seis de la mañana y ya hace bastante frío. Pero al rato vuelvo a abrir los ojos con la inequívoca sensación de que el tren está ondulando. ¿Qué es esto? ¿Un terremoto? ¿O me encuentro otra vez mal? Me incorporo con dificultad y abro la cortina. En vez del horizonte, sólo veo una pared de hierro, oxidada o pintada de rojo. Salgo al pasillo en bata y pantuflas. El mismo paisaje metálico se ve desde las ventanillas de ese lado. El tren está metido en una especie de tubo de hierro, las ruedas no se mueven, y sin embargo todo parece ondular. Camino hasta el fondo del vagón, encuentro la puerta, bajo con paso vacilante y salgo del túnel en que se encuentra nuestro coche cama. Estamos sobre una enorme balsa.

Cielo y mar son del mismo color apagado; a lo lejos (el horizonte siempre parece más vasto de noche), veo una fila titilante de faroles. Un marinero apoyado en la borda contesta en su lengua a mi pregunta proferida en voz baja. No comprendo su idioma. El marinero apunta hacia la fila de lucecitas lejanas: *Kjöbenhavn*, dice. ¡Ah, sí, Copenhague! Es preciso endurecer en alemán los blandos fonemas escandinavos para entenderlos. En el esperanto de las señas logro saber por mi interlocutor que estamos en el mar desde hace dos horas y que a las seis llegaremos a Trelleborg. Vuelvo a mi camarote pero no logro conciliar el sueño otra vez.

Es una mañana fría y salitrosa. Buques, muelles, grúas, el férreo mundo de los puertos. ¿Dónde lo vi antes? En los dibujos a tinta de Whistler: aquel gran visionario se anticipó a la realidad. Ya estoy harto de viajar; no siento la menor curiosidad por nada. No me había imaginado así mi primer viaje al Norte. Gracias a Dios, la estación se encuentra al lado del desembarcadero. Este pequeño tren nos llevará hasta Malmö en hora y media; allí tomaremos el rápido a Estocolmo.

Luego del trasbordo, nos dirigimos al vagón restaurante para desayunar. Me choca la extraña disposición de los objetos. Qué país notable: en vez de sillas y mesas hay unos butacones magníficos, de esos que en mi tierra se instalan ante las chimeneas. El paisaje por la ventanilla es enteramente verde; qué puro y sutil parece el aire; a lo lejos se vislumbra la mancha blanca de la nieve en las colinas. El minúsculo restaurante es muy bonito; una Solveig rubia nos sonríe amablemente. El camarero nos recomienda el *smörgåsbord*; por primera vez en mi vida oigo el nombre sueco de lo que será la base de todas mis comidas durante mi estancia escandinava.

Pensando que se trataría de algún aperitivo, me asusto al ver que depositan en nuestra mesa por lo menos cuarenta clases de entremeses diferentes en colores rosa, azul y verde, y, en el centro, un enorme recipiente de plata lleno de crema. Desgraciadamente, no percibo el sabor de nada; sólo ante una clase de croquetas de pescado noto, maravillado, que son dulces; ¿y cómo no habrían de serlo, si están preparadas a base de mermelada de frambuesa?, me dice mi esposísima.

El tren corre y corre, el trayecto dura catorce horas por un paisaje inalterablemente verde de pinos, lagos y cabañas de madera verdosa en filas interminables: esto es «Sveria», región romántica de aguas oscuras y rocas gigantes, salpicadas aquí y allá por caseríos. Todo el paisaje nos sonríe con fría gracia, cortés y distante, como una novia de pueblo que acaba de ser presentada a su prometido. Hacia las tres, el tren entra en la capital. Me siento muy cansado; sólo veo que estamos a orillas del mar y que atravesamos bahías y canales. Fulgurante, surge la torre de cúpula dorada del Ayuntamiento. Estocolmo no significa ni significará nada más que eso para mí, durante las próximas tres semanas.

Avisada desde Budapest, una señora de la embajada ha venido a esperarnos a la estación. Me colocan en un automóvil; por la ventanilla no veo más que figuras borrosas. Todo parece indicar que estoy muy mal: no tengo ganas de nada. Nos detenemos ante una escalinata blanca. En la fachada, se lee con letras negras: *Serafimer Lazaretted*. Me ayudan a subir las escaleras, que no bajaré durante mucho tiempo. Arriba me espera una habitación muy sencilla, para una sola persona. Dos enfermeras esbeltas con cofia blanca se hacen cargo de mí, me desvisten, me depositan en la cama y se llevan el cartapacio con todos los documentos que hemos traído.

El enfermo ha llegado a destino.

«LE MIE PRIGIONI»

El amabilísimo e insobornable Silvio Pellico inscribió en el frontispicio de su libro más famoso este título sin pretensiones: *Mis prisiones*. A causa de sus ideas liberales pasó diez años, primero en la prisión de Santa Margherita, en la Italia austríaca, y luego en la tenebrosa cárcel de Spillberk, como rehén del emperador Francisco. Se dice que su libro causó más daño a Austria que diez batallas perdidas. A mí siempre me ha maravillado la tenue, deliciosa objetividad del autor para narrar sus inhumanos sufrimientos como si no lo animara otra exigencia que mostrar las consecuencias de los calabozos cavados en la roca y las necesidades de los regímenes retrógrados.

Ahora que vivimos en una novela fantástica (pues la realidad del siglo veinte europeo me parece que supera de lejos toda fantasía humana) tal vez me sea permitido tratar así aquellos meses de mi vida que conforman este relato. En mi lecho de enfermo del Serafimer Lazaretted pensaba a menudo en Silvio Pellico. Dominando mi naturaleza impulsiva, intenté imaginarme con qué naturalidad y paciencia aceptaría él el destino que le impuso el emperador Francisco, tal como ese inocente tumor me imponía el mío. No me correspondía otra tarea que observar y esperar, sin desplantes emotivos, lo que iba a ocurrir conmigo: por primera vez en mi vida «la verdad» dejaba de existir y sólo quedaba «la realidad», que no deja de ser tal aun cuando no tenemos ocasión de registrarla. Nunca he sido menos subjetivo que en aquella fase de mi vida.

Mi mujer se hospedó en la Cosmopoliten Pension de la Nybro-Gatan. Cada día a las diez venía a la clínica, y se quedaba conmigo hasta la caída de la noche. Me contaba cosas sobre la ciudad en que vivíamos como si estuviera en Tokio. Desde mi cama, se podía ver la cúpula dorada y el campanario que anunciaba melodiosa y solemnemente el paso de las horas. Esa era mi única referencia temporal, pues mi reloj de bolsillo (cuyas agujas, de todas maneras, ya no alcanzaba a distinguir) se había roto, y no lo mandaba a arreglar porque en el extranjero uno es instintivamente tacaño.

Los médicos recibieron a mi mujer como colega: el primer día, Aranka vino a anunciarme muy satisfecha que el profesor la había invitado a asistir a una operación. Nadie mencionaba nada de la operación a la que debían someterme a mí. Atontado e indiferente, esperaba que me colocasen de una vez sobre la mesa de operaciones. Pedí un somnífero para no enterarme de nada y dormí hasta las seis de la mañana; entonces entraron dos enfermeras con cofia blanca, me lavaron y me cambiaron las sábanas, levantándome para eso en el aire; ninguna de las dos hablaba alemán. A las ocho, se presentó la amable y esbelta Syster Kerstin trayendo, además de su fresco aroma y su radiante sonrisa, el desayuno: huevos, queso, tostadas.

Hablaba muy bien alemán e inglés; supe por ella que mi operación aún no tenía fecha y que antes iban a someterme a una batería completa de estudios, como a todos los demás enfermos que se presentaban en la clínica. Todo diagnóstico ajeno al Serafimer Lazaretted era recibido por

pura formalidad con cortesía y respeto, pero sólo se guiaban por los estudios que realizaban ellos mismos.

—¿De modo que podía ser que no me operaran? —pregunté atónito.

—Si el profesor no lo considera necesario, ¿por qué habría de operar? —contestó la bella Syster Kerstin.

Después del desayuno, que trago con dificultad, contemplo mi celda, un cuartito limpio y ultrasencillo. Tan sólo al necesitar algo descubre uno cuán moderno y práctico es todo, hasta en el más nimio detalle. La mesita de noche puede abrirse en cuatro sentidos diferentes; es muy fácil levantar la cama, que reposa sobre cuatro ruedas, y detrás de mí, en la pared, hay un altavoz y un teléfono.

A las diez, cada día, en el curso de su visita general, pasa a verme Söjkvist, el ayudante del profesor, acompañado de un interno alemán. Lo recibo con alegría; es un profesional verdaderamente europeo por donde se lo mire: tiene mundo, tiene sentido del humor, aprecia las agudezas. Ha estado en Budapest, y me divierte pronunciando a su manera *Márgit-sziget*, la isla de Santa Margarita. Le gusta mucho el pollo con salsa de páprika, pero nuestras sopas húngaras le parecen demasiado pesadas. Hablamos poco de mi situación, más bien bromeamos, como si mi presencia allí se tratase de una mera visita de cortesía. Casi se sorprende cuando de repente me descompongo y vomito en la jofaina. Bueno, dice, casi ofendido, parece que tengo una mala influencia sobre usted; más vale que me retire.

Syster Kerstin abre la puerta al rato y entra un asistente mastodóntico, que coloca un aparato elevador debajo de mi cama y la pone en movimiento. La cama se convierte en camilla y sale de la habitación al pasillo, recorre todo el piso, entra en el ascensor y baja al sótano. Me arrastran por pasillos subterráneos y me detienen ante una puerta. «*Oogen*», dice el mastodonte, como respuesta a mis señales mímicas. Me parece reconocer en esa palabra la alemana *Augen*: ojos. Así que volverán a empezar los exámenes. Como un veterano excombatiente, suelto un suspiro y me armo de paciencia; habrá que permanecer un buen rato sentado rígidamente, padeciendo los instrumentos oftalmológicos, prestando atención a las señales, contestando las banales preguntas escuchadas ya mil veces.

Estacionan otra camilla junto a la mía; en ella yace una mujer joven, de rasgos difusamente simpáticos y el consabido cabello rubio pálido. Veo que es novata en la materia; sufre los mismos nervios que el actor antes de salir a escena. Quisiera tranquilizarla pero no hablo sueco. Se oyen ruidos completamente internacionales. De pronto un niño llora convulsivamente, el pobrecito se habrá asustado de los fulgores del espejo ocular. Cambio una mirada con mi compañera, para serenarla; le dirijo una sonrisa; también ella sonrío desvaídamente, al menos eso parece.

Ya estoy acostumbrado a reconstruir y completar las imágenes difusas que veo; empiezo a acostumbrarme a esa semioscuridad tan extraña en la que vivo y que ya casi diría que es agradable. Puedo todavía distinguir bastante bien los contornos, y mi imaginación va completando el contenido. Por los tonos de voz y los movimientos, alcanzo a ver la cara que se presenta ante mí. Quienes me rodean quedan a veces maravillados de que sea capaz de notar gestos mínimos que escapan a la vista normal. Yo mismo me sorprendo, y, en ciertos momentos cruza mi mente como un relámpago helado la sospecha de que a lo mejor ya estoy ciego. Lo que me parece ver no es más que una urdimbre de imágenes ya vistas, recuerdos y sueños: a partir de mínimos sonidos y matices voy reconstruyendo la realidad desaparecida, de la misma manera

que, en el instante de dormir, nuestro ser utiliza los fosfenos que bailan ante los ojos cerrados y construye con ellos imágenes semejantes a la vida.

Estoy en el umbral que separa la realidad de la imaginación, y empiezo a ignorar de qué lado me encuentro. La vista física y la vista anímica se confunden, ya no sé cuál de las dos rige a la otra.

Adivino, más que veo, la sombría atmósfera de estos consultorios subterráneos. Me llevan de un lado a otro, me colocan en sillones extraños; discos y luces giran delante de mis ojos; fulgura una lámpara que despide un rayo incandescente; cuando me preguntan, contesto. No soy más que un «caso» para ellos. Ese médico joven que me está revisando jamás leyó mi nombre al pie de alguna de mis columnas; no tiene ni información ni opinión sobre mí; depende únicamente de mi manera de comportarme que me considere simpático o antipático. Me limito a ser preciso, no digo ni una palabra más que lo estrictamente indispensable. Sin embargo, me sobresalto un poco cuando le pregunto qué ha encontrado y me mira sorprendido. Todo ha quedado debidamente registrado en mi historia clínica, asegura, no sin cierto acento de ironía. Luego me saluda con un movimiento de cabeza y ordena que pase el caso siguiente.

Ya es mediodía cuando me llevan de nuevo a mi habitación. No llevo ni veinte horas aquí y, sin embargo, qué inesperada sensación tranquilizadora cuando reconozco la puerta de mi cuarto: ¡estoy en casa! Qué concepto más relativo: «mi casa» es ahora esta habitación blanca aquí en el Norte, del que no he visto nada y me pregunto si lo llegaré a ver algún día. Mi casa no es ni siquiera este cuarto, sino tan sólo la cama; y ni siquiera la cama, sino únicamente ese pozo minúsculo que he venido excavando para poder hundirme cómodamente, de costado, cuando vienen las náuseas y el vértigo.

Mi almuerzo ya está servido en la bandeja. Siempre me causa alegría cualquier budín, pero esa sustancia gris infunde sospechas. Es un budín, sí, pero a base de pescado, y en su centro la obligada mermelada. Ya lo comeremos en otra ocasión.

Mi mujer no aparece hasta las tres; ha asistido a una operación que duró seis horas seguidas. Una operación cerebral, desde luego: en esta clínica no operan otra cosa; es uno de los cuatro centros mundiales de cirugía cerebral. Como un preso, me informo del caso del cofrade. Empleo términos técnicos muy pedantes, sacados de mis lecturas. No pregunto lo que me pregunto por dentro: lo que ansía saber, entre gemidos y aullidos, el ser vivo que se esconde en el fondo de mi conciencia, detrás del tumor (a saber, si la presa con el cráneo trepanado ha gritado, si mostró dolor, si han salido sangre y sesos del cerebro abierto, si en algún momento se desmayó en el banco de tortura).

No; en vez de eso, voy informándome de los detalles como si se tratase de un mero experimento o la reparación de un complejo mecanismo. «Ah, sí, comprendo. Pero resultó sospechosa la primera circunvolución cerebral... La ventriculografía seguramente demostraba que... ¿Una muchacha de veinte años? ¿Y no lo encontró allí donde buscaba?».

Al parecer, existe una posibilidad mínima de que el desplazamiento de los ventrículos cerebrales repletos pueda interpretarse de dos maneras distintas, me explica mi esposísima. Cuando Olivecrona abrió las meninges y no encontró nada, ni un músculo de su cara se contrajo;

ni siquiera se mordió los labios. Aranka maldijo su mala suerte: la primera operación cerebral a la que asistía, un cirujano de fama mundial y...

—¿No había tumor? —pregunto.

—Sí, claro que sí, espera un poco. El profesor cosió las meninges tranquilamente, volvió a colocar el trozo trepanado del cráneo, mandó al enfermo a que le hicieran nuevas radiografías y anunció que en media hora continuaría la operación. Yo me horroricé. Por Dios, profesor... ¿dentro de media hora? Sí, señora, y tendremos que abrirle la sien esta vez, porque el tumor se encuentra allí. Tendría usted que saber, mi querida colega, que una vez que hemos maniobrado en un cerebro en el que se halla un tumor es preciso quitarlo a toda costa... Si no lo encuentro enseguida, esa muchacha morirá dentro de las veinticuatro horas.

Transcurrió media hora, trajeron las radiografías y luego a la chica y el profesor inició sin demora la segunda operación. Realizó una incisión del tamaño de un pequeño disco en el cráneo, sobre la sien izquierda. Todos los presentes observaban con la respiración en vilo. Él estaba completamente tranquilo, como quien no puede equivocarse más que una sola vez. Aisló el periostio, apartó las arterias, hizo una incisión en la parte dura, abrió, iluminó. Todos se inclinaron hacia adelante para poder ver. En la parte lisa y blanca del cerebro, exactamente en el centro de la trepanación, palpitaba un tumor redondo y rojizo, hundido en la corteza cerebral, que extirpó limpiamente.

—¿Y la muchacha? —pregunto.

—Duerme, querido. El profesor está convencido de que se salvará. Y yo también. Duérmete; falta una hora todavía para tus próximas pruebas.

Logro que aplacen las pruebas hasta mañana, pero no logro evitar el baño. Otra vez me sacan del cuarto en mi cama. La sala de baños, con su suelo de tablas, no es tan fría como parece. Hay unos piletones muy amplios de madera, semejantes a los que se usan en Hungría durante la vendimia para pisar las uvas. Me entregan a una dama gorda y muy simpática. ¿Será posible? Sí, es ella la que me dará el baño; ya me está quitando la bata. Me acuesta en el piletón, deja correr el agua sobre mi cuerpo y se pone a frotarme enérgicamente. Estamos en Suecia, el país donde la desnudez no tiene importancia y las mujeres bañan a los hombres.

Luego de un minuto de zozobra me entrego tal como solía hacer a mis cinco años, incluso disfruto que la vieja dama murmure y se fastidie mientras me enjabona el pelo; sin duda no le gusta la manera en que sostengo mi pobre cráneo para evitar los zumbidos desagradables. Además, no deja de hablar ni un instante, aunque sabe que no comprendo ni una palabra de lo que dice.

Cuando me llevan de regreso a mi cuarto hay un manojito de cartas esperándome. Es el primer correo de Budapest, saben desde hace tres días que estoy en Estocolmo. Dénes relata en forma humorística los acontecimientos. Entre líneas, noto algo sospechoso mientras escucho la carta, así que ordeno a mi mujer que lea incluso las partes destinadas sólo a ella. Descubro que la compañía de seguros no se deja convencer, argumentando que he dejado impagas las dos últimas primas. Dénes lo arreglará y no pasará nada, dice mi mujer.

Poco más tarde se abre la puerta y entran tres personas. Uno de ellos es el simpático y mundano doctor Söjkvist; el segundo es el joven oftalmólogo alemán y, cerrando el pelotón, un caballero alto, de anchos hombros, pelo rubio y piel bronceada: un nórdico de las montañas al cien por ciento.

El profesor.

OLIVECRONA

Lo reconozco en el acto por el mero hecho de que es el primero en acercarse a mi cama. Söjkvist y el interno alemán se quedan respetuosamente a un costado.

—¿Cómo se siente? —me pregunta y me tiende la mano. No ha dicho «¿Cómo estamos?», ni «¿Qué tal?», como acostumbran los demás. No cabe duda, es de modales secos, aunque no fríos. Es cortés, pero esa cortesía no tiene ni una gota artificial; se nota que hasta en la intimidad es así.

No me examina, no me interroga. No debería sorprenderme, pues sé que su visita es una pura formalidad. Los médicos que están evaluando mi caso le comunican directamente los resultados, él sabe de mí todo cuanto necesita saber. Sin embargo, me extraña que no hablemos una palabra de mi mal. Me resulta un poco humillante que no tenga ninguna curiosidad por saber qué idea tengo yo del asunto. ¿Me considera un vulgar profano cuya opinión le es totalmente indiferente? ¿O ha oído que soy una especie de poeta y se protege contra mi desbordante imaginación?

Esta sospecha me ofende. Soy un respetuoso admirador de la ciencia, pero exijo de los representantes de la misma que a su vez respeten lo que yo llamo mi concepción artística del mundo, mi modo de buscar la verdad, que empuja hacia adelante el pensamiento más allá de la mera observación, con la fuerza de la fantasía. No sin arrogancia, en forma medio burlona pero en el fondo con toda la seriedad del mundo, le hago saber mi hipótesis: de los diversos tumores que pueden surgir en el cuerpo humano, sólo conocemos la composición y el carácter, pero no tenemos ni la menor idea de su papel, su finalidad, sus *intenciones*. Tal vez, a pesar de su nefasto trabajo de destrucción, el tumor aspira a algo, que es en beneficio del hombre, si tan sólo pudiera expresarlo. Quizás en un principio quería construir algo pero ha olvidado su objetivo, o no lo ha logrado aún, o le faltan elementos para realizar su cometido porque el comando central, que determina lo venidero basándose únicamente en el pasado, se lo niega.

¿No podría tratarse de la manifestación primitiva, inconsciente, de algún órgano nuevo, inédito y desconocido, que querría poder nacer, siguiendo directrices para nosotros ignotas en el desarrollo de nuestra especie? Avergonzada del acto heroico del individuo, que no ha querido esperar los tanteos perezosos y vacilantes del comando central, la especie sencillamente decidió darse alas cuando tuvo ganas de volar. Tal vez improvisó, ejecutando alguna orden secreta de un nuevo órgano sensorial que podía ofrecer a la central la irradiación de otra clase de energías, no sólo aquellas que hasta la fecha venía transmitiendo. Quizás el tumor es un electroscopio orgánico, una antena parecida a la que tienen los insectos; tal vez tiene en perspectiva una irradiación inédita que nosotros no hemos sabido captar con nuestros rudimentarios instrumentos.

El profesor me escuchó un rato con cortesía y amabilidad. Tal vez haya conseguido que me escuchara a mí y no al «caso»; pero de repente, se puso de pie para despedirse y dijo que todas esas cosas eran seguramente muy interesantes, para quien tuviese tiempo de reflexionar sobre ellas; pero en aquella clínica todo el mundo estaba ocupadísimo y debía concentrarse en lo suyo; y *lo suyo* era la central telefónica. (Más tarde, cuando asistí a una conferencia suya en Budapest,

comprendí que así veía Olivecrona al cerebro: como una central telefónica, y se veía a sí mismo como un mero electricista que velaba por su correcto funcionamiento.)

No podría decir que el profesor me entusiasmó desde el primer momento, ni me infundió fe ciega en él. Lo encontré confiable, pero sin sentir ninguna admiración especial. Noté inmediatamente, eso sí, que no sólo en su oficio sino incluso en su concepción de la vida era de una rigurosa sensatez. Aquello que sabía de los hombres era porque se dejaba guiar manifiestamente por puntos de vista sencillos, claros, objetivos: la situación que las personas ocupan en la naturaleza y en la sociedad. Me habían contado que llevaba una vida ordenada ciento por ciento: desde las siete de la mañana hasta pasada la medianoche, y a veces hasta más tarde, trabajaba duro en la clínica que dirigía, abriendo cráneos y cerrándolos. Luego se retiraba a su hermoso castillito (era rico) con su familia (tenía mujer y tres hijos varones); sus únicas distracciones eran el golf y el bridge (jugaba muy bien a ambos). Naturalmente era autor de importantísimas obras científicas que yo hasta entonces desconocía. Debía sus éxitos a la maravillosa precisión en su técnica quirúrgica, sí, pero al igual que su maestro, el bostoniano Cushing, también él tenía un pensamiento nuevo y original.

Sólo hubo un detalle de él que despertó mi suspicacia: en un informe entreví por casualidad su firma y me pareció letra de mujer. Aunque de inmediato pensé: desde luego, ¿o no es su trabajo una labor para manos femeninas?

Mis meditaciones me llevaron a plantearme una vez más si la opción Estocolmo era la única solución que me quedaba. Repito, ya había conocido al profesor y no tenía nada contra él: me parecía una persona verdaderamente excelente, aunque estuviera un poco escaso de manifestaciones humanistas, incluso de la actitud redentora que suele caracterizar al genio en cuyas manos depositamos nuestra vida. Al volver a leer estas líneas entiendo mis dudas. No fui yo quien escogió a Olivecrona para hacer la operación; no fui yo quien pensó que solo él podía extirpar de mi cabeza aquel tumor que yo mismo había descubierto, con mis cuestionables recursos. Había oído su nombre por vez primera cuando los Gyulas lo mencionaron e insistieron que debía ir a verlo a él y no a otro, y depositarme en sus manos.

Y sin embargo... yo conocía a ese hombre.

Llegado a este punto, debo detenerme; mi «yoíto» me interrumpe, cohíbe mi pluma, perturba la progresión del relato. Antes de que el escritor acostumbrado a inventar distorsione la realidad en nombre de la composición y de la política de los efectos, creyendo en su orgullo ciego que hay situaciones en las que se debe dar preferencia al interés artístico por encima de la pura verdad, debo decir que la realidad como género literario no necesita, ni en la exposición ni en la composición, de las correcciones del artista, por la sencilla razón de que ella misma va componiendo y agrupando los hechos a su manera.

En alguna ocasión escribí que la historia de una vida es a la vez la novela de dicha vida. En el curso de este relato me ha ocurrido más de una vez que quería alterar el orden de mis recuerdos para situar cierto episodio o reflexión uno o dos días antes o después, entre reminiscencias en cuya compañía quedarían más en relieve, se harían más comprensibles o simbólicas. Pero tuve que reconocer a mi pesar que en este relato es imposible desplazar el más pequeño eslabón. Así produce mayor efecto: tal como ocurrió en la realidad, no del modo en que hubiera podido ocurrir. La realidad sabe mejor cómo, cuándo y dónde colocar las cosas, incluso desde el punto de vista simbólico. Estoy contento de que mi yoíto haya sorprendido in fraganti al escritor que hay en mí, y me haya forzado a prescindir de giros «interesantes» para realzar la

verdad aparentemente desprovista de interés.

Realzaría el valor del capítulo siguiente si escribiera allí que la aparición simbólica de Olivecrona en mi vida se hizo plenamente consciente en aquel momento, echado en la cama, envuelto en la manta, cuando después de aquella primera visita tuve la sensación de que ya nos habíamos encontrado antes en la vida. Pero no ocurrió así.

Empecé a escribir el presente relato en forma de folletín para el periódico, mientras sucedían los hechos; ahora lo estoy corrigiendo, y desde el sábado pasado estoy sumergido en mi encuentro con Olivecrona. El domingo debí pronunciar un discurso en el entierro de un amigo muy querido. A la salida me encontré con otro de mis íntimos, un conocido actor que posee un sexto sentido para adivinar conexiones secretas y ocultas (entre otras cosas, juega magistralmente al ajedrez). Al ponernos a conversar acerca de la evolución de este libro se interesó de inmediato por la personalidad de Olivecrona. Esbocé un retrato rápido de su aspecto, sus modales, su concepción de la vida y de la medicina. Después de la tercera frase mi amigo me interrumpió:

—Pero ese hombre es, en carne y hueso, nada menos que...

Y pronunció un nombre que no designaba ni a un ser vivo ni a un muerto sino a un personaje de ficción, el protagonista de una conocida comedieta teatral húngara. El autor de la pieza era yo: la había escrito veinte años atrás.

Trataba de un hombre provisto de múltiples talentos cuyo carácter lo enredaba continuamente en contradicciones: ingeniero de profesión, inventaba un avión bombardero que podía manejarse por piloto automático, pero un escéptico amigo suyo le demostraba que lo que en realidad quería, inconscientemente, era vengarse de la humanidad porque su bellísima esposa lo había abandonado por un señorito elegante. Para probar su honestidad intelectual, el ingeniero se dispone a pilotear él mismo su invento, en una demostración pública. Pero teme terriblemente que allá arriba sea presa de la atracción a la muerte. En ese momento, aparece un médico (a quien asombrosamente di origen nórdico, para hacer más visible que representaba «el efecto Solveig» de *Peer Gynt*). El médico en cuestión se ofrece a operarlo para extirpar de su cerebro el miedo a la muerte. El ingeniero se somete a la cirugía, realiza luego con éxito la demostración, y al bajar del avión le confiesa a su amigo que el valor de quedarse en la vida sólo es posible cuando se ha dejado de temer a la muerte.

Mi amigo el actor conocía bien el personaje del ingeniero, porque lo había representado en el escenario, y lo que le había contado yo de Olivecrona lo remitió al instante a su colega Irjö Olson, que había encarnado al médico nórdico exactamente con las mismas características con que yo acababa de describirle a mi cirujano.

UNA ESTRELLA QUE SE ENCOGE Y SE EXPANDE

Desde hace unos días sopla bastante viento; es preciso cerrar la ventana que hasta ahora se podía dejar abierta. Estamos a principios de mayo. Por la mañana temprano, mucho más temprano que en casa, el sol entra en mi cuarto y la dorada cúpula reluce enfrente, pero luego el tiempo se nubla. Los árboles todavía no tienen brotes (todo florece más tarde en este país). ¿Será el famoso viento del Norte? Me lo había imaginado más duro, más severo, más sonoro. «Anticiclón del Norte», suelen rezar en esta época las gacetillas meteorológicas de mi tierra; al leerlas, yo me figuraba siempre tempestades desenfrenadas, huracanes oceánicos, torbellinos castigando los fiordos. Nada de eso. Sin embargo es distinto del viento de allá abajo, en Hungría. Este viento es fresco, ligero, constante pero nunca rabioso. Silba alegremente, con indiferencia, como si el mundo entero estuviera flotando, como si todo aquí sucediera en un nivel más elevado, puro y tónico. Mi olfato, que se ha refinado en las últimas semanas, percibe el olor a mar.

¿Qué pasa hoy? Parece que no me toca examen. Ya son más de las nueve, y el mastodonte no ha venido aún para sacar mi cama por los pasillos. Estoy hecho un ovillo en las sábanas, con la cara hacia la ventana. De vez en cuando me duermo, para despertarme enseguida sobresaltado; en una ocasión, creo sorprender in fraganti a Kerstin saliendo en puntas de pie del cuarto, pero hago como si no lo notara, no estoy para conversaciones. Tal vez no esté completamente despierto. O tal vez mi vista... Desde luego, qué duda cabe: esto es la ceguera. La última luz que soy capaz de percibir, esfumada e insegura, es el fulgor de la cúpula por la mañana. Después quedo envuelto en la oscuridad, cosa que no puede atribuirse al clima, pues todo el mundo se mueve a mi alrededor con paso decidido y elástico, pero nadie enciende la luz eléctrica.

No me gusta esa indiferencia, ese abandono. Más de una vez, debo hacer un verdadero esfuerzo para continuar hasta el fin la cadena de pensamientos iniciada rato antes. La tarea que me he propuesto podría titularse: «¿Quieres y puedes vivir ciego?». La respuesta, automática, ha sido hasta ahora la misma: quiero y puedo. Pero no me convence; desconfío, vuelvo a razonar, presento argumentos en pro y en contra, sin que unos se impongan a los otros. Sí, tengo edad para haber visto y asimilado lo suficiente del mundo visible, todo cuanto pudiera necesitar en el futuro. Tal vez no sea tan terrible... Pienso en un secretario fiel y digno de toda confianza, sentado a mi lado, suspendida la respiración ante la máquina o el cuaderno, escribiendo rápidamente lo que le voy dictando. Por la noche (¿cómo será la noche, cómo lograré diferenciarla?) me leerá en voz alta, melodiosamente...

Sí, así será. Pero estoy cansadísimo de hilvanar imágenes. Me doy cuenta de que un rictus amargo se apodera de los músculos de mi cara. Pienso en Genius, el protagonista de mi *Baile de mariposas*, la única persona dotada de vista en un mundo de ciegos. Ahora podré escribir su contraparte: el único ciego en un mundo que todos los demás ven. Intento pensar en determinados rostros, esforzándome mucho: todo va bien, y si los voy olvidando con el tiempo

no pasará nada. Todo será mera transición, diferencias graduales, por las cuales pasaré tal como ha venido sucediendo paulatinamente desde que tenía visión normal. ¿Qué es esto? ¿Son náuseas o es algo del corazón? Sería algo nuevo... Me viene de golpe el recuerdo de una cara, una cara que tengo olvidada desde hace muchísimo tiempo pero en la que pienso a menudo; estoy convencido de que un día volveré a verla y la reconoceré inmediatamente. ¿Aparecerá de repente o de a poco? Me siento atravesado por un dolor tan punzante, que instintivamente alargó la mano hacia el timbre.

Al mediodía, mi mujer viene a contarme que ha hablado con Oslo por teléfono. Mi hermana, que vive allá desde hace veinticinco años, ha leído sobre mi mal en algún periódico; telefoneó inmediatamente a la clínica; Aranka la ha tranquilizado pero volverá a llamar. Siento no haber podido hablar con ella; dudo que vuelva a llamar.

Cosas raras han pasado siempre entre Gizi y yo. Siempre he sabido de ella, y ella de mí, aunque no nos carteamos nunca. Sé que se ha vuelto completamente noruega; tiene dos hijas crecidas y hermosas, las he visto en fotografías, dos señoritas nórdicas, altas y esbeltas. Acude a mi espíritu una fantasía que he tenido a veces. Un día me pongo en camino, solo, rumbo a Escandinavia. En mis andanzas llego una tarde de invierno a Oslo. No visito a nadie, no veo a nadie. Me paseo por un parque cubierto de nieve, meditabundo. No es necesario que me dirija a nadie para pedirle orientación: conozco bien la ciudad, gracias a la biografía de Ibsen y a las novelas de Knut Hamsun; me voy orientando con mis recuerdos de juventud, cuando amaba tanto el Norte lejano y ansiaba visitarlo algún día. Allí está el estanque del parque, ahora helado; pero en verano surcan sus aguas blancos cisnes de Saint-Saëns. Una muchacha va hacia la ciudad, de su brazo cuelga un par de patines; su cara acusa el aire helado.

«Señorita, no se asuste, ¿sabe alemán? Soy un extranjero de lejanas tierras; ¿me haría el favor?». Ella se vuelve asustada al oír que le hablo; ¡qué rasgos más familiares aunque nos veamos por primera vez en su vida! Huiría corriendo si no fuera por mi serena sonrisa. Un cuarto de hora más tarde estamos los dos tomando el té en un tranquilo *stugan*. Le cuento historias divertidas, cosas de mi infancia, algún que otro recuerdo grotesco; ella se ríe con toda su alma, pero de pronto dice con ojos desencajados:

—¡Dios santo, cómo ha pasado el tiempo, mi madre me castigará!

—No te castigarán, te lo garantizo. Tu madre es sin duda una señora muy sensata, tal vez demasiado filosófica en su modo de pensar pero...

—¡Es verdad! ¿Cómo lo sabe usted?

—Pues, porque me lo imaginé; perdón.

—No se disculpe; es extraño, pero a su lado me siento como en casa, aun siendo usted un desconocido. Sin embargo debo despedirme.

—Adiós pues, deliciosa dama. Y dale un beso de mi parte a tu madre y a tu hermana Astrid.

—¿Cómo sabe de Astrid? Yo no he hablado de ella, ni siquiera he dicho su nombre, ¿qué significa esto?

—Significa que ahora nos despedimos, Nini, para siempre. Tú, la muchacha que viene de patinar, y yo el viajero que viene de tierras lejanas, no volveremos a vernos nunca más... pero antes velaré por tu regreso a casa. Soy tu tío Frik.

Por la tarde, cuando ya han corrido la pesada cortina en la ventana, empiezan los escalofríos. Por

fin comprendo lo que pasa. Sé que incluso los que me rodean se han dado cuenta de mi malhumor, y acabo de descubrir la causa del mismo. ¿Cómo explicarlo? Algo ha huido de mi interior, algo que nunca me ha faltado desde que tengo uso de razón. Hasta ahora no era capaz de darle un nombre pero, retrospectivamente, sé que se trataba de patetismo. No hay otra expresión que lo defina mejor.

Compréndelo, pues, yoíto mío, tú que vives en mí, que lo niegas o te burlas de él, aunque bien que lo reconoces, precisamente porque es algo tan opuesto a ti. Sabes bien que suelo expresarme de manera ligera y jocosa cuando hablo con los demás pero, cuando converso conmigo mismo, lo hago con palabras más sinceras y emocionales. ¡Sí, sí, melodramáticas!, lo reconozco. Como si estuviera en un grandioso escenario. Es ridículo, pero no por eso deja de ser cierto que toda mi suficiencia al hablar, todo mi cinismo y buen humor son la contrapartida de ese patetismo oculto, que en realidad nunca he querido reconocer y que ha llegado a avergonzarme en mis momentos lúcidos. Pero sin ese patetismo yo ya hubiera dejado de existir, sin duda. Ese escenario con el telón siempre bajo, a través de cuya hendidura acecho al público de la sala que espera entre bostezos el comienzo de la obra, ese es mi teatro. Y esta tarde, o quizás antes, sentí hundirse debajo de mis pies ese escenario.

En vano busqué refugio en las hermosas palabras. Sin embargo, seguía esperando que el escenario se llenara de luces y colores y música dramática, para compensar la vida que se me escapaba. Por último, después de las luchas y sufrimientos de todos estos años, el telón acabaría por levantarse y el público vería, por primera y última vez, al actor que se preparó toda la vida para su papel con vistas a esa escena única y suprema, después de la cual desaparecería para siempre, dejando tras de sí el humo del recuerdo. Sí, lo confieso: añoraba un poco de música gitana acompañando mi carroza funeraria al cementerio, añoraba las bellas y altisonantes palabras que amigos y desconocidos dirían de mí después.

¡Qué vergüenza! Qué cursilería más hueca, nauseabunda e indigna. Todo eso atravesó mi mente. Pensé de nuevo en mi fantasía de Oslo, pero la sentí tan lejana e indiferente como si a un soldado gravemente herido se le leyera en voz alta *Las penas del joven Werther*. ¿Por qué estoy tan abatido? Porque la música de la realidad ha callado y la fría melodía que se ha apagado dejó en mis espaldas el penoso fardo de la vanidad. ¿Por qué no fui feliz? ¿Por qué me he dejado vencer por ese pequeño bulto odiado y maldito? ¿Por qué hace tanto frío? ¿No hay calefacción en esta clínica?

Parece que en aquellas horas lo pasé efectivamente muy mal. Observación y fantasía se confundían convulsivamente entre las sábanas. De pronto recordé una hoja de papel que había puesto en un sobre y escondido en la funda de la almohada: contenía mi testamento. Lo recorrí mentalmente y decidí cambiar ciertas disposiciones, pero después de buscarlo durante media hora comencé a entender que no había ni una brizna de realidad en todo eso. Lo había soñado: la carta, el sobre y el escondite. Y, sin embargo, podía recitar con exactitud cada una de las palabras de aquel testamento.

Con Olivecrona me ocurrió exactamente lo mismo. Estuvo efectivamente en mi habitación una vez; cambiamos unas cuantas palabras de compromiso; no dijo nada esencial. Pero un minuto más tarde reapareció completamente transfigurado: tenía la nariz alargada y gesticulaba como un forajido. «¡Abran la ventana!», gritaba. «¡No resisto esta atmósfera, el aire está cargado de grasa!». Y corría de un lado al otro por un jardín bañado por el crepúsculo del atardecer. Tenía una cabellera roja como la sangre y gesticulaba, llevaba una capa que el viento adhería a

su flaca figura y su feroz carcajada no permitía saber si era él quien acababa de soltar aquella risa o era el viento. Incluso una semana más tarde seguía creyendo que esta escena había tenido lugar.

Sólo muy entrada la noche pude tranquilizarme y tranquilizar a mi mujer. Le dije que se fuera, que quería dormir. Pero en cuanto ella partió me levanté de la cama, abrí la cortina, volví a la cama y desde allí traté de distinguir algo en la negrura. Al rato veía bailar las ramas de los árboles por efecto del viento. Mis labios se plegaron una vez más en un rictus sardónico. ¡Miren ustedes esta comedia, esta vergonzosa comedia! ¿O nadie quiere darse por enterado? Algo, o mejor dicho, alguien aunque no sepamos quién, está probándose disfraces y representando papeles, para ocultarse a sí mismo su banalidad. ¿No ven cómo se pavonea? ¿No lo ven representando majestuosos robles y nobles manzanos que bajan púdicamente sus ramas hacia el suelo? ¡No son árboles, es él, soy yo, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza y qué asco!

Intenté tomarme el pulso, sentía que mis venas se retorcían e hinchaban convulsivamente. Pero al instante lo olvidé; estaba haciendo un enorme esfuerzo para abrir los ojos. Por fin descubrí en el cielo un punto blanco. No era otra cosa que una estrella; las nubes y el viento se habían disipado.

Una estrella blanca en la lejanía, lo que me faltaba. ¿Sería él, en el escenario? ¿Aquel que existía antes de que yo existiera y que seguiría allí después de mi muerte? No, no era eso. Ya a mis cinco años me resultaba más atractivo escuchar las fábulas de Kepler y Newton que los cuentos de hadas y angelitos. Siempre me parecieron más misteriosos y magníficos los años luz y las nebulosas en espiral que los cuadros de santos y las imágenes piadosas. Hace cien mil años luz, esa estrella estuvo allí donde la estoy viendo ahora, y sin embargo ¡qué brillante es! Torbellino de electrones y protones en movimiento, que nunca han visto ni verán ojos humanos, y sin embargo existe con mayor certidumbre que nosotros mismos, inverosímil, antinatural, condicional y provisional. ¿Es tan serena y blanca debido a su certidumbre? No, no es eso, porque ahora la veo centellear y cambiar de color...

De repente recordé lo que había leído una vez: que las estrellas se encogen y se expanden. Hace poco fue descubierto su secreto: hay astros que cambian de volumen cada tres años, y otros cada tres horas. Encogen y expanden su espantoso cuerpo, rítmicamente. Titilan. Palpitan. Como un corazón humano.

La puerta se abre, oigo el interruptor de luz, entra una enfermera nocturna, desconocida para mí. Ni siquiera le pregunto por qué me da doble dosis de somnífero.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las nueve y cuarto.

Recoge de la mesa algo que ha traído consigo, ahueca un poco mi almohada, coloca aquel objeto debajo y, con un gesto, me invita a reposar mi cabeza otra vez.

—¿Qué puso ahí?

—Un almohadón de gomaespuma, para que la cabeza descanse mejor. Debe dormir todo lo posible; a las siete y media de la mañana vendrán a buscarlo para llevarlo al quirófano.

EL PABELLÓN NÚMERO 13

Parece que, después de tan terminante información, me dormí enseguida, pues no conservo un solo recuerdo de aquella noche; no me sobresalté ni una sola vez durante el sueño y dormí diez horas sin interrupción. Otra vez es de día. Me despierto en el momento en que mi cama se mueve, conmigo dentro, hacia el pasillo. No estoy nervioso, tal vez demasiado lúcido; no siento en mí ni rastro de emociones. Todo es auténticamente matinal, casi irónicamente frío, como desilusionado de los misterios de la noche.

Ya conocía por fuera la sala de operaciones a la que llego rodando: la vi estos días cuando le pasaba por delante. Sobre la puerta se destaca un 13 tan gigantesco que hasta un ciego como yo puede verlo. Estoy acostado de espaldas, mirando al techo, esperando en medio de una sala exageradamente limpia. Varias personas van y vienen a mi alrededor, oigo murmullos; me parece cómico que hablen susurrando, ¿por qué tienen esa consideración tan especial? No creo que me hayan traído aquí para tratarme con guantes de seda, precisamente.

Veo una silueta en delantal blanco que se acerca pero no siento ninguna curiosidad por reconocer caras esta mañana. Mi cama rueda otra vez por la sala. Cuatro manos me toman por los hombros y los pies y me trasladan a una mesa muy estrecha, semejante a esa tabla de madera que usan las planchadoras. Inmediatamente me dan vuelta y quedo acostado boca abajo; mi cabeza cuelga dentro de una pequeña cavidad oval que me permite respirar. Intento colocar bien los pómulos, pues imagino que permaneceré en esta posición durante horas. Miro hacia ambos lados, sólo veo un ángulo de la sábana; más allá no distingo nada.

Muy cerca de mi cabeza oigo murmullos de nuevo, pero esta vez en voz decidida. Luego, de repente, se callan. Siento las cosquillas que me produce el contacto de algo metálico en la nuca; luego escucho el sonido característico de una afeitadora. Me están rapando a cero, desde la nuca a la frente. El aparato corre por el cráneo en anchas bandas. Luego siento que lo untan con brocha y espuma y la navaja pasa con rapidez y elegancia.

Minutos de silencio; yo acecho; oigo pasos. Ahora siento un discreto pinchazo en la nuca; sin duda, una inyección. ¿El profesor ya estará presente? Es probable; a mis costados alcanzo a ver delantales blancos. Me han apoyado ahora un objeto contundente contra el cráneo; creo que... ¡Diablos! Un silbido se hace cada vez más rápido, agudo y estridente contra mi sesera. ¿Será el trepanador eléctrico? ¿Por eso susurraban así? Mi cabeza vibra como si tuviera adentro un motor de doscientos caballos de fuerza. Un ruido de mil demonios. ¿Cómo se puede resistir esto? Pero no me dan tiempo para determinar si duele, porque de golpe el ruido amaina. Se ve que el trépano ha penetrado del todo, su punta está girando en el vacío. Siento una especie de silenciosa catarata interior en el punto trepanado; es la sangre corriendo hacia adentro.

El silencio dura apenas un minuto. A pocos centímetros de mi cráneo, el trépano se pone otra vez en marcha. Asisto a la segunda trepanación con mayor calma, sin sorpresa. De nuevo siento la sangre fluir hacia adentro. Luego, parece como si manipularan unos tubos. ¿Qué pasa, no hay más trepanación? Las dos batas blancas a mis costados han desaparecido. De repente, la mesa se

pone en marcha. Pasamos a través de puertas abiertas y pasillos. Dos ascensores, uno para abajo, otro para arriba. ¿Adónde me llevan? Veo pasar una alfombra a mis pies; luego una puerta de hierro que se cierra. Estoy en una sala muy grande; me doy cuenta por la frescura del aire.

Murmullos, pasos. Alguien me vuelca de costado. Están fijando mi cabeza. Del techo bajan unas placas. Fulgor de luz, ruido; luego oscuridad; luego luz y ruido otra vez. Me colocan boca arriba y vuelven a fijar mi cabeza. ¡Pero claro: estoy en la sala de rayos X! Todo aquí cuelga del techo, con sencillez, limpieza y elegancia; abajo no hay instrumental alguno. Estoy en el gabinete del doctor Lyskolm, el de la sonrisa y la voz suave; ya he estado aquí otra vez. Preparan radiografías. Por eso me han trepanado: para extraer el líquido de los ventrículos del cerebro. Y lo han llenado de aire; eso eran los tubos. En una palabra: la trepanación «verdadera» aún no ha comenzado.

Me inclinan de un lado a otro: me sacan placas durante muchísimo tiempo. ¿Cuánto va a durar esta comedia? A veces percibo figuras que pasan flotando a mi lado, pero a Lyskolm no lo veo. Finalmente me transportan otra vez a la sala de operaciones; pasillo, ascensor, pasillo, ascensor, pasillo... Hemos llegado otra vez; oigo cómo cierran la puerta y empujan mi cama hasta debajo de una gran lámpara. Pasan unos minutos. Sin duda consultan las radiografías. Ahora se acercan. Yo sigo acostado boca abajo, con la cara en el agujero oval. Sujetan mi cabeza contra la mesa con cintas de lona, quedo en inmovilidad total, como en un cepo. Miro hacia el piso y veo un balde debajo de mi cara; todavía está vacío. Ahora sujetan mis brazos y piernas con correas. Intento moverlos aunque sea un milímetro pero no lo consigo. Va a ser difícil el rato que me espera. Me concentro en mi respiración.

Siento un roce suave contra la piel de la espalda. Sé lo que significa porque lo he visto hacer otras veces; las asistentes del cirujano aíslan con paños la zona a operar. No oigo correr el agua, pero el profesor ya debe de estar lavándose las manos. Tal vez esté conversando con los demás médicos. A lo mejor encendió un cigarrillo, que ahora coloca con precaución en el borde del cenicero. Cuando lo termine estirará las manos y le pondrán los guantes de goma, el barbijo y la vincha que sostiene sobre su frente la linterna quirúrgica.

Reina gran silencio. Ahora siento un cosquilleo; la piel de mi cráneo no es muy sensible. No me duele: tan sólo percibo algo cuando el escalpelo traza una circunferencia, dos veces, muy cuidadosamente, y luego sigue hacia abajo, realizando un corte longitudinal en la nuca. Sigo sin sentir dolor. Oigo el tintineo metálico de escalpelo y pinzas contra una bandeja. Trato de mirar de reojo hacia un costado. Alcanzo a ver un trozo de la bata blanca que está a mi izquierda. No está inmaculada sino rociada de puntitos oscuros. Naturalmente: las arterias no sueltan la sangre en chorro continuo, sino a la manera de un extintor de incendios.

Ahora siento una serie de toques blandos; sin duda mi cráneo está al aire libre; me pregunto si ya habrán retirado la aponeurosis. Oigo el sonido del trépano otra vez. Digo en voz alta: «¿Es el adiós, querido Frik?». No me sorprende que nadie me haga caso. El silbido del trépano es más infernal que nunca. Intento endurecer el cuello; tengo la sensación de que yo mismo debo ayudar; de otro modo mi cráneo se partirá en dos. El sonido me produce una sordera absoluta. Ahora parece moderarse; sin duda están ampliando los bordes del orificio. Por fin, el trueno insoportable cesa.

Ya era hora. ¿No le parece, profesor, que ya era suficiente? Tengo ganas de bromear, de ser irónico, burlón. Estoy perfectamente en mis cabales. Me llena un arrogante desprecio hacia mí mismo. De pronto siento un tirón vigoroso, salvaje. Parece que han aplicado las pinzas en el sector trepanado. Siento la presión, la torsión... y algo que se rompe con ruido sordo. Un instante más tarde, lo mismo. Presión, torsión, rotura. Una y otra vez. El recorrido hace pensar en el

movimiento con que se abre una lata de conservas; las roturas, en cambio, suenan como el golpe de dos bloques de madera. Me doy cuenta de que el cirujano está rompiendo el hueso en dirección al sector posterior. Me entusiasma la brutalidad del procedimiento. Me entrego con un placer bárbaro, quisiera colaborar. La furia de la destrucción se ha apoderado de mí también. En mi interior voy animando al profesor: «¡Rompa, dele más duro, que salte todo en pedazos!». Estoy sin aliento. Lo veo todo rojo. Si ahora tuviera en mi mano un hacha o un martillo destruiría todo con insensato gozo.

En ese preciso momento, a través de la rabia, me llega al oído una voz tenue pero atenta, intensamente humana. Me habla con tanta amabilidad y ternura que parece una caricia, como la mano que serena a un loco.

—¿Cómo se siente ahora?

¿Es la voz de Olivecrona? Sólo puede ser él, aunque no reconozco su voz. Nunca antes ha sido (ni lo será después) tan suave y cauta y compasiva. ¿Será así? ¿O sólo se debe al barbijo que pone en sordina sus palabras? Me siento profundamente avergonzado, y, al mismo tiempo, me electrifica un dolor agudo en la cabeza, mientras oigo maravillado mi voz, que dice amablemente:

—*Danke, Herr Professor...* Todo va bien.

O no tan bien. La atmósfera ha cambiado de golpe. Después de abrir el cráneo se ha producido un silencio. No se trata de un silencio tranquilizador. Me siento invadido por una gran debilidad, y, al mismo tiempo, un recuerdo fulminante como un relámpago me llena de pavor. ¡Dios santo, no debo perder la conciencia! ¿Qué le había dicho Olivecrona a mi mujer, hablando de otro enfermo? «En estas intervenciones no se adormece al paciente, pues el riesgo disminuye en un veinticinco por ciento si no está inconsciente». Sí, debemos colaborar los dos; yo debo tener tanto cuidado como él; todo depende de milésimas de milímetro. En el instante en que pierda la conciencia, perderé también la vida. Debo aferrarme a mi voluntad, producir atención, alimentar mis pensamientos mecánica pero inteligentemente.

Veamos: estoy despierto, sé dónde me hallo, me están operando. Sin duda, ahora están abriendo las meninges: incisión, pinza... Un poco inesperadamente se me aparecen imágenes de la cirugía cerebral de Cushing que vi en aquella sesión de Los Amateurs, la limpieza y prolijidad con que trabajaba. La escena que aparece en mi mente a continuación es la suntuosa cocina de un hotel elegante, donde un chef limpia sesos para preparar exquisitas croquetas. No, eso es una tontería; hay que pensar rápidamente en otra cosa. ¿Qué? Si ahora lograra develar dónde dejé mi lapicera, si fue en el cajón de la mesita de noche de mi habitación, entonces sabría que conservo plena conciencia. No, no, tampoco eso sirve; más vale esto otro: un poema. Sí, con un poema podré medir incluso el tiempo. Ahí vamos: «Por la sala del castillo pasea un caballero...».

—¿Y ahora, cómo se siente?

—Vamos bien; gracias, profesor.

¡Madre mía!, esa no fue mi voz. Contestó la pregunta una voz alta y gruesa, desde un punto lejanísimo. No contestaré más; ¿para qué asustarme a mí mismo inútilmente? Además, ya debemos de estar bastante avanzados en la operación... ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Mis manos y mis pies están completamente dormidos: ¿por qué no me aflojan un poco las correas, aunque sea un milímetro? ¿O creen que me pondré a bailar y volcaré la mesa del instrumental? ¡Qué tontería; se ve que no me conocen! Yo no bailo nunca, nunca...

Están sacando líquido otra vez. Aspiran algo. ¿Hasta cuándo durará este husmear, señores? Podrían decirme algo. A fin de cuentas aún estoy aquí, si me permiten la observación. Y si no me equivoco, me necesitan en este asunto, necesitan mi aprobación. Sí, mi aprobación: la de este que

está aquí. Aprobación y apoyo. Díganme, señores, si alguna vez hemos estado o volveremos a estar tan cerca unos de otros. Sé perfectamente que ya han llegado al cerebro, después de haberlo ahuecado para poder maniobrar mejor. Háblenme, señores, dialoguen conmigo...

Mi cerebro. Probablemente estará latiendo. ¿Me duele? No, no duele; no duele en absoluto. Un instrumento cae con un agudo tintineo sobre la bandeja metálica; eso sí que duele. Me duele también un pensamiento que atraviesa mi mente y que soy incapaz de retener al vuelo. Quiere ponerse en primer plano pero yo lo reprimo, porque me hará daño. No, mi cerebro no me hace daño. Ojalá doliera. Esto es mucho más terrible que si doliera. Lo que es más impresionante y aterrador que cualquier dolor es lo inverosímil de toda la situación: un hombre tendido en una mesa de operaciones, con el cráneo abierto, el cerebro al aire libre. Es imposible que pueda continuar viviendo, imposible e ilícito. Es de mala educación vivir, y peor aún que esté despierto y siga pensando. Eso no se hace, no es normal, no es natural, como no era natural tampoco... Cinco mil metros de altura... Un objeto pesado, pesadísimo... No cae; no como debería caer, no... ¿Cómo dijo el patito cuando vio venir el cuchillo? «Esto acabará mal, sin duda...». ¡Señores, no cuchicheen más! Podría oír absolutamente todo lo que dicen, si no me repugnara escuchar. El murmullo se hace cada vez más frenético y desvergonzado. ¡No cuchicheen; no es digno! Yo no tengo la culpa. Estoy avergonzado. Vamos, cubran por fin mi cerebro desnudo.

Creo que todo esto sucedió en el momento de la operación en que Olivecrona pidió que le retiraran la vincha con la linterna que llevaba en la frente y hundió otra lamparita especial, una microlámpara, en el agujero, en el cerebelo derecho, bajo la segunda placa de la piamadre, y encontró la hinchazón. Eran las once. Llevábamos tres horas en quirófano para entonces.

EL DIARIO HABLA DE MÍ

Budapest, lunes 4 de mayo de 1936. El humor general es un poco más cascarrabias que de costumbre. Es el desencanto habitual de los lunes: hay muchos cafés en esta ciudad y muchos periódicos, y todo el mundo echa de menos el suyo hoy, pues no se publican diarios la mañana del lunes. Hay que esperar hasta pasado el mediodía o contentarse con la radio. Parece que, en París, León Blum está dispuesto a formar gobierno y Mussolini promete tomar Addis Abeba en cuestión de horas. «¡Esta semana comienza bien!», decía el gitano cuando lo llevaban a la horca.

Mi hijo Cini continúa disfrutando de las delicias de la vida de soltero: a las doce, cuando salga del colegio, irá a probarse un traje nuevo, en compañía de mi amigo B. Por la mañana, en la primera clase, la de educación física, el profesor le preguntó si sabía algo de mí; los demás profesores hacen lo mismo. Uno de ellos le comunica que me operarán hoy. «¡Ah, sí! Mamá me escribió algo por el estilo. Hoy es el gran día».

En casa, Rozsi va de un lado a otro con energía; deja abiertas las ventanas después de terminada la limpieza porque hace buen tiempo. Su hijo ha vuelto temprano de la escuela; entra corriendo, sale corriendo, todo el piso es para él. Pero Rozsi irrumpe de la cocina y le arranca la trompeta que estaba soplando: «¿No sabes que en este mismo momento están operando al señor? ¡Toma, aquí tienes la Biblia; ponte a rezar!». El niño murmura que, estando yo tan lejos, poco podría molestarme el sonido de su trompeta, pero Rozsi es inflexible.

Su marido, mientras tanto, camina por el bulevar; ha oído de una posibilidad de empleo. Al atravesar la Plaza Kalman Tisza oye pronunciar mi nombre. Vuelve la cabeza; dos señores están conversando en la puerta del Teatro Municipal.

—Sí, hoy o mañana. Es cosa seria.

—Sería una lástima. Era una bellísima persona.

—¿Lo conociste?

—Sólo hablé con él una vez, superficialmente. Pero me pareció un caballero inolvidable.

En cuanto a mi otro hijo, Gabor, mírenlo bajar de la montaña hasta el lago Balaton. Tiene una herida en la mano y va a ver al médico del balneario. El médico le pregunta por mí. «Estaba muy mal cuando lo vi por última vez. Creo que lo operan en estos días, en Estocolmo o no sé dónde», contesta Gabor. «Por supuesto, en Estocolmo. Hoy es el día», dice el médico.

En un barrio, de Buda, la viuda Sch, amable y educada señora, se sienta a la mesa en su modesta habitación de alquiler y mira fijamente al aire, con una pluma en la mano. Ya van cuatro larguísimas cartas que me escribe, pero me enviará una sola, que únicamente contendrá unos pétalos de rosa dentro del sobre. «¡Dios mío, ayúdalo! Renunciaré a volver a verlo si lo curas», escribe.

En el restaurante Gundel ponen las mesas en el jardín por primera vez en el año. Se ha inaugurado la temporada de piscina en el Parque Municipal. Aún hay poca gente pero ya llegarán. El rechoncho y simpático encargado pregunta por mí a un cliente que conoce: «El año pasado venía sin falta todos los días a darse un chapuzón. Y ese demonio de Cini no hacía más

que sumergirse y hacer cosquillas en los pies a las señoras, ¡digno hijo de su padre!».

Allá arriba, en el hermoso y tranquilo sanatorio de monte Svab, el director médico recibe a un paciente ilustre y le comunica que, efectivamente, su ilustre establecimiento me tuvo de huésped antes de que partiera a Estocolmo. «Cuarto número 16, en el primer piso. Sí, todos sospechamos desde el principio que se trataba de algo grave».

Entretanto Adolf, el simpático telefonista de mi periódico, ya contesta mecánicamente las frecuentes llamadas: «Sí, lo están operando ahora mismo; en la edición de la tarde publicaremos un relato completo, haya terminado o no la operación. ¿Que cómo es posible? Pues, muy sencillo. Hemos telefonado a Estocolmo a las nueve y media, esta mañana, y acabamos de pedir comunicación otra vez. Dicen que hasta ahora todo va bien. No hay de qué, estamos para servir».

Sí, en efecto: hablan de mí en muchas partes.

Por encima de los montes escandinavos, de los pinos verdes y los lagos azules, a través del aire, paralelo a los rieles del ferrocarril, por los hilos del teléfono, sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha, como el perro cuando le lanzan un hueso, como una flecha, corren las palabras por los paisajes que cambian de verde rabioso a gris rojizo, atravesando fronteras y nubes, de Malmö a Hamburgo, de Nüremberg a Berlín, de Viena a los valles del Danubio y la llanura húngara, donde ya están verdes los campos y brotan las hojas en los árboles frutales, hasta llegar a la Central Telefónica de Budapest e iniciar el camino inverso. «¿Vienes de lejos, Hermano Hilo?», pregunta en voz baja el poste telegráfico de Estocolmo. «¿Qué hay de nuevo allá en el sur? ¿Es verdad que ya florecen los cerezos? En nuestra tierra no empezarán a hacerlo hasta el mes que viene».

A las once y media, mi mujer corre excitadísima por los pasillos para atender la llamada desde Budapest. El taquígrafo repite y escribe la conversación y va pasándosela por trozos al redactor jefe de mi periódico; de allí pasa a la imprenta; a las doce se cierra la edición. Aranka, muy acertadamente, comunica los hechos sin ningún comentario de carácter subjetivo, única manera digna de una profesional como ella para referirse a un profesional como yo:

«La operación comenzó a las ocho de la mañana, y difícilmente podrá terminar antes de la una. El profesor es un hombre admirable. Una persona que pertenece al mismo grupo sanguíneo que mi marido está esperando, ante cualquier eventualidad, en una habitación vecina. En estos momentos ya han trepanado. Está plenamente consciente, sí; el profesor está en contacto continuo con él. Oh, ¡Dios mío! Desde la sala de operaciones han mandado llamar al donador de sangre, ¡tengo que cortar!».

Todos los integrantes de la redacción rodean al taquígrafo. Después de la última frase se produce un pesado silencio. El grupo se disgrega lentamente; ninguno está de mucho ánimo para encarar su trabajo. M sabe que debe incluir en la edición de la tarde el discurso de Mussolini. P se sienta en su silla en la sección deportiva, incapaz de concentrarse: hace sólo dos semanas estuvo en casa, relatándome con muchos detalles su paso por Estocolmo cuando era campeón húngaro de esgrima. El pequeño R debe encargarse de la caricatura del día y piensa con tristeza que sería su ocasión de tomarse revancha por el malicioso retrato que hice de él el año pasado. El redactor jefe K parpadea con sincero abatimiento y se sorprende in fraganti concibiendo la primera frase de mi necrológica: «El diminuto acróbata llegó a la cima del trapecio y...». Será preciso tenerla escrita, por cualquier eventualidad. Mientras tanto, en la sala de espera de la recepción del diario, ocupa una silla una dama desconocida, vestida de negro. No llora, no dice nada a nadie; todos la miran extrañados y le preguntan con quién quiere hablar, pero ella no

contesta.

A la una y media, la edición del mediodía ya está en la calle. Los transeúntes detienen su marcha para comprar el diario y abrirlo presurosos. «Aún no ha acabado la operación; en la edición de la tarde darán el resultado. ¿Qué otra cosa hay?».

En el Corso, a orillas del Danubio, grita un paseante: «¡Dame un ejemplar, muchacho! Esto sí que es tener un moderno servicio de información. ¿Qué te parece? El pobrecito está aún tendido en la mesa de operaciones y nosotros leyendo lo que le pasa. ¿Qué significa *piamadre*, me puedes decir?».

En el tranvía, alguien mueve indignado la cabeza. «Es formidable lo que estoy leyendo. Ustedes me perdonarán pero ¿cómo puede una mujer hablar tan tranquila de la operación de su marido, mientras él aún...? Verdaderamente, ¿no les parece una vergüenza?».

Una guía de turistas invita a bajar del autocar a los pasajeros: «Damas y caballeros, aquella colina se llama Monte Svab, es el punto más elevado de la ciudad. Hay quienes consideran que el panorama desde allí es más hermoso que el de la Torre Eiffel o el del Campanile. ¿La señora es sueca? Qué admirablemente habla el húngaro. Actualmente tenemos en su país a un buen amigo y conocido escritor; le están practicando una gravísima intervención quirúrgica. ¿Cómo se llama ese cirujano tan famoso de ustedes?».

En las vitrinas de varios negocios de la plaza Vorosnarti, en el corazón de la ciudad, han puesto mi retrato. Mi amigo Sz se detiene frente a uno y piensa: «Qué notable sonrisa, qué expresión tan humilde, como si quisiera pedir perdón. Sin duda le sacaron esa foto cuando ya tenía el tumor en la cabeza».

Las figuras elegantes de Miklós y Zoltan pasean lentamente por la avenida Horthy. Ambos piensan lo mismo: ¿qué le diremos cuando volvamos a verlo? Querrían estar en este momento a mi lado para consolarme, para que no me asuste tanto: «No te pasará nada... Hablemos de otra cosa. Estaba verdaderamente bien lo que escribiste el otro día». (Ni Miklós ni Zoltan están con vida ya: ambos murieron durante mi convalecencia post-operatoria).

Mi secretario, Dénes, no puede ir por la calle sin que lo detengan a cada paso personas que le preguntan por mí. ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué se sabe? ¿Cuáles son las últimas noticias? Alguien le pregunta si he dejado algún manuscrito póstumo.

Hacia la una, los parroquianos habituales empiezan a reunirse en mi café preferido. Algunos hasta se sientan en la mesa en la que a mí me gustaba estar a solas. El camarero Tibor está de pie, a pocos pasos, con el oído siempre atento. «Nuestro pobre amigo... De ahora en adelante, ya no le diremos El Humorista; será más exacto decirle El Tumorista». Maravilloso; lástima que el chiste no sea original, parece que en Viena ya llamaban así a alguien que no era yo.

En el depósito de la calle Szvetenay, los cadáveres yacen en cajones de hojalata. El hielo sobre el cual están colocados se va derritiendo muy lentamente. Sus semblantes expresan indiferencia, la misma que exhibe el ordenanza sentado en el umbral que mastica una rodaja de tocino. Tiene el diario abierto en la página que habla de mi operación. «¿Y este tipo quién es?», pregunta a sus inertes compañeros de almuerzo.

DOS CRISANTEMOS BLANCOS

¿Cuánto tiempo más podrá durar esto? Empiezo a no prestar atención, es inútil tratar de comprender esos movimientos, ruidos, incisiones, sacudidas. Sólo registro que lo hacen todo con gran rapidez. Imagino escalpelos y bisturíes, tijeras y pinzas moviéndose con endiablada velocidad, pero es imposible esperar con paciencia a que esto acabe. De vez en cuando se hace un silencio que dura largos minutos. Es inevitable sobresaltarme en esos casos, aunque me doy perfecta cuenta de que todavía no hemos llegado al final, porque todos permanecen a mi alrededor. A lo mejor estamos en el momento culminante, como cuando en el circo la música calla, el foco de luz ilumina al artista y se corta la respiración del público.

Tal vez el profesor está vacilando, con la frente fruncida, contemplando distintas estrategias. ¿Será posible extirpar todo el tumor? ¿O tal vez esté tan profundamente expandido por debajo que no valga la pena tocarlo? Puede ser que ya haya hundido su escalpelo y esté rodeándolo por los lados. Me siento lleno de angustia. ¿A qué se debe que no oiga ni una sola palabra? Hasta hace un instante me molestaba oírlos hablar; ahora temo que hayan tocado el nervio acústico y me hayan dejado sordo. No, eso es imposible, sin duda he ofendido al profesor por no contestar y por eso no pregunta nada más.

Me esfuerzo por decir algo, pero estoy demasiado cansado. De pronto parece como si oyera, bajísima y sollozante, mi propia voz. ¿O es una alucinación? Debo prestar toda mi atención para saber por qué estoy sollozando; por lo menos yo debería comprenderlo, aunque los demás no comprendan. No puede consolarme el hecho de que el dolor brille por su ausencia. Al contrario, me parece más aterrador. Hay allí una amenaza horrible, sorda e irónica; una especie de preámbulo al desenlace fatal: ese interminable plazo durante el cual el verdugo ultima los preparativos. Es absolutamente imposible que estén trabajando en mi cerebro sin que esto me haga daño; es muy raro, o significa precisamente que...

La excitación de un minúsculo nervio sin importancia allí dentro, en ese arcón que ahora está abierto, me provocaba dolores tan insoportables que eran para volverse loco, hasta el punto de que a veces contemplaba la posibilidad de romperme la crisma con un martillo. Todo el mundo sabe lo que es un cerebro: basta hundirle algo, y todo se acaba. En cambio, en esta mesa de operaciones, desde hace no sé cuánto tiempo ya, están revolviendo mi masa encefálica con bisturíes, tijeras y pinzas, sin que yo sienta nada. Tal vez debería advertirles que ya basta. Por muy sabio que sea Olivecrona, a lo mejor se ha olvidado de mí, de tanto concentrarse en mi cerebro. Quizá debería soltar un grito, como si me estuvieran haciendo daño. Decido que gritaré tan pronto como sienta dolor; no por impaciencia o por miedo; no me importa nada sufrir un poco, hasta me causa placer, será una señal de que sigo vivo.

Sépanlo, caballeros: tengan cuidado y acaben su tarea de una vez. Aunque debo confesar que los movimientos se hacen cada vez más rápidos y hábiles. Hay que reconocerlo. Ese hábil cocinero se mueve con una velocidad que nos deja admirados, sus cortes toman forma; hace una minúscula cavidad e imperceptiblemente, con la otra mano, aparta lo que hay que apartar; una

sacudida, el globo rosado parece tener vida propia pero está perdiendo la batalla contra el bisturí... Es admirable. Es imprescindible no dormirme. Es...

A pesar de todos mis esfuerzos por recordarlo, soy incapaz de determinar si la nebulosa que vino después tuvo lugar efectivamente durante la operación o más tarde, durante un sueño provocado por la fiebre. Es muy posible que la confusión temporal haya empezado en ese momento, dando lugar a una cascada de visiones posteriores que se intercalaron solas a su antojo. La cadena de recuerdos puede haber sido alterada por el manoseo de las circunvoluciones y ganglios de mi cerebro. En ese estado de trance me volví mi propio médium, así que relataré aquí lo que creí que estaba sucediendo.

La ilusión consiste sin duda en que me estoy proyectando fuera de mí, en la sala de operaciones. Han apagado las otras luces, para tener una iluminación homogénea. Veo que Olivecrona se inclina hacia adelante, con la microlámpara en la frente: la secreción amarilla ya ha sido aspirada; las dos mitades del cerebelo están separadas, se ve muy bien dentro de la abertura las arterias que atraviesan la zona, el profesor la ha cauterizado con el bisturí eléctrico. El tumor está ahí, como un globo rosado, del tamaño de una cebolla pequeña. Su superficie es como la de un camafeo que muestra un torso femenino sosteniendo en brazos, apretado contra su cara, a un bebé. La cabeza de la madre parece cubierta con un pañuelo de encaje blancuzco; casi es una lástima que haya que destruirlo.

Primero lo va cauterizando por los lados, con mucha cautela pero sin piedad. El relieve del camafeo se destaca netamente sobre el fondo de tejido amarillento. A cada toque del bisturí eléctrico va perdiendo volumen, se deshinchaba, se desdibuja. Ahora será preciso quitarlo, con una cuchara. Un instrumento agudo, provisto en su punta de una diminuta lamparita, va y viene con gracia y soltura, hasta hundirse en la cavidad donde describe un semicírculo. En ningún momento llega a tocar el cerebro en sí. Olivecrona se muerde el labio inferior. Cuando era estudiante y había que dibujar mapas en tinta china, tenía las mismas precauciones y experimentaba íntima satisfacción al ver que el trazo no se borroneaba ni a un lado ni al otro. El trabajo que debe hacer ahora es más fácil, puesto que el tumor está ya completamente separado de la superficie del cerebelo. Parece un globo que flota en el interior de otro globo, en un líquido muy acuoso, una «amarga salsa», como dijo un gran poeta húngaro acerca de la Tierra.

Un momento; al lado del globo aparece un trozo de hierro. Dios sabe cómo y cuándo llegó hasta allí: tal vez haya penetrado en aquel choque de automóvil, todavía recuerdo la carretera de mala muerte, cuesta abajo, las violentas sacudidas... O tal vez sea un trozo de obús que fue a parar allí en secreto, puesto que oficialmente no nos hallábamos en territorio batido por el fuego enemigo, y en teoría estaba prohibido bombardear zonas civiles... ¿Qué está pasando? Todos estos magos vestidos de blanco, con sus blancos barbijos, no son más que comparsas del misterio clásico que se está representando. Olivecrona no participa de la comedia; está sentado en el centro, ante un tablero lleno de cables y clavijas. Conecta y corta las comunicaciones, nadie conoce mejor que él los finísimos hilos del nudo gordiano.

Con auriculares en la cabeza, sigue con toda tranquilidad el cacofónico combate, que cada vez es más enconado y jadeante. Sólo se concentra en las conexiones; el contenido no le interesa. Tiene razón, pero es terrible ese contenido. ¿Quiénes son los que están discutiendo? ¿Qué reclaman, disputan, suplican, uno contra otro? Para cada uno su problema es el más importante, el más urgente. Desde lejos, desde muy lejos, se conecta la central de un país extranjero. En tono amable pregunta por el director; no le interesan los funcionarios subalternos. Habla con absoluta

seguridad, como si en su lejano país reinara el máximo orden en todo. Y, sin embargo, se oyen por debajo ruidos secundarios, de los acompañantes que refunfuñan. Olivecrona conecta y corta, conecta y corta. Sin embargo, las voces no callan, provocativas y arrogantes: «¿Qué pasa? ¿No ha oído lo que dije? Exijo respuesta. Con un sí o un no alcanzará. ¿Sí o no?». También se oyen voces tranquilizadoras: «Esperen un poco, primero debemos contestar otra cosa que es muy sencilla. O, mejor dicho, se trata de... Pero deje que acabe la frase, al menos, ¿me oye? ¿Me oye?».

Las voces siguen gritando y escandalizándose cada vez más; también se oyen carcajadas. Olivecrona no se ríe ni se enfada: sólo observa las conexiones. Ve que una de ellas es demasiado delgada para soportar el griterío; la tensión es excesiva, el cable se pone candente poco a poco; luego salta una llama cegadora y arde la materia gris. ¡Cortocircuito! Olivecrona corta rápidamente la conexión; de repente reina un silencio mortal. En ese silencio, sus dedos de prestidigitador empiezan a trabajar nuevamente, palpando el cable quemado. Con un finísimo bisturí lo raspa con mucha precaución, lo separa, lo corta.

Yo intento agarrarme convulsivamente de él con mis dedos agarrotados, pero Olivecrona los rechaza suavemente. Atención, no se debe tocar. Sí, profesor, ya lo sé; pero entonces caeré en este negro precipicio... Paciencia, aún debe soportar un poco más. Sí, profesor, pero es difícil, difícilísimo... Guarde silencio, amigo, así se irá tranquilizando; es indispensable el silencio; hubiera debido guardar silencio durante todo este tiempo. ¿Qué quiere decirme con eso, profesor? ¿No me preguntaba usted mismo cómo me sentía? Olivecrona se inclina hasta mi oído. Su voz es un susurro, para que nadie más que nosotros dos pueda oír. Su voz dice: ¿Ha visto cómo manipulaba aquel cable? Bueno, pues fue debido a los gritos y a las explosiones de rabia. ¿No le parecía como si le fuera a estallar la cabeza? Sepa, querido amigo, que en tales casos el flujo sanguíneo va ensanchando las finísimas venas; en una de ellas se produjo un nudo imperceptible y eso fue la causa de todo.

Sí, comprendo, quiero decirle a Olivecrona. Pero quiero que me comprenda él también a mí. ¿Cómo es posible tolerar las injusticias, las pasiones ávidas y egoístas? Ya en mi infancia me acusaban injustamente, no querían escuchar mi defensa, cerraban la puerta con violencia aunque yo rabiaba, golpeaba y pataleaba porque no podía tolerar... Ahora comprendo que se puede y hasta se debe tolerar. Lo comprendo. En silencio, con despreocupación y desenfado. Ahora mismo lo pongo en práctica, ¿lo ve? ¿No es verdad que ya me encuentro mejor? *Danke, danke, Herr Professor...*

Sé a ciencia cierta que a partir de entonces cesó el miedo. Y, con el miedo, también la resistencia. Me resulta difícil determinar si aún conservaba la conciencia. Pero ya no sentía el menor temor al desmayo, y tampoco me inquietaba cuánto tiempo más podía durar la operación. Me dejé mecer por una benigna indiferencia, o algo más que indiferencia. Sería exagerado decir que disfrutaba de mi estado, pero era como si me hubiera adaptado, y ya no hiciera falta realizar ningún esfuerzo hacia el mundo exterior.

Mi último recuerdo es una fugaz admiración por el profesor, y un pequeño susto después. Toda mi atención estaba vuelta hacia afuera. Seguíamos en quirófano, pero ya no estaba boca abajo sino de costado, ¿y eso que veía eran dos crisantemos blancos? Sí, delante de mis narices: no eran ni algodón ni gasa; eran crisantemos. De reojo, parpadeando para poder enfocar mejor, tal como antes había logrado ver la bata blanca de los médicos salpicada de puntitos de sangre, ahora enfoqué con toda mi voluntad a esas flores. ¿Cómo habían llegado hasta ahí? ¿Qué cosa

más extraña estos sanatorios nórdicos! Bueno, calma; veamos el modo de resolver el problema. ¡Ah, ya sé! Seguramente es otro experimento para comprobar mis reacciones: quieren evaluar mi sentido del olfato; por eso han traído esos crisantemos. Pero el crisantemo no tiene olor...

En ese momento me invade un susto terrible. ¡Santo Dios, estoy tendido en mi ataúd! ¿Estoy muerto y me están velando? Pero no. Es cierto que no estoy en quirófano ya, pero tampoco estoy en una sala de velatorio. De repente comprendo que estoy en la cama de mi habitación del Serafimer Lazaretted. La luz entra por la ventana y, en la mesita de noche, los esbeltos tallos de dos crisantemos decoran la blanca habitación. No tengo fuerzas para nada. Después me enteraré de que pasé la última hora de la operación en estado inconsciente. Cuando me quitaron las correas, mis manos y pies cayeron como si fueran de trapo.

DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

Voy a sumar ahora a mis recuerdos los informes que se hicieron sobre mí en los días siguientes a la operación. No lo hago de buen grado, pero corresponde hacerlo porque a posteriori debí reconocer que mi idea del tiempo y del espacio había sufrido serias perturbaciones.

Yo no me acuerdo, pero me contaron después varias personas que al volver en mí empecé a inquietarme de manera muy desagradable. Primero quise ponerme boca arriba, a continuación quise sentarme en la cama a la fuerza (el enorme turbante de vendas que envolvía mi cráneo me parecía una almohada demasiado alta y quería que quienes cuidaban de mí me la quitaran). Esto causó un pánico general a quienes me rodeaban, y todos se abalanzaron a hacerme acostar de nuevo. Eso me disgustó mucho. Me parecía ofensivo que dudaran de mi sano juicio; quise explicarles (convencido de que hablaba normalmente) que no sólo no me haría daño sino que incluso sería ventajoso desde el punto de vista del equilibrio. Viendo que nadie parecía tomar en cuenta mis puntos de vista, pasé a reivindicar la superioridad de mi competencia en la materia. Estaba en ese momento rodeado únicamente por mujeres, entre ellas la mía, así que me embarqué en una disertación acerca de la inferioridad mental del género femenino. No escogía mis palabras con cuidado porque estaba furioso. ¿Qué podían saber ellas de estas cosas? Lo confunden todo, mezclan la teoría y la práctica; son incapaces de entender que, a pesar de lo que sepamos de teoría, en cada instante de la vida dependemos de cuán alerta esté nuestro sano juicio, adaptándose a cada instante a las coordenadas de rigor.

Mientras mi mujer intentaba acostarme a la fuerza, Syster Kerstin dijo que debía obedecer las instrucciones recibidas de la superioridad, con lo que definió su derrota en la batalla, pues yo puedo soportarlo todo menos que se me imponga a ciegas la autoridad de otro. Declaré que las mujeres se quieren dar importancia mientras ignoran hasta lo más elemental de la vida; le dije a Aranka que Syster Kerstin me parecía un ganso estúpido; si había sido hasta entonces obediente con ella no se debía a que la encontrara inteligente sino simpática y amable. No vacilé en hacer pública esta opinión en varios idiomas, para que ella pudiera enterarse también.

Aproveché el momento para formular exigencias y amenazas. Noté enseguida que el mayor pánico lo provocaban mis movimientos de cabeza. Así que, a la menor resistencia o contradicción, empezaba a mover aquella inmensa escafandra de vendas que llevaba sobre mi cuello. Podían ser las cinco, o las nueve, me daba igual; lo que exigí en ese momento (mi mujer jura solemnemente que fue así aunque a mí me resulte inverosímil) fue aguardiente, y cuando me hicieron creer que ya me lo traerían, declaré que quería jugar al tenis, cosa doblemente sorprendente porque en mi vida he practicado dicho deporte. Es posible que quisiera expresar inconscientemente mi sentimiento de gratitud al soberano de Suecia, de quien sólo sabía que, a pesar de su avanzada edad, era un gran aficionado al deporte blanco.

Después de eso, y sin duda como castigo, me dieron un somnífero, con lo que mi actitud belicosa

desapareció durante unas horas. Cuando desperté me agradó extraordinariamente que fuera de día y me puse a hacer cálculos para determinar la hora. Todo parece indicar que escogí el método impresionista de los pueblos primitivos que carecen de relojes. De ahí el caos y las enconadas discusiones con las personas que me rodeaban. Tengo por costumbre no fiarme de nadie salvo de mí mismo pero, como el calendario había dejado de interesarme desde que llegué a Estocolmo, esta confianza en mí mismo resultaba exagerada. Repito que me agradó enormemente ver que ya era de día, y no tuve ni la menor duda de que era la tarde, no la mañana. Suponía que había dormido dulcemente durante toda la noche, sin echar de menos ni la cena ni el desayuno ni el almuerzo. Seguía sin hambre y estimaba que los médicos no veían nada grave en mi ayuno, ya que me dejaban tranquilo, sin venir a molestar ni enviar a las enfermeras. Las pocas personas que entraban lo hacían en puntas de pie; nadie me preguntaba nada, y, cuando excepcionalmente se dirigían a mí, yo contestaba con monosílabos malhumorados que me dejaran en paz.

No me pareció nada extraordinario que de golpe llegara la oscuridad ya que de nuevo tenía sueño. Atribuí la pobreza de las impresiones del día a mi cansancio, y me hundí con satisfacción en la llegada de la noche. Había oído varias veces el sonido del campanario de la plaza, pero no conté las campanadas. También me pareció ver a Olivecrona, en su bata blanca, en el umbral de la puerta; lo reconocí por su estatura. No se acercó a mi cama ni me dirigió la palabra; tan sólo me hizo una señal con la cabeza, dándome ánimo.

Oscuridad y luz siguieron alternándose en forma monótona. También entraban y salían siempre de mi habitación las mismas personas, preguntando las mismas cosas, y yo balbuceaba las mismas respuestas, sin que mi estado de ánimo acusara cambios sensibles. Olivecrona apareció cinco o seis veces en el marco de la puerta, siempre de igual manera, en su bata blanca, sin acercarse a la cama ni decir palabra, haciéndome siempre la misma señal amistosa con la cabeza.

Todo esto se trataba en realidad de una variedad de ese fenómeno que la psicología llama *déjà-vu* y Bergson denomina «recuerdo de lo presente», sólo que, en vez de superponer en una sola dos impresiones distintas, en este caso descomponía una única impresión en doce imágenes repetidas. Todo sucedió más o menos así, cuando desperté y vi en la penumbra que mi mujer estaba garabateando algo junto a la ventana.

—¿Cuándo me quitarán la venda? —pregunté.

—¿Estás despierto? ¿Te duele algo?

—No, nada. ¿Cuándo me quitarán la venda?

Ella se rio y dijo:

—Es demasiado pronto para que te quiten la venda. Incluso para que te la cambien. Aunque creo que no te la cambiarán hasta que la saquen.

—¿Lo harán mañana?

—¡No! A lo sumo en ocho o diez días.

Yo ya estaba enfadándome de a poco.

—¿Me la dejarán así durante tres semanas? Creo que exageras, o que no les has comprendido bien.

—¿De dónde sacas eso de tres semanas?

—¿No acabas de decirme ocho a diez días?

—Sí.

—Pues le sumas doce y son tres semanas.

—¿Y de dónde sacas esos doce días?

—¿No hace doce días que me operaron?
Esta vez su risa me pareció rayana en la locura.
—No digas tonterías, por favor.
—¿Cuándo me operaron?
—Esta mañana.

No contesté nada; me acosté hacia el otro lado, dándole la espalda. Me invadía una tristeza infinita. ¿Qué sentido podía tener esa tortura tan refinada? ¿Era la manera de los médicos de hacerle creer al pobre enfermo que debía tener más paciencia? ¡Qué estupidez! ¿Pensaban que por tener un tumor en el cerebro iba a creerme esas sandeces?

A partir de ese momento dejo de contestar las preguntas que me hacen. Simulo descansar o dormir. Mi mujer intenta interesarme en la entrevista que nos hizo un importante diario sueco. Publicaron una fotografía de ambos. A ella le dedican varios párrafos de alabanza, como doctora y como «figura humanamente interesante». Ignoro qué dicen de mí, porque sigo empecinadamente callado. Comprendo que, de toda la historia, lo único que le interesa es lo que se refiere a ella. Lo sé desde hace tiempo: no soy más que un pobre enfermo, un idiota; ¿qué importancia tiene si me dicen o no la verdad? A las mujeres, la verdad no les ha interesado nunca; sólo les importa tener siempre razón. Por un instante se me aparece la mirada trágica de Strindberg, su furibunda melena. ¡Sí, en efecto, todo era tal como tú lo viste tan claramente, maestro de mi juventud! Sin duda, es algo más que una mera coincidencia que mi peregrinaje me haya conducido hasta aquí, hasta su tierra, para postrarme a sus pies con el cráneo abierto, tal como yo había visto abrirse para mí su propia mente en los libros de su autoría.

Hago como si durmiera, lo único que deseo es que mi mujer se vaya. Apenas sale de la habitación, me vuelvo a poner boca arriba y toco el timbre. Syster Kerstin acude a mi llamado.

—No se mueva tanto, por favor —dice al entrar.
—Cierre la puerta, Syster Kerstin, y acérquese. Dígame la verdad: ¿cuándo me operaron?
—¿La hora es lo que quiere saber? A las ocho.
—Eso ya lo sé. ¿A las ocho de qué día?
—De hoy.
—¿Ah, sí? ¿Y qué día es hoy?
—Lunes 4 de mayo.
—¿No me diga? Bien, muchas gracias. No necesito nada más.
—¿Quiere que le arregle la almohada?
—No hace falta; está bien así.
—Permítame que...

Syster Kerstin toma suavemente mi cabeza, pero yo saco rápido el brazo de debajo de la sábana y le doy una palmada en la mano. Ella cree que reaccioné así porque me hizo daño sin querer; se disculpa y sale rápidamente de la habitación.

Se han derrumbado todas mis ilusiones y mi confianza, tanto en los médicos como en mi esposa y en mí mismo. Iba llevando perfecta cuenta de los días. Que se burlen así de mi esfuerzo por registrar los hechos (aunque lo hagan por interés médico), los convierte en una banda de conspiradores baratos. Estoy en sus manos, no puedo hacer nada; si quieren, pueden alterar hasta el calendario gregoriano. Llevo doce días acostado aquí igual que yacen derrumbados en la puerta de la taberna los borrachos consuetudinarios. Me están mirando por la ventana y se están burlando de mí. Hoy es ayer y ayer será mañana.

Cuando veo aparecer a Olivecrona lo recibo con diplomacia. No le planteo mi problema directamente.

—Muchas gracias por su visita, profesor, me encuentro muy bien. Dígame, si me permite... A ver si me expreso bien. Usted conoce sin duda las teorías de Kant acerca de las diversas formas de nuestra percepción del espacio y del tiempo. Yo no las conozco muy bien, sólo quisiera preguntarle si usted, como médico, estima posible que... fíjese bien en lo que digo, a ver si me explico... si nuestra percepción del tiempo, la cosa dada, con independencia de la representación, o tal vez a posteriori...

Olivecrona me da unos golpecitos en la mano.

—Veo que está usted en plena recuperación.

Y sin decir otra palabra sale a las zancadas del cuarto.

LA MITAD DE UN PERRO NEGRO

Después de eso pasan dos días auténticos, de los que apenas guardo recuerdo. Más tarde cayeron entre mis manos ciertos apuntes de mi mujer, que anotaba de vez en cuando las sandeces que yo iba diciendo. No vale la pena citarlas; son como esas historias clínicas de los manicomios acerca de los esquizofrénicos: pseudofilosofía de lunáticos, alardes pedantes acerca de cosas sin importancia. Analizaba maníacamente hasta los más pequeños detalles, con espíritu mezquino, para ver si poseía aún todas mis facultades intactas y normalmente conectadas: ¿faltaba alguna pieza de la colección de preciosa porcelana que atesoraba con tanta veneración en mi interior? Hablaba con incesante verborragia, mientras mi inconsciente iba registrando con minuciosidad el contenido de mi cabeza rota.

He tenido ocasión de observar en personas que vuelven en sí de un desmayo que se interesan por cosas minúsculas, sin importancia, a las que adjudican importancia sobredimensionada. Del umbral entre la vida y de la muerte yo volví no con geniales intuiciones, ni impresiones grandiosas, como podían suponer los entusiastas. No, en absoluto. En los apuntes de mi mujer abundan los malos chistes y los comentarios más cavernariamente prejuiciosos: «Es preciso enviar esa carta tan importante, Kerstin puede llevarla al correo, si bien no debemos fiarnos de la lógica de las mujeres, como decía no recuerdo cuál escritor francés, tengo su nombre en la punta de la lengua».

Es curioso que aquellos dos días posteriores a la operación hayan desaparecido completamente de mi memoria; en cambio, poseo nítidos recuerdos de los tres días siguientes, aunque ya no los estaba contando, y sólo me sentía lúcido en escasos momentos. Primero se me presentó una dolencia llamada aracnoiditis: una inflamación de la membrana intermedia de las meninges, acompañada de una fiebre de cuarenta grados, de la que sólo tuve noticia más tarde, cuando estaba fuera de peligro. En la pared no había espejo; sin embargo me pareció verme reflejado en ella durante todas aquellas jornadas, como si no hubiera cambiado de posición en ningún momento: acostado sobre mi lado derecho, de espaldas a la ventana y de frente a la puerta, mirando el picaporte fijamente, la cabeza contra el borde de la cama, la almohada tirada en el piso.

No me quejo, no llamo a nadie, no pido nada a nadie. Estoy esperando, esperando algo, al acecho, con toda mi atención. Si entra alguien no me muevo, continúo en la misma posición pero mirando hacia el suelo, como si no me interesara. Cuando la persona se dispone a salir, empiezo a hablarle. En voz monótona. Digo siempre lo mismo. Es una corta declaración muy bien redactada, como un formulario oficial o una interpelación. Me acuerdo aún de cada palabra, así como del momento en que la concebí, con gran cuidado, para que me comprendieran bien.

—Escúcheme un instante, por favor. Sé que se ha producido una complicación en mi estado, pero soy mayor de edad y me asiste el derecho a saber lo que ha ocurrido. Tengo familia y debo

tomar medidas. Dígame exactamente, ¿cuántos días me quedan de vida?

Siempre me dan respuestas imprecisas pero yo insisto, repito de nuevo mi parlamento a cada nuevo visitante, antes de que se vaya de la habitación. Después de que la persona interpelada ha salido, repito en mi fuero interno su respuesta; luego vuelvo a callar. Superviso con toda serenidad la temperatura de mi cabeza, que es como un enorme e hirviente globo de plomo. La mantengo apoyada en el borde justo de la cama, para que no quemé tanto; creo que si me inclinara un poco más hacia adelante caería al suelo con estrépito. Venda y cabeza parecen una sola cosa, gigantesca. Mi cuerpo, en comparación, resulta minúsculo. Me doy cuenta de que estoy flaquísimo.

Así son mis contados minutos de vigilia. Los demás forman parte de un sueño largo, larguísimo, e ininterrumpido: tan pronto como me duermo, continúo soñando en el mismo punto en que me había despertado. La cama y la cabeza colgante y la puerta y el parlamento que repito a cada visitante son meros islotes que emergen de un mar de sordera negra y abrumadora. Un mar vacío, que carece de superficie y de olas y orillas, sólo tiene profundidad, y es ilimitada.

Me hundo en las profundidades de esa sordera, me hundo sin cesar y sin embargo permanezco siempre en el mismo punto, a idéntica distancia del objetivo y del punto de partida. Ni avanzo ni puedo retroceder. Creo que es por eso que estoy aullando, con la cabeza en alto: por la tortura que me causa esta imposibilidad. Soy un perro negro; un perro flaco, cruza entre galgo y mastín, entre perro de caza y de carrera; pero sólo tengo una mitad del cuerpo.

Voy corriendo hacia Trelleborg en medio de la noche negra. Un tren me ha cortado en dos partes, en sentido longitudinal, y la mitad que soy corre precipitadamente a lo largo de las vías, para encontrar mi otra mitad antes de que sea tarde. Sé exactamente que el tren tardó nueve horas y media desde Trelleborg hasta aquí. Un perro puede recorrer dicho trayecto en sentido inverso en quince horas. Es preciso tener en cuenta que sólo tengo dos patas para correr: una delantera y una trasera, ambas del lado izquierdo. Esto es una desventaja, naturalmente, pero queda compensada por el hecho de que sólo debo cargar la mitad de mi peso. Por suerte, al tener solo un ojo, no puedo ver mi lado derecho, esa tremenda herida cuya visión me haría desmayar y me impediría llegar a tiempo.

No aúllo, me contento con correr velozmente con la mitad de mi ser, pero el paisaje me acompaña corriendo. Es tremendo; veo el paisaje al revés de como ocurre desde la ventanilla de un tren: la noche avanza al mismo tiempo que yo; no me queda otro remedio que correr más velozmente, adelantarme a ella. A veces parece que lo lograra, entonces empiezo a aullar porque la noche, que es fría y serena, siempre me alcanza. Gracias al viaje de ida, conozco bien el camino y puedo orientarme. Voy corriendo a lo largo de las vías, tan sólo algunas veces doy un salto hacia un lado, cuando me parece oír detrás de mí un ruido que me es bien conocido: el del tren invisible. Por suerte, el ruido se extingue pronto, y yo vuelvo a correr por las vías.

Tengo mucho frío. No hay nubes en el cielo, sé que la luna ha salido detrás de mí, pero no me atrevo a mirar hacia atrás con mi media cabeza. En la soledad de los campos se esparce su luz mágica, todo el paisaje está bañado por un magnífico claro de luna: pinos, colinas, valles, cabañas y el espejo de los lagos. De buena gana descansaría un poco pero no es posible: hay que llegar a Trelleborg antes de que sea demasiado tarde, antes de que se acabe la vida. Si la luna se escondiera detrás de las nubes, sumiendo el paisaje en la más completa oscuridad, me sería imposible distinguir lo único que me guía: las vías del tren. La luz de la luna me es imprescindible. Por momentos me da escalofríos pensar que esa luz no es la luna sino el sol, y que yo la percibo tan débilmente por mi propia debilidad. Una razón más para apurarme. Se oye ulular algo a lo lejos, y el frío se hace glacial. Es la Hija del Viento, no puedo verla, ni evitar

escucharla.

De las profundidades emerge una isla: es la puerta de la habitación que se ha abierto. Yo parpadeo, mi cabeza sigue colgando al borde de la cama. Entra un médico, no es Olivecrona, pero lo conozco aunque no sepa su nombre. Se inclina sobre mí, me toma la temperatura e intercambia palabras en voz baja con otra persona. Cuando se dispone a salir, le digo mecánicamente:

—Escúcheme un instante, por favor. Sé que se ha producido una complicación en mi estado, pero soy mayor de edad y me asiste el derecho a saber lo que ha ocurrido. Tengo familia y debo tomar medidas. Dígame exactamente, ¿cuántos días me quedan de vida?

Y sigo corriendo por las vías que conducen a Trelleborg.

Hasta que aparece otra isla, que resulta ser un oasis. Esto debió ocurrir hacia el final de la inacabable pesadilla. Frente a mí, la puerta y el picaporte continúan inmóviles; no hay nadie en la habitación. Sin embargo, no me encuentro a solas. No muy lejos, alguien toca el piano. Me sorprende la novedad, ignoraba que tuviesen piano en el sanatorio; sin duda, la música es un buen bálsamo para los cráneos trepanados. Percibo los sonidos levemente; llegan amortiguados hasta mi habitación. Admirado e incrédulo, compruebo que la angustia que me oprimía ha desaparecido. Mi cabeza se siente libre y ligera, aunque estoy tan terriblemente cansado como si hubiera corrido hasta el límite de mis fuerzas.

Las delicadas notas del piano son para mí como las gotas de agua salvadora vertidas en el paladar reseco del viajero en el desierto. La música es *Para Elisa*, esa deliciosa bagatela de Beethoven, dedicada por el gigante ya anciano a una niña de diez años, como homenaje a la belleza. Imagino al genio bailando como un oso deliciosamente púdico y tosco a la luz de la luna. Estoy absorbiéndolo todo, como el recién nacido las primeras bocanadas de aire. Estoy admirado y avergonzado de tanta felicidad. ¿Qué es esto? ¿Será posible? ¿Se puede vivir, entonces? Beethoven murió pero yo viviré, ¡aún me queda tiempo de vida! Silenciosamente caen de mis mejillas a las sábanas tibias lágrimas de estupor.

Más tarde entraron en mi cuarto mi mujer y Olivecrona. Él me hizo inclinar a la fuerza para auscultarme y examinarme durante largo rato; yo no proferí ni una sola palabra mientras duró el examen; él parecía más animado que de costumbre.

—Bueno —dijo, al incorporarse—, ¿cuánto lleva así?

Mi mujer le contestó algo.

—Entonces vamos a acabar con esto —dijo enérgicamente—. Lo haré yo mismo; vuelvo enseguida.

Mi mujer quiso darme ánimos; creo que temía inquietarme. No comprendía que lo que me decía no me interesaba en absoluto. Un minuto más tarde volvió Olivecrona con una gran jeringa en la mano provista en su extremo de una larguísima aguja.

—Voy a extraerle un poco de líquido —explicó—. Inclínese cuanto pueda hacia adelante.

—Ahora asistiremos a una obra maestra —susurró mi mujer con su voz más engolada.

Sin duda quería expresar su agradecimiento por el hecho de que el maestro procediera a realizar en persona tan sencilla operación. Fue una lástima su falta de tino, aunque sin duda lo dijo con la mejor intención, pero esas palabras fueron la causa de la turbación que Olivecrona sufrió por un instante. Sin poder reprimirme, solté un grito tremendo, como el de un chacal. La aguja había penetrado exactamente en un manojito de ganglios, cosa que le ocurría al ilustre profesor por primera vez en su larga carrera. La sensación duró sólo un instante, por suerte, pues

en toda mi vida no había experimentado un dolor tan terrible. Fue la única manifestación de dolor que salió de mi boca a lo largo de toda mi enfermedad.

Cuando pasó el espanto pregunté cuánto líquido había extraído de la médula.

—Apenas media taza de té —contestó él amablemente—, tendré que sacar bastante más. Pero ahora descanse.

Después de esta pequeña intervención volví a dejarme ganar por el sueño. La mitad del perro ya había llegado a Trelleborg. Era el alba; se podían distinguir perfectamente las casas de madera, el edificio de la estación y los muelles. Arrastrándome y husmeando, descubrí las manchas de sangre que señalaban un rastro hasta la orilla del mar. Las huellas conducían claramente hacia el agua. Con grandes precauciones me adentré en ella. En un minúsculo islote yacía echada mi otra mitad, arrastrada hasta allí por las olas. Estaba casi completamente descompuesta. Me puse a lamerla, entristecido; luego la tomé entre los dientes, para arrastrarla hasta la orilla, aunque me daba perfecta cuenta de que sólo se trataba de un acto de piedad, pues ya no necesitaba mi otra mitad para nada: me sentía otra vez entero.

Despierto cuando acaba de hacerse de noche. Solicito que me ayuden a sentar. No es posible; todo lo que consigo es que me permitan acostarme con dos almohadas en la espalda, para que la cabeza tenga apoyo.

—Treinta y seis nueve —dice Kerstin, cuando retira el termómetro.

Yo me encojo de hombros, como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

—Veinticuatro horas después de la operación, no está nada mal —digo.

Todos ríen a carcajadas.

—¿Veinticuatro horas? Mañana harán exactamente ocho días.

«QUITADLE LAS ATADURAS»

Los días ya son normales y reconocibles: cada uno tiene nombre y número, duran veinticuatro horas y van enlazándose con continuidad y sin interrupción ni saltos, como antes. Frío y calor, tristeza y alegría, inquietud y fe van alternándose en el engranaje de las horas. Cada jornada tiene su tortura y su delicia peculiares. Esta mañana ha empezado divinamente: durante el desayuno, la comida volvió a tener gusto (¡ah, los gratos sabores de antaño!), incluso con variedades inéditas... Por ejemplo, un queso con comino que nunca en mi vida había probado, y hasta fui capaz de aventurarme con el lenguado a la mermelada, una de las tantas variedades del *smorgasbord*. Felicidad de la lengua y del paladar, las saludo como el recién nacido celebra el primer sorbo de leche tibia y espumosa que pasa por su garganta.

Pero, como es natural, después de la euforia viene el desengaño. Pocas horas después del desayuno estaba pensando en el suicidio, a causa de la vergüenza y de la ira que me había producido una lavativa aplicada en condiciones degradantes, y sin éxito alguno en su propósito. Era la primera lavativa de mi vida; estaba ya de por sí avergonzado, pero lo peor fue la presencia de todo el personal femenino con sus trenzas rubias y sus rostros inescrutables.

Pasado un rato me recupero del trance y, cuando veo entrar a Olivecrona, me siento invadido por una generosa gratitud. Querría decirle algo hermoso pero el profesor se muestra serio y lacónico; tiene prisa; está distraído; hasta aquel gesto de ánimo que tanto me halagaba, desde el umbral de la habitación, parece revelar hoy impaciencia y reproche:

—¿Pero quién diablos es usted en su tierra? —me pregunta desconfiado—. Desde hace días recibo una enorme cantidad de cartas de Hungría en las que me felicitan por haberle salvado la vida.

Cuando se va, miro por la ventana sonriendo. En mi memoria surgen aquellos versos de Heine y envío mentalmente ese pequeño mensaje poético a Olivecrona:

*Soy un poeta alemán
conocido en tierra alemana
Cuando se nombre a los mejores
se mencionará mi nombre.*

Por la tarde creo comprender por qué estaba tan malhumorado Olivecrona. A las seis, cuando las visitas acaban de marcharse (algunos húngaros radicados en Suecia, el literato y traductor Leffler, el simpático embajador de nuestro país, el cónsul honorario Trulson) quedo a solas con mi mujer. La veo inquieta, se levanta de su asiento, sale de la habitación, vuelve, pero no se decide a hablarme.

—¿Qué te pasa? —le pregunto tras una pausa prolongada. La veo luchando consigo misma durante unos instantes, hasta que al fin se decide:

—El Vikingo no me deja en paz.

Ese es el apodo con el que nombramos al profesor entre nosotros.

—Me ha exigido por tercera vez que me atreva a decírtelo.

Otra pausa.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Es que no entiendo el apuro. Tal vez todavía...

Hago acopio de valor y digo:

—¿Vas a decírmelo o no?

—Según parece... Quiere que te diga que te ha salvado la vida, pero...

—¿Pero?

—Pero dice que es humanamente imposible que recuperes la vista.

Es terrible el caos que se produce en mi interior después de tan inesperada y terrible noticia. Al principio no me oriento en mi propia alma. Los pensamientos se suceden como relámpagos; partes de mí quieren lanzar gritos desesperados, otras hacen señas desdenosas para evitarlo. Mi mujer me está observando; comprendo que debo decir algo que la tranquilice.

—Ya he visto suficiente en mi vida.

Eso es todo.

Aranka no sabe cómo interpretar tan pocas palabras. Esperaba que me derrumbase, o me enfureciera con todos los presentes, o al menos exigiera alternativas. Ciertas preguntas serían verdaderamente pertinentes: ¿en qué basa Olivecrona su inapelable veredicto? ¿Significa eso que quedaré sumido eternamente en esta especie de penumbra? ¿O el proceso será como indicó el oftalmólogo de Budapest: se irá acentuando día a día hasta la oscuridad completa? Tal vez la operación tuvo lugar demasiado tarde, y los coágulos de sangre son irreversibles... ¿Será posible que no exista ningún procedimiento que revierta mi ceguera?

Prefiero no preguntar nada. Mi mujer se levanta perpleja y se acerca a la ventana. No sabe cómo interpretar mi falta de reacción. ¿Debe tomarme por un héroe o por un imbécil?

Ni un héroe ni un imbécil. ¿Quieren saber la verdad? Seguramente conocen la historia de Miguel Strogoff, el correo del zar, y su viaje de Moscú a Irkutsk, en cuyo momento culminante es hecho prisionero por los tártaros y debe contemplar cómo azotan a su madre en su presencia y luego es condenado a perder la vista. El verdugo acerca a sus ojos una espada que arde incandescente. Los párpados de Strogoff arden, el olor a carne chamuscada hace que la madre se desvanezca, el hijo se arrastra tanteando hasta ella y le susurra al oído: «Madre, no se lo digas a nadie, pero puedo ver. Las lágrimas que nublaban mis ojos cuando se acercó la espada impidieron que perdiera la vista».

En mi fuero interno sucedió algo parecido; fue por eso que la aterradora noticia no tuvo el efecto temido. Me explico: desde la mañana sentía una sospecha que fui corroborando en silencio a lo largo del día. En el difuso óvalo de Syster Kerstin creí notar unos rasgos tan expresivos como decididos. También el rostro de Olivecrona me había llamado la atención; cuando no contesté a su pregunta fue porque precisamente en ese momento estaba descubriendo que el color de sus ojos era azul. Luego fue el turno de la cuchara, del contenido del plato, del bordado de las sábanas... Tuve que hacer un esfuerzo para no explotar de alegría. Pero aún no me atrevía a contradecir el dictamen médico, porque me faltaba una última prueba para convencerme del todo.

El amor propio individual siempre cree en la excepción que confirma la regla. Según la lógica de la Medicina, yo debía perder la vista, pero aquel implacable diagnóstico no tenía en

cuenta una cosa: que se trataba de mí.

A las cinco, mi mujer me dejó en compañía de la simpática Anni, pintora y esposa de uno de nuestros amigos, que se encontraba de paso por Estocolmo. Anni es un alma romántica que vive por y para la belleza; en cuanto quedamos solos procedió a describirme en detalle las maravillas de la ciudad: los canales, los maravillosos jardines, los puentes multicolores. Agregó ingenuamente que yo mismo podría contemplarlos en breve con mis propios ojos. Le dije que prefería, por el momento, poner a prueba mi memoria a ver cómo respondía, y comencé a recitarle poemas húngaros y alemanes. Durante más de una hora estuve recitando, y saboreando con falsa modestia la confiabilidad de mi memoria poética. Tan contento estaba que procedí a continuación a contarle una variedad de anécdotas de toda clase, mezclando las inocentes con algunas subidas de tono, todas igualmente celebradas por mi visita.

Dormí muy bien. Sólo permití que me dieran la mitad del somnífero habitual porque me habían prometido que al día siguiente me quitarían las vendas de la cabeza. Dicho acto tuvo lugar a las diez de la mañana. Olivecrona y Söjkvist se encargaron de la tarea. Yo disfrutaba escuchando con los ojos cerrados, en un estado de extática felicidad, el sonido de las tijeras que me liberaban del enorme turbante de gasa blanca. Experimentaba el mismo alivio que el buzo que va subiendo metro a metro hacia la superficie. Al terminar me entregaron un espejo de mano para que pudiera contemplar mi aspecto. Me dio gran satisfacción ver que no me habían cortado el pelo en el sector delantero de mi cabeza. Más temprano esa mañana me habían afeitado, así que mi cara mostraba el aspecto de mis mejores días, extraordinariamente delgada y pálida. Me causó una impresión muy cómica ver cómo mi enorme boca se extendía ahora casi hasta mis orejas, haciendo juego con mi gruesa nariz. Sonreí pudoroso, igual que una novia el día de la boda.

Solicité que se me permitiera sentarme en el borde de la cama, con las piernas colgando, pero los médicos se opusieron. Acepté de buena gana la negativa porque enseguida irrumpió en mi cuarto un periodista húngaro que estaba de paso por la capital sueca. Me contagió su buen humor desbordante; se ve que antes de venir a verme se había bebido unas copitas por el camino. Traía de Budapest toda clase de chismes y rumores. Cuando Olivecrona volvió a verme, mi visita se puso de pie como un resorte y, en un alemán que ponía los pelos de punta, le dirigió al profesor un solemne discurso «*im Namen von Ungarn*»: en nombre de Hungría. Olivecrona se puso tan incómodo que abandonó la habitación sin decir palabra. Más tarde me preguntó, con todas las precauciones del caso, a qué se debía aquel exabrupto, y yo le expliqué que había tenido ocasión de conocer el temperamento húngaro en su más pura expresión.

A las tres de la tarde me dejaron solo unos instantes y decidí que era el momento de realizar el experimento que tenía pendiente. En la mesita de noche yacía el *José* de Thomas Mann, que mi esposísima había traído para leerme cuando estuviera de humor. Lo coloqué ante mí sobre la sábana, me puse las gafas que venía usando desde hacía tres años.

Mi corazón latía con tanta fuerza como el del apostador que orejea los naipes en la partida más importante de su vida. No me costó esfuerzo decidir por dónde empezar: el ángulo de la página 273 estaba marcado con un doblez. Era la página en que había dejado la lectura seis semanas atrás, cuando ni con lupa podía ya distinguir las letras. Avancé varias páginas; aquellas que Rozsi me había leído en voz alta junto a mi lecho de enfermo en Budapest. Me detuve en la

página 276. Recordaba bien la escena: José acaba de ser encontrado en el fondo del pozo por unos mercaderes; uno de ellos manda a su hijo a que baje y lo saque de allí.

Mi esposísima acababa de entrar en la habitación. Cuando me vio con el libro en la mano le dije con voz muy tranquila:

—Escucha. Y luego cuéntale al Vikingo lo que vas a ver.

Sin más preámbulo, me puse a leer con toda naturalidad:

—«Sus heridas cicatrizaron al instante, a pesar del tiempo pasado en el pozo, y la tumescencia de sus ojos había desaparecido. Con los ojos bien abiertos se volvió hacia sus salvadores y sonrió al ver su sorpresa...».

—¿Qué...?

—Calla y escucha: «Quitadle las ataduras y traedle leche para que se alivie, ordenaron. Y él bebió con tanta avidez que gran parte del líquido, apenas entrado en su boca, volvió a salir de ella, como de la boca de un recién nacido...».

Un cuarto de hora más tarde me bajaron a la sección de oftalmología. Esta vez pude leer sin dificultad la palabra escrita encima de la puerta: *Oogen*. El oculista me examinó durante largo rato, en absoluto silencio. Luego de depositar en la mesa el espejo ocular murmuró una sola frase, que no expresaba ninguna convicción médica y ni siquiera figura en el léxico científico. La frase fue:

—*Ein Wunder!* (¡Es un milagro!).

Minutos más tarde, ya en mi cuarto, vinieron a verme una sucesión de especialistas; uno de ellos ni siquiera pertenecía a la clínica, era un oculista alemán en viaje de estudios y había sido convocado especialmente de otro instituto. A continuación entró un fotógrafo que hizo fotos de mi cabeza, por delante y por detrás, y me contó que las tomas eran para una revista médica.

A la mañana siguiente, 25 de mayo, exactamente tres semanas después de la operación, mi humor estaba más cerca de la rabia que de la impaciencia. Solicité la presencia de Olivecrona y le manifesté que me volvería loco si no se me permitía al menos sentarme en la cama. Él me sostuvo la mirada largo rato y luego dijo:

—¿Sentarse? ¿Por qué no incorporarse, mejor, e intentar unos pasos?

Me tomó completamente por sorpresa la sugerencia. La escena que siguió parecía sacada de la Biblia, o del libro de Mann. Me senté, dejé colgar una y después la otra pierna, las afirmé en el suelo y me incorporé. Como el funambulista que va haciendo equilibrio por la cuerda floja, di un paso, luego otro; me detuve para cobrar aliento y di dos pasos más.

—Nada mal —dice la voz de Olivecrona, con toda naturalidad y simpatía, como si se tratara de una nimiedad—. Creo que ya podemos ponerle fecha a su partida. ¿Cuándo quiere salir de aquí?

La sobriedad de su anuncio me obliga a ser sobrio yo también. Pero no puedo con mi genio: necesito hacer una broma.

—Mañana mismo —digo.

—Perfectamente —contesta el profesor—. Mañana por la mañana le firmaré el alta y podrá irse.

LA ISLA DE ROBINSON

El Grand Hotel de Saltjöbaden: hace diez días que estoy aquí reponiéndome, en una habitación de la planta baja que da al parque. A través de él se llega a la orilla del mar. En medio del parque, sobre un pequeño pedestal, hay una figura masculina en actitud de correr, y en el agua alcanzo a ver una náyade sonriente. Veleros y canoas flotan en el aire fresco de esta primavera precoz; allá lejos, la curva suave de la bahía; a mi espalda, arriba, en la colina, el observatorio.

Aparte de algunos insignificantes picos de temperatura, me siento bien físicamente; lo que no anda bien es la moral. Estoy tan susceptible como un bebé con niñera nueva; voy irradiando conmiseración a mi paso entre personas, animales y plantas, y por el reino inanimado también. Un insignificante contratiempo padecido por unos desconocidos de los que se habla en mi presencia hace brotar de mis ojos inesperadas lágrimas, y anoche tuve que bajar la vista ante la triste mirada de un perrito de porcelana que alguien acababa de ganar en la Rueda de la Fortuna del hotel.

A media mañana suelo bajar a la pequeña pastelería llamada *Röden Stugan* (cabaña roja) para tomar un café. La *fröken* va colocando en la mesa el jarrito, el plato, la taza y yo voy pronunciando el único vocablo sueco que conozco: «*Tak* (gracias)». De tanto *tak, tak, tak*, me siento un viejo reloj despertador. Como mi conversación resulta pobrísima, estimo indispensable establecer otro tipo de contacto con esta Solveig, que quizás ha reconocido en mí, aunque sea incapaz de comunicármelo, a su Peer Gynt, vuelto de lejanas peregrinaciones. Intento expresarme con las manos y los pies, cuando comprendo que son inútiles las palabras que profiero en alemán e inglés. Por fin señalo la ventana y mi corazón, con ambas manos.

Lo que quiero expresar es que se trata de una primavera maravillosa, y que son igualmente maravillosos el mar y los veleros y las montañas. Puede que mis manos hayan señalado más hacia mi barriga que a mi corazón. La *fröken* parece reflexionar, luego exclama: «*Hyassó!* (¡ah, sí!)», y tras soltar un suspiro sonoro, como es costumbre en esta tierra, señala el final del pasillo donde se puede ver en la puerta la figura que designa el sexo al que pertenezco. Pago enfurecido y me voy murmurando en mi lengua vernácula, sin el menor eufemismo, mi opinión acerca del grado de inteligencia de aquella *fröken*, que sin la menor duda (cómo pude pensar lo contrario) no tiene un pelo de Solveig.

A las once de la noche aún hay luz; sin embargo, a partir de las ocho se encienden todos los faroles en el parque y en la ciudad allá a lo lejos. En mi vida he visto una ciudad tan pulcra y tan policromática como Estocolmo, el fulgor de sus verdes y azules y amarillos y rojos no tiene igual. Cuando salí de la clínica rumbo a este hotel, me dieron una vuelta por la ciudad. Pude por fin contemplar los canales, los jardines, la cúpula dorada del Ayuntamiento, que había mirado de lejos tanto tiempo desde la ventana de la clínica.

Contemplé cómo se sucedían apaciblemente los palacios de los señores y las casitas de los

obreros. Contemplé esos santos tallados en madera en los mascarones de proa de los barcos, y los pescadores que los tallaban, en troncos que traían de la montaña, los depositaban en la orilla y allí mismo los trabajaban día a día hasta que aparecía un comprador. Vivían en sus barcas, comían queso y bebían aguardiente; eran muy silenciosos, e igual de felices.

Sí, todo el mundo era feliz; iban y venían con calma por las calles, se sentaban con igual parsimonia en los bancos que miraban a los canales o en la balaustrada que los separaba de las aguas intensamente azules. En un principio me dije a mí mismo que era una mera ilusión, siempre me ocurre lo mismo cuando visito una metrópoli extranjera: lo encuentro todo maravillosamente distinto, mágico, casi inverosímil, por la sola razón de no haber nacido allí. Veo calles de juguete por donde se pasean homúnculos de fantasía. Pero luego de conversar con unos cuantos suecos de pura sangre, llegué a la conclusión de que su calma es no menor de lo que parece: hace ciento veinte años que este pueblo no ha conocido guerra alguna. Está acostumbrado a estimar en su justa medida el valor de las cosas: la casa construida en piedra dura mil años y el cuerpo construido en carne y hueso dura cien, y no lo perturban en absoluto esas proporciones. Considera la felicidad como un estado natural, y la desdicha como anormal.

Una mañana estoy tomando sol a la orilla del mar cuando una muchachita esbelta y rubia pasa corriendo a mi lado excitada: parece buscar a alguien. De repente, da media vuelta y se abalanza sobre mí con los brazos abiertos.

—*Onkel! Onkel!*

Cae en brazos de su tío riendo y llorando a la vez y me come a besos. A su espalda alcanzo a ver, envuelta en un abrigo gris, a una dama de melena plateada. Es su madre. Hace veinticinco años que no veía a mi hermana Gizi; aparte del color de su pelo, nada ha cambiado en ella. Han llegado de Oslo en el tren de esta mañana. Mi cuñado, el capitán de marina mercante, me envía su saludo más cordial y me ruega que cuide mucho a sus «tesoros», quienes han venido a visitarme especialmente.

Durante el resto del día me paseo con mi sobrina «recién nacida». Tiene veintitrés años, desgraciadamente no sabe ni una palabra de húngaro; su madre no sospechó que algún día le hiciera falta hablar nuestro idioma. Sin embargo, gracias a su insaciable avidez por comprenderme, mi mescolanza de alemán e inglés se transforma poco a poco en una lengua común.

Nini, mi pequeña parienta noruega, ¿qué puedo contarte de mi lejana patria, que no destruya tus ilusiones, ya que tanto has soñado con ella durante las largas noches en que te quedabas escuchando música gitana por la radio? Seguramente en tu casa habrán hablado alguna que otra vez del destino de los húngaros, y quizá también de mí.

Mi pequeña parienta noruega, me preguntas si me siento feliz por haber nacido de nuevo o, por el contrario, me veo a mí mismo como el naufrago arrojado a la orilla por una ola providencial cuando ya tenía quebrantado el ánimo. Te agradezco en el alma la compañía, mi querida Nini. Y creo que la merezco en ambos casos. Si me sintiera ciegamente optimista, no sería feliz de verdad, créeme; y no me refiero a lo que acaba de ocurrirme en Estocolmo. La catástrofe ocurrió no sólo conmigo sino con todos nosotros, hace tiempo ya...

¿Te maravillas por haberte atrevido a llamarme naufrago? Pues es la palabra correcta. No creas que menosprecio mi suerte, recién llegado a esta isla luego de la tormenta que casi acaba conmigo, aunque aún ignore si esta isla será habitable. Déjame acomodar un poco mis ideas, que las olas me han sacudido demasiado. ¡Ah, claro!, ya comprendo: tú te imaginabas, mi querida

Nini, que toda nave que parte y se pierde en el horizonte llega siempre a destino. No voy a negar que mi nave parecía ir hacia buen puerto, cargada de sorpresas. Creía que en aquel puerto sabrían valorar mis preciadas mercancías, que me darían oro y diamantes por ellas... Pero todo eso se acabó. Para siempre, mi simpática sobrina. Se acabaron los tesoros, las joyas, los exóticos perfumes. Todo eso ha terminado de una vez y para siempre.

Y, sin embargo, ¿no me ves plácido y sonriente? La causa, mi pequeña, es que el punto de partida de la nave, ese continente con el que tanto has soñado, hace ya tiempo que dejó de ser lo que tu ingenuidad imagina. Sí, viven allí muchos millones de seres humanos. Sí, hay una admirable y bondadosa naturaleza, bosques y prados, montañas y valles, son pródigas en abundancia sus riquezas... Pero, desde hace tiempo, esa nave ya no ofrece más seguridades, porque flota por encima de un mar que trepida fuego en sus profundidades; a pesar de la abundancia y la riqueza, cada momento es un inquietante regalo para los que vivimos allí... ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? En el fondo de nuestra alma nos damos perfecta cuenta de que todos terminaremos viviendo en una inmensa isla de Robinson. Todos, uno por uno, abandonados y solos; ya no se trata de que nuestra nave alcance o no la orilla de los deseos, sino de saber si el mar será o no clemente para llevar hasta tierra el humilde madero al que podamos agarrarnos en el momento de la catástrofe.

Allá en el continente ha habido un terremoto, mi querida hija de navegantes intrépidos, aunque no todo el mundo se haya dado cuenta. Ya hace tiempo que la nave de las grandes ambiciones se fue a pique, y quienes creían que aún seguía surcando las olas están muertos, sus cuerpos yacen en sofás de terciopelo en el fondo del mar, sus ojos de cristal están congelados en una mueca de tonta soberbia... Pero ya ves: yo no he muerto, el naufragio me permitió llegar a tierra. Así fue como pude entender que lo que toca a continuación no es aspirar al máximo sino saber esperar el mínimo con que reemprender la vida. Así deambularemos por el mundo: como Robinson deambula por la isla a la que ha sido lanzado por las olas cuando se hundió bajo sus pies la nave de la comprensión que construyeron unos carpinteros hijos de carpinteros enviados por Dios hace largos siglos.

Robinson sabe aceptar como regalo cada mísero despojo que encuentra en su recorrido por la orilla; aprende a acostumbrarse a esas limosnas, restos de orgullosas naves, y a olvidar todo cuanto pueda echar de menos. Se trata de apreciar el mínimo frente al máximo, de aceptar de nuestro deudor la milésima parte de cuanto nos adeudaba y renunciar a lo demás, y contentarnos con que nuestro acreedor no nos quite el pellejo a causa de una deuda contraída con tanta ligereza... ¿Quejarme de la injusticia del destino, de la injusticia de los hombres? ¡Vamos, pequeña! En la isla de Robinson no hay lugar para eso. ¿El amigo que nos traicionó, el compañero que nos engañó, el mercader que nos despojó? No importan, porque al mismo tiempo nos tomará entre sus brazos el desconocido, nos salvará el extraño, nos devolverá nuestro único traje: nuestro pellejo, aquel que la Sociedad Protectora de Gángsters se llevó mientras dormíamos. Evitará que la Gran Empresa de Jabones nos corte los huesos y fabrique con ellos su mercancía, y apelará a semejantes artimañas para engañar al enemigo que nos ataca desde el interior de nuestro propio cuerpo.

Mira allí... ¿qué es eso que se ve en la arena? Una vieja cuchara oxidada; vendrá sin duda de alguna nave hundida. Permíteme que vaya a recogerla; acompáñame. Con esta cuchara cavaré en las rocas, sin descanso, y construiré sobre ellas una cabaña, ¿me oyes?, y dentro de un año contando a partir de hoy tendré un palacio para ti en esta isla deshabitada.

Pero recuerda, mi querida Nini, la frase de César en Egipto: «Quien nunca ha esperado nada no podrá desesperar jamás». Hacía tiempo que yo no esperaba nada. Agradezco, por eso, a mis

amigos húngaros que no me dejaron perecer; agradezco el interés de todos cuantos se preocuparon por mi caso; agradezco las plegarias de los desconocidos, las donaciones anónimas, las cartas; agradezco los desvelos de los médicos y de mi esposísima; agradezco en el alma al profesor Olivecrona los años que me quedan por vivir. Te agradezco a ti, pequeña parienta, que me hayas escuchado con tanta paciencia, aunque aquel simpático muchacho que te presenté esta mañana siga dando vueltas a nuestro alrededor desde entonces. Y agradezco al lector la amable atención con que me ha seguido hasta aquí.

Nos embarcamos mañana en el *Britannia*, a las seis y media, para volver a Hungría. El horizonte se abre ancho ante mí. Esta travesía será, a la edad de cuarenta y nueve años, mi primer viaje por mar.

Budapest, diciembre de 1936.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

